

REVISTA CONTEMPORANEA

SUMARIO

- I. ESTUDIOS ACERCA DE LA EDAD MEDIA, por *D. Adolfo de Sandoval*.
- II. INTRODUCCIÓN SOBRE NUESTRA CIVILIZACIÓN EN AMÉRICA EN GENERAL Y DE LA DE CUBA EN PARTICULAR (conclusión), por el *Excelentísimo Sr. D. Miguel Rodríguez Ferrer*.
- III. LA POLÍTICA DE FELIPE II (conclusión), por *D. Daniel López*.
- IV. ROLF EL ANDARÍN, por *D. Vicente de Arana*.
- V. HISTORIA DE LA LENGUA ESPAÑOLA (continuación), por *D. Bernardino Martín Mínguez*.
- VI. EL MOSÉN (novela, continuación), por *D. Antonio Vascáño*.
- VII. CRÓNICA POLÍTICA, por *A.*
- VIII. REVISTA EXTRANJERA, por *S.*
- IX. BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO: *Abrége de Géologie*, por *D. R. A. Sereix*.—*Piedras preciosas*, por *A.*—*Derecho parlamentario español*.—*Centro del Ejército y de la Armada*.—*Biblioteca de la Revista Agustiniiana*.—*Colección de diálogos*.—*Las Audiencias de lo criminal*.—*Colección de escritores castellanos: novelistas y líricos*.—*Sociedad Colombina Onubense*.—*Escalafón general de los catedráticos de Universidades del Reino*.—*Escalafón general de los catedráticos de Institutos de segunda enseñanza*.—*Novedad é ilegitimidad del carlismo*.—*Memoria sobre las Obras públicas*, por *D. D. Ch.*
- X. ANUNCIOS.

DIRECCION Y ADMINISTRACION

CALLE DE PIZARRO, NÚM. 17, PRINCIPAL, MADRID.

OFICINAS

PARIS, R. SERRANO, 42, RUE LAFONTAINE

MÉJICO
J. F. Parres y Comp.
VENEZUELA
E. Fombona

BUENOS-AIRES
Manuel Reñe
BRASIL
Bellarmino Carneiro
Pernambuco

CUBA
D. Miguel Alorda
O'Reilly, 96
Habana.

(DERECHOS RESERVADOS)

REVISTA CONTEMPORANEA

Sale dos veces al mes en cuadernos de 112 páginas en 4.º, y forma cada tres meses un abultado volumen de cerca de 700 páginas.

PRECIOS DE SUSCRICION

MADRID	<u>Pts. Cs.</u>	PROVINCIAS	<u>Pesetas.</u>	EXTRANJERO Y ULTRAMAR	<u>Pesetas.</u>
Tres meses.....	7,50	Tres meses.....	8	Seis meses.....	20
Seis meses.....	15,00	Seis meses.....	15	Un año.....	38
Un año.....	30,00	Un año.....	30		

Número suelto, 2 pesetas en toda España.

CENTROS DE SUSCRICIÓN:

MADRID: LIBRERÍAS DE GUTTENBERG, PRÍNCIPE, 14, Y FE,
CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 2.

CHOCOLATES

TÉS, CAFÉS Y TAPIOCA

DE

MATÍAS LOPEZ Y LOPEZ

MADRID-ESCORIAL

26 MEDALLAS DE PREMIO

Tés en botes de la China, de 2 y 4 onzas.

Venta en el año 1885, 4.000.000 de paquetes de Chocolate.

Elegantes sorpresas en los botes de Café y Tapioca de 200 gramos.

Exigir la verdadera marca

OFICINAS, PALMA ALTA, 81

COSAS DE MADRID

HISTORIA INTIMA DE LA VILLA Y CORTE DESDE QUE FUE DECLARADA
CAPITAL DE ESPAÑA HASTA LA FECHA

ESCRITA COMO TESTIGO OCULAR DESDE 1820

POR

D. DIONISIO CHAULIÉ

Obra en que se describe la vida social del pueblo madrileño en sus diferentes épocas.

Se vende en las librerías de Guttenberg, Murillo y Fe, y en la administración de este periódico, Pizarro, 17, principal, á cinco pesetas ejemplar.

PÍLDORAS Y UNGÜENTO HOLLOWAY

ESTOS MEDICAMENTOS obtienen una aceptación y una venta mas universales que las de ningun otro remedio en el mundo.

LAS PILDORAS son el mejor purificante conocido para la sangre, corrigen todos los desórdenes del hígado y del estómago, y son igualmente eficaces en los casos de disenteria: en fin, no tienen rival como remedio de familia.

EL UNGÜENTO cura pronto y radicalmente las heridas antiguas, las llagas y las úlceras (aun cuando cuentan veinte años de existencia), y es un específico infalible contra las enfermedades cutáneas, por malignas que sean, tales como la lepra, el escorbuto, la sarna y todas las demas afecciones de la piel. Cada caja de Píldoras y bote de Ungüento van acompañados de amplias instrucciones para el uso del medicamento respectivo, pudiendo obtenerse estas instrucciones impresas en todas las lenguas conocidas.

LAS PREPARACIONES HOLLOWAY se hallan de venta en todas las principales boticas y droguerías del mundo, y en Lóndres, 533 Oxford Street, en el Establecimiento central del Profesor HOLLOWAY.

PIANOS BLONDEL



Paris, 53, rue de l'Echiquier, Paris
Y EN LAS PRINCIPALES CASAS
de ESPAÑA y AMERICA
MEDALLAS de Oro y de Plata
FABRICACION ESPECIAL
Pianos de Estudio y de Lujo

EAU FERRUGINEUSE DE

RENLAIGUE

(PUY-DE-DOME)

ANÉMIE-CHLOROSE-DYSPEPSIE

VINO BI-DIGESTIVO DE CHASSAING

PREPARADO CON
PEPSINA Y DIASTASIS
Agentes naturales é indispensables de la
DIGESTION

12 años de éxito

contra las
DIGESTIONES DIFÍCILES O INCOMPLETAS
MALES DEL ESTOMAGO,
DISPEPSIAS, GASTRALGIAS,
PÉRDIDA DEL APETITO, DE LAS FUERZAS
ENFLAQUECIMIENTO, CONSUNCION,
CONVALENCIAS LENTAS,
VOMITOS...

PARIS, 6, Avenue Victoria, 6.
En provincia, en las principales boticas.

RESUMEN DEL 41 BALANCE ANUAL

DE

LA NEW-YORK

COMPANÍA MUTUA DE SEGUROS SOBRE LA VIDA.—FUNDADA EN 1845

1.º DE ENERO DE 1886

INGRESOS EN 1885	Por primas de seguros.....	Pesetas. 61.198.628,64		
	» capitales para rentas vitalicias.....	4.733.670,31		
	» intereses y alquileres, incluyendo los beneficios realizados por ventas.....	17.615.678,77		
	TOTAL DE INGRESOS.....	Ptas. 83.547.977,72		
PAGOS EN 1885	Por fallecimientos.....	Pesetas. 15.542.885,71		
	» seguros mixtos vencidos ó descontados.....	3.844.194,37		
	» rentas vitalicias.....	4.660.471,13		
	» rescate de pólizas.....	8.764.099,46		
	» beneficios distribuidos entre los asegurados.....	6.998.760,04		
	TOTAL PAGADO Á LOS ASEGURADOS.....	39.811.310,71		
	Por contribuciones y premios de reaseguros. Pesetas.	1.296.362,57		
	» comisiones, honorarios á los médicos y gastos de agencias.....	10.489.849,02		
	» sueldos, anuncios, impresos y gastos de administración.....	2.531.374,61		
	TOTAL DE PAGOS.....	Ptas. 54.128.896,91		
ACTIVO	Efectivo en caja y Bancos de depósito.....	Pesetas. 10.585.477,03		
	En valores mobiliarios (valor según cotización actual, 191.710.645,51 pesetas).....	174.340.443,05		
	» inmuebles.....	35.528.797,86		
	» préstamos sobre primeras hipotecas (inmuebles asegurados por 85.111.250 pesetas en pólizas trasferidas a la Compañía á título de garantía suplementaria).....	94.111.608,75		
	» préstamos á corto plazo (con garantía suplementaria de valores mobiliarios, importantes al precio corriente 2.080.892 pesetas).....	2.339.898,75		
	» anticipos de primas sobre pólizas vigentes (la reserva hecha sobre estas pólizas asciende á pesetas 10.000.000).....	2.156.096,98		
	» primas semestrales y trimestrales correspondientes al ejercicio y que vencen después de 31 de Diciembre de 1885.....	4.551.072,75		
	» primas por cobrar y en vía de trasmisión.....	2.983.562,66		
	» saldos en poder de representantes.....	301.324,70		
	» intereses acumulados ó vencidos en 31 de Diciembre de 1885 de capitales colocados.....	2.255.860,26		
	» aumento de precio en los valores mobiliarios según cotización de 31 de Diciembre de 1885.....	17.370.202,46		
	TOTAL DEL ACTIVO.....	Ptas. 346.524.345,25		
	PASIVO	Reserva para los capitales asegurados (al 4 por 100).	251.662.982,56	
		Reserva para las rentas vitalicias.....	39.598.052,13	
		Beneficios que quedan por pagar á los asegurados, siniestros, seguros mixtos pendientes de liquidación y atrasos no reclamados.....	2.307.748,54	
Beneficios acumulados correspondientes á pólizas de acumulación.....		16.188.796,91		
Primas anticipadas.....		155.133,11		
TOTAL DEL PASIVO.....	Ptas. 309.912.713,25			
Excedente del Activo sobre el Pasivo, según el tipo de evaluación de la Compañía (Reserva del 4 por 100).....		36.611.632		
Excedente del Activo sobre el Pasivo, según el tipo de evaluación del Estado de New-York (Reserva del 4 ½ por 100).....		68.538.842		
EN 1885 LA COMPANÍA HA EMITIDO 18.566 PÓLIZAS ASEGURANDO... Pesetas.		355.112.425		
EN 1.º DE ENERO DE 1886 EL TOTAL DEL CAPITAL ASEGURADO ERA.....		1.345.763.096		

SEGUROS para casos de vida y muerte, dotes, capitales para menores y para viudas, pólizas para garantizar débitos, préstamos y operaciones comerciales, rentas vitalicias, pensiones y seguros sobre dos ó más personas ó asociados

Direcciones generales en New-York y París. Sucursales en todas las capitales de Europa y América.

Sucursal en España, autorizada por real orden, calle de Alcalá, 12, principal, MADRID, donde podrán dirigirse para informes y prospectos, ó á los Agentes de la Compañía en provincias.

Dirección general para Europa: PARÍS, 16, Boulevard des Italiens, y 1 y 3, Rue le Peletier.

Director para ESPAÑA: **DWIGHT T. REED**, exsecretario de la Embajada, cónsul general y encargado de Negocios de los Estados Unidos de América en Madrid.



ESTUDIOS
ACERCA
DE LA EDAD MEDIA

I

CARACTERES GENERALES DE LA EDAD MEDIA

(EL ESPIRITUALISMO)

AL EXCMO. SR. D. LUIS PIDAL Y MON, MARQUÉS
DE PIDAL

Ce petit livre n'est point un livre de science.

(OZANAM.—Les Poètes franciscains.)

LA fuerza que ha producido todas las grandezas de la Edad Media no es otra que el espiritualismo cristiano. Mirad el siglo XIII. Los trovadores han recogido ese espiritualismo en sus cantigas; los cruzados en sus trofeos; Dante en la *Divina Comedia*; los doctores escolásticos en las *Summas*; los Reyes y los Municipios en los Códigos y en las Observanzas; los artistas en las

(i) Matth. III, 2.

sombras de las catedrales góticas; los castillos en el amor romancesco y en la leyenda poética; los claustros en las maceraciones y en el milagro; la Iglesia en las peregrinaciones, en los jubileos, en las cruzadas; los franciscanos en sus predicaciones entusiastas; los guerreros en la exaltación caballeresca; los pueblos, en toda su vida que gravita en torno del Campo Santo y del santuario; las catedrales en todas sus piedras, que aún exhalan como el rumor de las místicas oraciones, y los cánticos de los exaltados penitentes. El génesis del espiritualismo es el génesis de la idea cristiana. Quizás Platón, Sócrates, Séneca, Virgilio, almas gigantes tomadas de la nostalgia de lo infinito, han sentido cruzar por su pensamiento las iluminaciones, los relámpagos del ideal altísimo. Pero el día espléndido del espiritualismo es el día de la consumación universal. Un día, á las orillas del Jordán, por las soledades del desierto, oyóse una voz que clamaba: «Haced penitencia, porque el Reino de los cielos se aproxima» (1). Otro día un tribuno, un oscuro tribuno despreciado por el siglo, comienza á predicar á las turbas que le siguen por las ciudades y campos de la tierra de Judea. Y aún no se habían apagado en los aires los ecos de estas predicaciones, cuando una locura jamás hasta entonces conocida, la locura de la Cruz, se apodera de todo el universo.

A la sombra de la Cruz elevada en tarde apocalíptica sobre la cima del Monte Santo, vienen á cobijarse las naciones, como las aves del cielo se guarecen bajo las ramas de los árboles. Y no hubo más placer que el dolor voluntariamente aceptado; ni más deseo que el deseo de la tribulación; ni más victoria que la victoria sobre nuestras propias pasiones; ni más esperanza que la corona de espinas y la Cruz sacrosanta del Calvario. Este espiritualismo, provocado por la locura universal de la Cruz, aviva el alma de los siglos medios, que van á nacer de entre las conmociones y las ruinas del Imperio romano. Parece que el universo se anega en diluvios de humeante sangre; que los ángeles del Apocalipsis agitan por los espacios sus espadas exterminadoras; que ya no hay puerto en medio del universal naufragio; y viene entonces de la tierra del Oriente, del África abrasada, un pobre peni-

tente, un oscuro nazareno, de la raza de los perseguidos, de los mártires, que va á salvar para siempre al mundo en la pura y bendita *Ciudad de Dios*. San Agustín, «el más grande de los doctores y el más bello de los ingenios» (1), varón extraordinario en quien parece haber tomado cuerpo el espíritu de la Iglesia, en su libro profético, escrito al fulgor de las teas que consumen hasta los huesos de la soberbia Roma, entre los gritos de los bárbaros, que vuelan sobre caballos negros como la noche, escuchando los bramidos de la tempestad deshecha; en su *Ciudad de Dios*, iba diciendo, ha llamado á todas las gentes á cumplir los designios de la Providencia, y hecho de la tierra la catedral grandiosa á donde vienen en peregrinación inacabable los pueblos y las razas, vibrando en sus labios inacabable *Te-Deum*, como los antiguos cruzados. Los pueblos son los incansables jornaleros que pertenecen á la *Ciudad de Dios*: *pertinent ad civitatem Dei*, dice San Agustín (2). Cuando se iban en fúnebre cortejo todos los dioses caídos y todas las ideas muertas, y se disipaba como vana sombra la sociedad pagana, y abría cátedras el idealismo de la *buena nueva*, flotando sobre el caos, como la primera luz que irradió en el cielo, sigue su curso la santa *Ciudad de Dios*, seguro asilo donde no llegan, ni los rumores del combate, ni los estremecimientos de la tierra. Así, sostenido por la immaculada *Ciudad de Dios*, el espiritualismo de la civilización cristiana ha llegado á seguro puerto, después de haber atravesado los tempestuosos mares de la Edad Media. El espiritualismo toma entonces por asalto á la colosal enciclopedia católica; la teología eleva sus conclusiones á lo infinito; el arte vuela con alas de luz en pos del ideal eterno; la política todo lo refiere á la consecución de destinos inmortales; las fiestas populares congregan á los pueblos alrededor de santuario milagroso; el Papa llama á las naciones á jubileos solemnísimos; la vida de aquellos siglos se pasa en la peregrinación, en el castillo, en la catedral, en la cruzada, soñando siempre, al rumor de las campanas, con el Infierno y

(1) Donoso Cortés, en el *Ensayo*.

(2) *Ciudad de Dios*.

con la Gloria; viendo al hogar, á la existencia, al mundo, como sombra de un instante que pasa; que el espiritualismo en la Edad Media, es como ideal viviente, luminoso, que agitaba la fantasía y el corazón de los pueblos; cruzados en Jerusalem, peregrinos en Santiago, extáticos en los templos, devotos en el jubileo, trovadores en las cortes, románticos en los castillos y en las universidades; místicos, poetas, penitentes, filósofos, por las naves y por los claustros de nuestras legendarias catedrales. «En aquellos días se pensaba más en la muerte que en la vida» (1).

El Campo Santo era la ciudad eterna; el infierno y el purgatorio la epopeya; el jubileo la grande asociación de las razas, y la cruzada la gran guerra. La Edad Media gravita toda enderredor de un sepulcro. «La vida no era más que la preparación para la muerte» (2). Por aquel tiempo la locura de la Cruz, que es el alma de todas las magnificencias de la Edad Media, viene á encarnarse, andando el siglo XIII, en un oscuro mancebo de Umbría, que, consagrado á los festines y á los amores, va á crucificarse como Cristo, su Maestro, y á convertir el férreo mundo de la sociedad feudal, en un mundo de espiritualistas exaltados, cuya vida luminosa y pura, sea como el himno de todo lo creado, y como la eterna aclamación del ideal. ¡Qué leyenda la leyenda franciscana! (3) Sí, sí, la Edad Media ha consagrado para siempre la soberanía indiscutible del espíritu sobre la materia; de la idea sobre la forma; del derecho sobre la fuerza; por eso ha tenido siempre para mí tan singulares encantos. Lo ha dicho historiador eminentísimo. «¿Por qué la universal supremacía del Pontificado romano? ¡Ah! porque el poder de los Papas, porque el Pontificado no representa más que el poder moral, superior de consiguiente á la potestad temporal del Imperio. ¿Por qué el predominio de las instituciones caballerescas? Porque por medio de ellas, la fuerza, el brazo de hierro de

(1) Orderico Vital. *Hist. Eccl.*

(2) Ozanam.

(3) V. Ozanam, *Des Poètes Franciscains en Italie au treizieme siecle*. Deuxieme edition. Paris 1855.

los paladines, se consagra al servicio de la justicia, del honor, del débil, del desvalido. ¿Por qué la teología brilla como astro de primera magnitud sobre todas las ciencias? Porque estudia todo lo que dice relación á los destinos inmortales del alma. ¿Por qué se encumbra tanto la dialéctica, en el sistema del *Trivium* y del *Quatri vium*? Porque enseña ante todo á pensar y á razonar. ¿Por qué la poesía épica, y en la poesía épica la *Chanson de Roland*, por ejemplo, si inferior á la Iliada bajo el aspecto puramente estético, es superior al poema de Homero cuanto al sentimiento candoroso y la profundidad de la idea? (1) Porque los poetas, los trovadores quieren sentir bien, antes que dar á la forma de sus composiciones los resabios y aderezos del clasicismo. ¿Por qué las ciencias naturales son las que relativamente han progresado menos en la Edad Media? Porque se ocupan de la naturaleza física, de la materia, del cuerpo. ¿Por qué en el arte, las pinturas ó las esculturas de los cenobios y de las catedrales, tienen los miembros rígidos, los ojos inespresivos? Porque los artistas atienden más que á la forma exterior, á la nota de lo infinito, al sentimiento dominante, y ponen en todas sus creaciones el éxtasis de la adoración, dando vida y expresión sublime á la dura piedra. La belleza moral es el soberano archetipo de aquellos siglos» (2).

De este modo, tocadas las instituciones y las ideas de la Edad Media con el fuego del espiritualismo, han quedado sobre la cúspide de los siglos, para admirar á las generaciones venideras. Decidme si no cómo ha podido transformarse la sociedad del siglo XIII; cómo han podido introducirse las ideas de justicia, de caridad, de amor, de lealtad, de romanticismo caballeresco, en aquellas almas indisciplinadas y violentas, obedientes sólo al aguijón del sensual instinto; crueles, inconstantes, semi-bárbaras; hasta crear en la vida y en el arte, el eterno tipo de la sociedad cristiana; el Rey, el caballero, el poeta, el monje, el filósofo de los tiempos medios.

(1) V. León Gautier, *Comment faut-il juger le Moyen Age*, Chap. I.

(2) Lecoy de la Marché, *La société au treizieme siecle*. Introd. Paris 1880. Obra notabilísima.

«En estos tiempos henchidos de tempestades, la exaltación del espiritualismo que la religión aviva en la fantasía de los pueblos, levanta á la humanidad á los encumbramientos más excelsos. En ese trabajo de transformación, ha escrito historiador ilustre, se engendran almas gigantes como San Luis, como Santa Clara, como Godofredo de Bouillon, como San Bruno, como Inocencio III, como Giotino, como Hildeberto, como Jacopone de Todi, como Buenaventura, como San Francisco, el redentor de la Edad Media, como Santo Domingo, el Gonfaloniero de la Cruz; como Santa Isabel de Hungría, la más pura estrella del cielo de Alemania (1); como Orcagna, el pintor de las justicias eternas (2); como Raimundo Lulio, como Santo Tomás de Aquino, ese titán del pensamiento sublimado por la fe; como Helio, como Fra Jacomino de Verona, como el Poeta altísimo, que ha llevado sobre su alma todo el peso de la epopeya católica, y en su frente los resplandores del ideal, torcedor y verdugo implacable de su vida. Cuando se contempla en la historia de aquellos tiempos alguna de estas grandes figuras; cuando se asiste al espectáculo de los caballeros *Gesta Dei Per Francos*, no puede, no, olvidarse de que para transformar de esta suerte las razas bárbaras que inundaron la Europa á la caída del Imperio, ha sido preciso todo el sobrenatural poder del espiritualismo cristiano (3).

El obispo del Mans, Hildeberto, uno de los titanes del siglo XII, escribe al ilustre Guillermo de Mampeaux una carta en la que dice estas palabras: *Hinc denique est quod intra fines virtutis te colligis quod de vita tua cum natura non deliberas, minus attendens quid caro possit quam quid spiritus vellit* (1). Todo el pensamiento de la Edad Media está sintetizado en estas palabras de Hildeberto. Este es el íntimo sentimiento inspirador de los grandes hechos, de las santas vidas de aquella épo-

(1) León Gautier, *Comment faut-il juger le Moyen Age*, Chap. I.

(2) Ozanam, obra citada.

(3) Lecoy de la Marché, obra citada, Introd.

(4) Comte de Deservillers, *Hildebert et son temps. Un évêque au douzième siècle*.—París 1876, Chap. I.

ca; el secreto de la inspiración sublime, del arte espiritualista, capaz de levantar á la humanidad de las áridas playas de este bajo mundo, á las cimas luminosas de los cielos. Basta abrir ese libro admirable, el Libro de la *Imitación de Cristo*, «esa palabra descendida del cielo,» y leer una de sus páginas; basta penetrar por las naves de las catedrales góticas, escuchar una estrofa del *Dies iræ*, contemplar los frescos de Orcagna en el cementerio de Pisa, ó las pinturas del Giotto en el cenobio de Asís, para comprender la fuerza cuasi omnipotente del espiritualismo verdadero, en las generaciones enardecidas de los siglos medios. La civilización de esas épocas obedece, como necesariamente, á una síntesis admirable; el deseo de lo infinito y el pensamiento de la eternidad. Este espiritualismo que palpita en las piedras de las catedrales, en los tercetos del poema dantesco, en las *Sumas*, en los *Tesoros*, en los *Espejos*, en las cruces de los caballeros, en las predicaciones de los monjes, en los romances de los juglares (1), en las leyendas de los Santos; el espiritualismo cristiano, informando todas las manifestaciones de la vida, todas las sublimidades del arte y de la ciencia, viene á ser como el fuego del cielo, la gran fuerza, el potente impulso que anima, purifica y hermosea el edificio de la civilización católica, coronada por los resplandores paradisiacos del siglo XIII, el siglo más excelso de la Historia. La época milenaria que ha engendrado entre los terrores del infierno y las señales del próximo pavoroso juicio la leyenda de *Roberto el Diablo* (2), errante por los campos de matanza, ebrio con los vapores de la sangre, incendiando los castillos y las escondidas chozas, profanando los conventos y talando las campiñas; delirante, loco, aborto triste del Averno; en el ocaso de su destino, quieto, manso, pacífico, postrándose á los pies del Papa; la época milenaria, iba diciendo, ¡ah! está todavía muy presente á los ojos de la humanidad, que ha buscado como refugio, en sus terrores sublimes, las lamentaciones de los claustros, y las visiones

(1) Lecoy de la Marché, *ibid.*

(2) *Histoire de Robert le Diable, Duc de Normandie*, contenida en la *Bibliothèque Bleue*. A. Liege, MDCCLXXXVII.

apocalípticas de las primeras catedrales, medio luz y medio sombra.

Por eso en estos tiempos, por tantas tempestades agitados, unos han pedido reposo al estruendo de la guerra; otros han tallado la barca, tejido la vela y marchádose por los mares del Oriente; los más se han guarecido bajo los brazos de la Cruz y se han refugiado en el claustro, para prepararse á la eternidad entre las Vírgenes y los Santos, y las estatuas bizantinas, que reverberan en sus ojos como el éxtasis de la gloria eterna, presentida desde las soledades del destierro. Contribuía también á esta exaltación espiritualista, el culto y la admiración á los Santos, «esos verdaderos héroes de la Edad Media» (1). Montalembert en su dulce é incomparable libro consagrado á cantar las glorias de la *buena y amada* Isabel de Hungría (2), ha estudiado maravillosamente la cuestión del patronato de los Santos en la Edad Media. ¡Qué innumerable pléyade de héroes divinos en todas las naciones!... Mirad, al acaso surgida, cualquier época de los siglos medios en Italia; en la Italia que ha engendrado á Dante, á San Francisco, á Jacopone, á Orcagna, á Giotto; con sus pintores que se van á los cenobios y á los cementerios, soñando con el perdón y con la gloria; y sus bandos de Güelfos y Gibelinos; y sus fiestas populares, realzadas por la luz espléndida y el aire perfumado, lleno de rumores de pasión y de vida; con sus ciudades comerciales, que han traído con los productos de sus naves la inspiración poética del Oriente; con sus Pontífices que bendicen á las naciones, depositarios de la tradición y del arte, cuyos resplandores extienden por toda la tierra con la predicación de los monjes, con las conclusiones de los doctores católicos, con las cruces de los peregrinos, con las espadas de los caballeros, con el prestigio de su poder, inmortalizado por las bendiciones del cielo, y por las apoteosis de la historia. Mirad. En Florencia, San Juan Gualbert, padre de los solitarios de *Vallombreuse*, «eterno enemigo de los Obispos simoniacos, y fundador de las bue-

(1) Ozanam.

(2) *Sainte Elisabeth de Hongrie*, avec une préface par Leon Gautier.

nas libertades públicas» (1); San Felipe de Benizzi, instituyendo la compañía de los *Servitas*, y oponiendo la abnegación de sus hermanos á las crueldades de Ezzelino y Enzo el tirano, terror de su siglo; Magdalena de Pazzi, sér todo alma, desprendida de todos los afectos de la tierra oscura; Giovanni delle Celle, cuya vida es como eterna comunión con el empíreo; en Siena, la de la catedral afligranada y aérea, la que ha engendrado como cariñoso nido, á la ideal escuela de pintura que lleva su nombre, San Bernardino, enamorado con locos amores de la pasión de Cristo, y Santa Catalina, elocuentísima, penitente, consejera de los Pontífices y asombro de las naciones que se abrazan con la Cruz al eco de sus palabras, caldeadas por la fiebre del amor y del entusiasmo; legión de Santos que han conquistado para esa ilustre ciudad el título de *Antecámara del Paraíso*; en Pisa, la *morta*, inmortalizada por milagroso Campo Santo, ese testamento de la Edad Media, Reymar, que vuelve de la Tierra Santa, de Jerusalem, para arrastrar á su pueblo por las procelosidades del mar á la Cruzada (2); en Cortona, Margarita, la Magdalena de su siglo, que abandona el lecho de la orgía para crucificarse con la cruz de todos los dolores, y sentir por sus venas, como fuego, las palpitaciones del amor celeste; en Luca, Zita, la pobre sirviente, en quien se cumple la palabra excelsa que ha prometido el premio á los humildes, á los perseguidos, á los olvidados, á los puros de corazón; en Viterbo, Rosa, predicando á los nueve años la penitencia, el perdón, el desprendimiento de todo lo terreno, y armando al conjuro de su voz á sus conciudadanos contra la tiranía de Federico II, «que llevaba en todas sus campañas cónclave de doctores y serrallo de huries» (3); en Bagnorea, San Buenaventura, ese titán del misticismo, ese ángel en quien toma cuerpo la poesía cristiana, y que ha llevado el espíritu hasta Dios, hasta las hipóstasis divinas por la escala de su dulce *itinerario*; en Aquino, To-

(1) Villani, *Crónica Florentina*.

(2) Muratori, *Script, serum Italicarum*. T. V. 1.

(3) En la Crónica de *Salimbeni*.

más, ¡Tomás!... el filósofo más profundo que ha venido á la tierra, lumbrera y corona de la altísima Orden Dominicana, que ha conquistado por la ciencia el mundo antiguo, y por la caridad el Nuevo Mundo; en Todi, Jacopone, el insensato, ese hermano de todas las almas nobles y entusiastas, autor del *Stabat Mater*, poeta, jurisconsulto, orador, filósofo, mártir, que ha dejado la estela de la inspiración en sus cánticos, y la estela de la inmortalidad en los hechos de su vida agitadísima; Santa Clara, que, como se viera obligada por el Papa á bendecir el pan, vió sobre él la señal de la Cruz, «piadosa discípula de Cristo, bella planta del jardín seráfico» (1); sobre todos ellos, por penitente, por iluminado, por taumaturgo, por excelso, por entusiasta, por apasionado, por el poder que alcanzó sobre su siglo, el Redentor del siglo XIII, el Gonfaloniero de la Cruz, que se levantaba sobre todas las tempestades de aquella época para ser el Cristo de la Edad Media, y dejar los reflejos de su alma, y las palpitaciones de su pasión, á las ciencias, á las artes, á las turbas de discípulos que se vuelven por él locos, y que van en peregrinación, en jubileo, á los cenobios, á las cruzadas, al Oriente, sólo por haber predicado la Cruz, la Cruz bendita, en aquellas hermosas palabras con que concluye el capítulo VIII de las *Floreccillas*: que no hay gloria, ni vida, ni resurrección ni grandeza, sino en lo que proclamaba el Apóstol arrebatado al tercer cielo: *sólo una cosa quiero saber para saberlo todo, Cristo, y Cristo crucificado* (2).

Por otra parte, el simbolismo cristiano, manifestación espléndida del espiritualismo, despertando las almas á los grandes ideales, ha traído á la vida, en la Edad Media, reflejos del mundo de lo sobrenatural, que todo lo iluminan y magnifican. Nada más bello que las representaciones simbólicas de los Santos y de los personajes bíblicos (3), que por el poder fecundo de la fe, vienen á unir la tierra con el cielo, la esfera de lo sensible y la esfera de lo puramente ideal. Si en los li-

(1) *I Fioretti di San Francesco*, cap. XXIV. Edición de Nápoles, 1839.

(2) *Ibid.*, cap. VIII.

(3) Ricardo de S. Víctor, *De Præparatione ad contemplatione*.

bros santos reconocen los expositores dos sentidos, el literal y el místico (1); si todas las creaciones del arte cristiano tienen representación simbólica (2); nunca llega esta propiedad á grado tan eminente, como en las concepciones de los siglos medios, iluminadas por los rayos del espiritualismo verdadero. Escoged cualquiera de las portentosas obras de la Edad Media. Mirad, por ejemplo, la *Divina Comedia*; mirad el simbolismo que la ha informado. La dulce hija de Portinari, subida al cielo á los veintisiete años, brilla con la poesía del misterio, y el misterio que primero la realza es el misterio del número. Dante la vió por vez primera, ideal y pura, á los nueve años, *llena de majestad y de gracia* (3), en aquella fiesta, de familia, en la casa de los Portinari, embellecida por todas las maravillas del arte, y por todas las damas más hermosas de Florencia; la cantó con sus primeras inspiraciones á los diez y ocho; la perdió á los veintisiete, para transfigurarla luego en el Tabor de su pasión espiritual y eterna. El número nueve en todo. Mas nueve es el triplo de tres, y tres, el número de las divinas personas. Parece que irradia en la gloria de Beatriz, algo como reflejo de la Trinidad Santísima. Beatriz tiene, con el misterio del número, el misterio del nombre; significa lo que da la felicidad; y Dante, desterrado y dolorido, sólo encontró la dicha, á él sobre la tierra negada, caminando por las regiones de la muerte, para ser iluminado con los inmortales resplandores de su amada, exaltada por los ángeles á las últimas cumbres de la gloria.

Además del misterio del número y del misterio del nombre, hay en Beatriz el misterio de la representación. El po-

(1) S. Pablo, *Ad Cor. 1.^a X. Ad Galat. IV. Ad Hebr. X.*—S. Pedro, Ep. I, 3.—Orígenes, *De Principiis*: 4.—S. Jerónimo, *In Oseam*: 2.—Casiano, *Collat.*, 14—4.—S. Agustín, *De Utilitate credendi*, 3.—Sto. Tomás, *Summa*: pars. 1, q. 1. art. 10; *Quod libeta*: 7, art. 16.

(2) V. Los tratados de Bosio d'Agincourt, y el de Cyprien Robert, *Cours d'hieroglyphique chrétienne*, publicado en *l'Université catholique*, tomo VII, pág. 198.

(3) Boccacio, *Vita di Dante*.—Dante, *Vita Nuova*.—V. Villemain, *Cours de littérature, tableau de la littérature au Moyen Age*, pág. 378.

bre soñador florentino, atormentado por todas las tempestades de su siglo, y más que todo por la tempestad eterna de su propio corazón, puso en esa niña espiritual, inmaculada, en esa alma hermana que todos buscamos á lo largo del camino, en esa mujer ángel, el deseo perdurable, el bien soñado y presentido sobre la tierra; la luz, el amor, la vida, la ilusión, la felicidad sin sombra y sin ocaso; el ideal misterioso y vago, sólo realidad inmaculada en la mansión luminosa de los cielos. A continuación de los veinticuatro ancianos del Antiguo Testamento, en medio de los cuatro Evangelistas, por los cuatro animales representados, un grifón, emblema de Jesucristo, mueve el carro victorioso de la Iglesia; los demás escritores del Nuevo Testamento y las siete virtudes, completan el cortejo. El carro lleva una Virgen: es Beatriz, la visión purísima de la *Vita Nuova*, que despierta recuerdos y esperanzas en todas las almas entusiastas, y que ha huído de la tierra con sus hermanas las estrellas del firmamento, para transfigurarse en el monte santo del amor profundo é inmenso, que agitó hasta la quinta esencia el corazón del poeta altísimo, en quien toma cuerpo la epopeya católica de la Edad Media. Beatriz se llama á sí misma con este nombre (1): *Ben, ben, son Beatrice*. Con el olivo de la sabiduría, el blanco velo de la fe, el manto verde de la esperanza, y la túnica ardiente de la caridad (2); entre el triunfal acompañamiento, donde van los Evangelistas que han testimoniado los milagros de Cristo; San Pablo y Santiago, con sus cartas elocuentísimas; San Pedro, con los trofeos de la victoria; San Juan, con las visiones del Apocalipsis; el grifón invencible y las virtudes encumbradas, los ancianos de la Ley Antigua cantan en himno inacabable, como el cantar de los cantares, ¡*Veni, sponsa Libano!* ¡Ah! Es la grande apoteosis del amor. La apoteosis de Beatriz es el pensamiento generador del

(1) C. xxx. v. 25. Purg.

(2) *Sobra candido vel, cinta d'oliva
donna má apparve, sotto verde manto,
vestita di color di fiamma viva.*
(*Divina Comedia*. C. xxx. v. ii. Purg.)

poema dantesco; y esta apoteosis divina, *il primo amore* (3), es por modo sobrenatural y propio, por la eficacia del simbolismo cristiano, la apoteosis viviente de la hermosura espiritual y eterna... ¡Qué obra, la obra del poeta florentino!

«Oscuro infante de las orillas del Arno; desterrado y perseguido; atormentado por el fuego de ensueños grandiosísimos y por las exaltaciones de amor jamás saciado; caído en oscura tumba prematuramente abierta; al envolverse en el polvo del sepulcro, y al escuchar los rumores de la eternidad ignota, había cumplido el voto sagrado, voto de amor, «de decir de Ella lo que nunca fué dicho de mujer alguna» (1). *La Divina Comedia* ha sido luego patrimonio de todas las civilizaciones, y el nombre de Beatriz se repetirá eternamente por todas las almas que sientan las inspiraciones del amor. Ante el poder sobrehumano del genio que toma posesión de la inmortalidad, las generaciones se han preguntado: «¿Si el arte corona de este modo á sus hijos predilectos, con qué diadema ceñirá Dios las sienas de los que conquistan su gloria?» (2) Mirad otra creación sublime de la Edad Media; cualesquiera de las catedrales surgidas al conjuro del espiritualismo, sobre el suelo de Europa en el siglo XIII. Los doctores que leen las páginas de misterioso libro; las vírgenes que han aspirado tanto incienso y escuchado tantas oraciones; los Obispos y los Reyes dormidos sobre los sepulcros; los Santos que llevan en su frente reflejos de la luz paradisiaca; las naves hechas de sombras, y las capillas cubiertas de ex-votos; las ojivas que ciernen la luz reverberante en sus vidrios de colores; las torres, que ascienden, como las almas á la gloria; las campanas que enardecen con sus rumores á las muchedumbres exaltadas; ¡ah! todas esas piedras, todas esas figuras, todas esas representaciones, que os hablan de lo infinito, y os hacen sentir por vuestras venas el escalofrío de lo sublime, y por vuestra alma la idea de la inmortalidad,

(1) *Vita Nuova*.—*Divina Comedia*. Inferno, C. iii. v. 2.

(2) Dante, *Vita Nuova*.

(3) Ozanam, *Dante et la philosophie catholique au XIII siècle*.—Paris 1839. Parte IV. *Beatriz*.

tienen el místico, el ideal sentido de la representación espiritual y altísima. En esas catedrales hasta las piedras hablan; *lapides clamabunt* (1). Y he aquí que hablando del simbolismo artístico en las creaciones de la Edad Media, por no sé qué íntima concatenación de ideas, acude á mi recuerdo el cenobio de Asís, la Jerusalem del siglo XIII, levantado sobre la *porciúncula* del Pobre Penitente, y al que han venido en peregrinación inacabable, como á su propio cariñoso nido, soñando con el perdón y con la gloria, todos los más grandes artistas de aquellos tiempos. El cenobio de Asís, esa teología escrita en piedra, es el verdadero poema de la Edad Media.

El oscuro tribuno, el humilde penitente, «el Gonfaloniero di Christo» (2), que durante su vida, eterna aclamación de lo infinito, no había tenido ni una piedra donde reclinar su cabeza, al descender á los abismos de la tumba, ya clareada por los albores de la resurrección gloriosa, aviva el entusiasmo de los pueblos que levantan sobre la fosa del bendito Santo, gótico templo, que viene á ser como la escala mística de los cielos; entre las sombras, la capilla subterránea, la cripta que guarda las cenizas de este Redentor elocuentísimo; sobre la cripta, la basílica maravillosa, realizada por todos los prodigios del arte y por todas las inspiraciones de la fe; por último, como coronando esta epopeya divina, la iglesia superior, aérea, luminosa, transparente, poblada de oraciones y de ex-votos, cuyas ojivas se abren allá entre los fulgores de la gloria, y cuyas torres, que se pierden en el éter claro, llevan sobre las alas de los ángeles, en los labios de las vírgenes, de los doctores, de los bienaventurados allí esculpidos, con las plegarias de los monjes y de los peregrinos, las castas aspiraciones, y los suspiros inacabables de la tierra oscura y desolada. En ese monasterio se ha eternizado el simbolismo de la estética cristiana. Es como el poema de Dante; el abismo poblado de tinieblas, el mundo de sombras y de

(1) Dom Beaugendre, *Sermones*. Sermón LXXXIV, pág. 646, citado en la obra ya mencionada de Deservillers.

(2) *I Fioretti*.

lucis; la región del descanso sin término, y de amores sin zozobras.

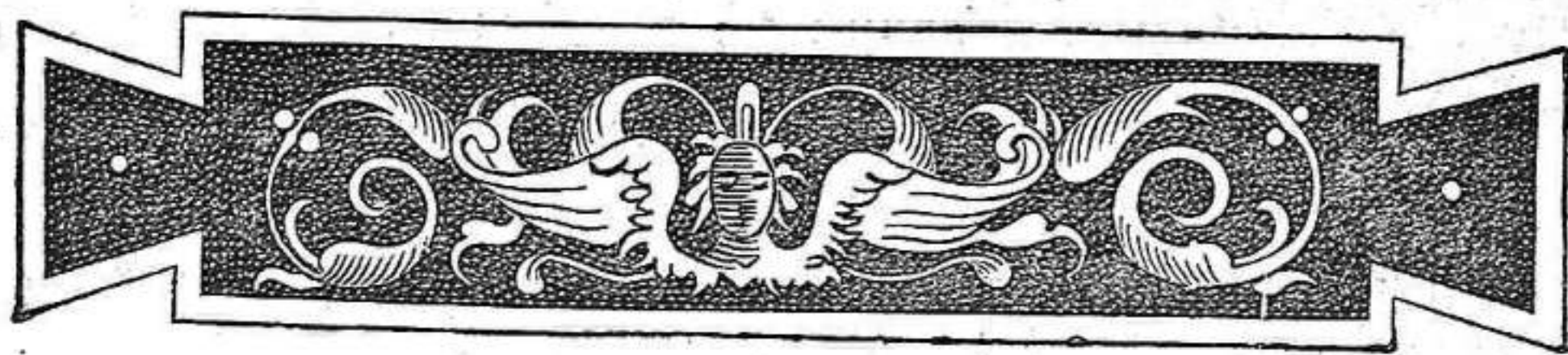
El mundo de lo sobrenatural compenetraba, como en la leyenda, el mundo de lo natural y terrestre.

ADOLFO DE SANDOVAL.

(Se continuará.)



MINISTERIO
CULTURA



INTRODUCCIÓN

SOBRE NUESTRA CIVILIZACIÓN EN AMÉRICA EN GENERAL

Y DE LA DE CUBA EN PARTICULAR (1)

(*Conclusión.*)

A las Cortes del año 1812, y á la gran guerra de la Independencia sucedió para la Metrópoli la reacción de 1815. A ésta, la mayor de 1823, y á ésta, la década lúgubre y afrentosa de 1823 á 1833, en cuyo período histórico apareció, por un contraste inexplicable para Cuba, no sólo la continuación de su libertad mercantil, sino otra libertad política de *hecho*, presentándose así dentro de sus costas un pueblo libre y feliz, fomentador de sus vírgenes campos; de nuevos hijos peninsulares que le llevaban la savia de su actividad y de su trabajo; autoridades inolvidables que lo conducían al pináculo de su material ventura; y un Soberano que accedía á cuanto los hijos de Cuba le propusieran; Rey indefinible, pues como otro Jano presentaba á la Metrópoli la faz de su despótico mando, y á Cuba la de un padre y un Monarca liberal; antítesis, que no por ser bien rara, deja de ser menos cierta en la contemporánea historia de aquella isla, y en la gratitud de la generación que yo todavía alcancé en Cuba por los be-

(1) Véase la pág. 168 de este tomo.

neficios que se recordaban, ante los que le han levantado la estatua del reconocimiento que hoy se ve en su capital y en la principal de sus plazas (1). Faltaba la libertad política: pero estaba compensada con una independencia personal que no existía en ninguna otra parte y cuyos resultados en españolismo y afecto nacional, sorprendían. ¡Mas ¡ay! que á este sol tan esplendente para la cubana tierra, también le esperaba su eclipse!

Los rayos de la libertad política volvieron á iluminar la Península con la muerte de su último Monarca, y sus resplandores, con una contradicción igual á la que hasta allí venían disfrutando, tornáronse para Cuba en oscuridad completa, tanto más sensible para la misma, cuanto que estando en la posesión de una libertad muy práctica, se le privaba sin razón de la legal que en la Metrópoli se establecía. Sus procuradores, ya electos (según la legalidad establecida y la tradicional que había sido respetada hasta allí), fueron arrojados de las Cortes de 1837, so pretexto de que se iban á dar á la isla unas *leyes especiales*; y pasaron años sin que esta provincia participase de estas leyes prometidas, ni tampoco de las antiguas, en las que había estado vinculada hasta allí, su correspondencia hermana.

Desde esta fecha, los mandantes en esta isla sólo se propusieron invocar su prosperidad para ahogar las quejas de la opinión, y á la negativa de su representación siguió el sistema personal de sus Capitanes generales, y á éste, el inhumano de toda situación en que no hay entre el imperante y el súbdito válvula de responsabilidad, de expansión, ni de publicidad alguna. Por desgracia, este régimen, por la continuación de sucesivos años entre algunos peninsulares que pedían su mantenimiento, y otros insulares que clamaban por su cesación, ya engendró cierta pugna sorda entre peninsulares é insulares, y fué su consecuencia la prevención de unos contra otros: de los unos, por inculpar á los otros ser desafectos á sus padres y á la Metrópoli; y de los otros, por

(1) Véase en la introducción de la primera parte de esta obra, pág. 83, lo que allí se dice en una de sus notas sobre esta estatua.

considerar á todos los peninsulares atrasados, concusionarios y explotadores. Fué rompiéndose, pues, poco á poco en la familia insular el lazo afectuoso que la unía á la peninsular. Siguió á esto la imposición que impedía el desahogo: quedó la prosperidad material que sostenía la fuerza: la afectación se fué evaporando, y la idea revolucionaria de nuestros tiempos ya no pudo menos de encarnar en la isla con sus insurreccionales estragos. La prosperidad era un hecho: pero el espíritu nacional comenzaba á enflaquecer, y la civilización no contaba como hasta aquí en Cuba con aquella gran fuerza moral del mutuo afecto.

La misma riqueza material, que había sido hasta allí la consecuencia de una paz continuada con el factor de la esclavitud, comenzó á turbar el goce de sus poseedores. Y he aquí la crisis moral que atravesaba la isla en los momentos históricos en que yo por primera vez hube de aportar á sus costas. Allí encontré un pueblo lleno de vida y movimiento; una capital que acumulaba improvisadas riquezas; y gas, y ferrocarril, y adelantos como no los había dejado en España. Hasta por sus campos se disfrutaba de una paz no interrumpida por siglos: los ingenios se aumentaban: principiaban á fomentarse los mayores que hasta entonces se habían conocido, como *El Alava* del Sr. Zulueta (1); y en la

(1) Un publicista decía algunos años después esto mismo, con dicción tan nutrida como pintoresca en uno de los órganos de la prensa: «Era la isla de Cuba, hace ocho ó diez años, un país próspero y rico: no había allí libertades, pero había sosiego; la prensa era escasa, el comercio florecía, en la bahía de la Habana ondeaban constantemente las banderas de todas las naciones, no en ademán belicoso, sino en señal de buenas relaciones mercantiles: centro de producción y de riqueza, la isla de Cuba veía solicitados sus azúcares y tabacos en todos los mercados, y el oro afluía de ambos continentes en tal abundancia, que la plata escaseaba para los cambios, y la moneda más usual para la circulación era la onza. Cielo hermoso, suelo feracísimo, riquezas, bienestar material en un clima bochornoso, donde el trabajo corporal es insoportable; esto había conseguido reunir en Cuba la raza blanca, pues el más humilde europeo, al desempeñar el oficio de criado, era tenido como un jefe de los sirvientes de color, á quienes hablaba de *tu* y de quienes recibía tratamiento.

»Al lado de aquella raza privilegiada existía otra, obligada á trabajar en

parte oriental, por último, se descuajaban los montes vírgenes de partidos enteros, que cual el de *Toro*, aumentaba el número de los cafetales establecidos por aquella región, por una colonia de franceses, modelo de inteligencia, de laboriosidad y de la fidelidad más probada hacia su Metrópoli. Pero si todo esto lo contemplé con una natural satisfacción, tan luego como por mis relaciones con las autoridades y con los particulares se fué ensanchando el horizonte de mis conocimientos, mereciendo por mi conducta la consideración de aquéllas, y por mis sentimientos la confianza de éstas; muy pronto y como ya dejó dicho en mi introducción de la parte primera de este libro, muy pronto reconocí que no había equilibrio proporcional entre la riqueza material de la sociedad que estudiaba, y el vacío que se sentía en la manifestación legal de las ideas que en gran cantidad entraban por aquel país, con el movimiento mismo de sus buques, desde los centros más cultos de la Europa. Perdido, pues, este equilibrio, y aumentada ya la prevención mal disimulada de peninsulares é insulares por esta y otras concausas, la situación era ya muy violenta cuando en 1862 abandoné la isla.

En el entretanto, los años corrían y las leyes especiales ofrecidas por la Constitución de 1837 nunca llegaban. En su lugar continuaron aumentando las tandas de empleados, se-

»aquel clima abrasador, no para sí misma, sino en provecho de sus amos.
 »Existía aún la esclavitud, institución pagana; y existía otra ley más odiosa que
 »la ley escrita, es decir, la división de razas y el desdén hacia la inferior, en-
 »carnados en las costumbres hasta el punto de repugnar un blanco tender la
 »mano á un negro, fuese éste superior al otro en cultura y en riquezas. Con-
 »vertir este desprecio en consideración no es del dominio del legislador, sino
 »del tiempo; resolver bruscamente el problema de la esclavitud en un país cu-
 »yas bases son la esclavitud misma, es desmoronar una sociedad sin provecho
 »de la raza emancipada; prolongar aquella institución injusta, cuando del nue-
 »vo y viejo mundo se ha levantado un clamoreo general contra ella, también
 »tenía sus peligros. ¿Qué extraño que todos los Gobiernos españoles evitasen
 »la tremenda responsabilidad y eludiesen un asunto tan difícil y espinoso? La
 »República norte-americana sólo se atrevió á decretar la abolición en medio de
 »una guerra, cuando los Estados esclavistas eran sus enemigos; que de estos
 »rasgos humanitarios nadie hace víctima á los suyos.»

Así se expresaba D. José Fernández Bremón.

gún el matiz político que en la Metrópoli prevalecía, uno de los males más funestos con que principió á empeorar la administración de Cuba, y por cuyas irregularidades les fué cada día más imposible á los reformistas del país, ver con posibilidad cuál eran compensados con sus destinos los que en la Metrópoli pensaban tan reformadoramente como ellos. Mas como precisamente uno de los hombres premiados en estos movimientos de España con el mando de Cuba lo fuera el General Serrano, en él encontró la opinión de los reformistas, no sólo un eco noble, sino una cooperación tan sincera como activa é ilustrada, cerca del poder supremo metropolitano. Así fué, que sus primeros actos comenzaron por tranquilizar los ánimos, y su conducta oficial toda ya no tuvo otro objetivo político que atraer á los desconfiados, ablandar á los empedernidos y congregar á los más apartados. Los trabajos de su bufete correspondieron á estos propósitos, y ya en 1860 formuló con particulares asesores, más amistosos é ilustrados que oficiales, un proyecto que remitió á la aprobación del Gobierno de la Reina, y en el que se establecía un Consejo de Gobierno insular, se organizaba la provincia, el Municipio, y se daba la representación en Cortes á los cubanos. Estos por entonces nada más pedían. Inculpaban á la Metrópoli el despojo que se les había hecho de sus derechos, excluyéndolos de las Cortes españolas, contra la asimilación de que siempre habían gozado, y prescindiendo de pedir se confeccionaran y se llevasen á cabo las leyes especiales que al despojarlos se les habían ofrecido, se guardaban bien de recordarlas (es verdad que no habían aparecido aún los autonomistas), y sólo pedían la asimilación secular, la libertad civil y política, la que siempre habían tenido con sus hermanos los españoles.

Mas para este proyecto, todavía no hubo en aquellos mismos hombres salidos del último movimiento popular, ni convicción, ni valor bastante para prohiarlo, y pasaron cinco años más, hasta que en 1864 subió al poder como Ministro de Ultramar D. Antonio Cánovas del Castillo. Y éste, á quien ya señalará la historia como político hábil y pensador, no lo fué menos como gobernante dedicado por estos

días á los intereses de España en Ultramar, y fué el primero que entre la serie de tantos como habían pasado por iguales alturas desde 1837, fijó su atención sobre los síntomas que ofrecía la opinión de la Gran Antilla, y después de estudiarlos muy perspicuamente, se apresuró á sondearlos á mayor profundidad, mandando convocar una solemne reunión de insulares y peninsulares que llevasen á cabo una información no menos autorizada, sobre las reformas sociales, económicas y políticas que la opinión liberal de la isla reclamaba, verdadero parlamento, en cuyas sesiones ya se expresaron con franqueza legal sus divididos pareceres respecto á semejante reforma política y social. Pero ya hubo el bien de conocer á su razonador choque todas las tendencias democráticas de los insulares, recatadas hasta allí del poder de la censura, las cuales eran la proscripción de esta última, la libertad de petición, de reunión, de industria y la participación de los insulares en los cargos públicos. Propusieron otros una representación mixta, mitad elegida por la corona y mitad por las dos Antillas, Ayuntamientos peninsulares y libertad de imprenta. En lo económico, por último, se propuso la rebaja y simplificación de los aranceles, la declaración del cabotaje con la Península, la anulación del derecho diferencial de bandera, la cesación del monopolio harinero, y que el presupuesto se cubriera con un 6 por 100, extremos económicos en que casi hubo unanimidad, menos en la conclusión radical de la supresión de las aduanas, aunque no faltó quien también la defendiera.

Estos fueron los proyectos que desarrolló aquella junta informativa, que fortificaron las aspiraciones de los reformistas y que, infundiendo en unos y en otros esperanzas de transacciones mutuas, llegaron á formular una especie de programa, que, de haber continuado en el poder el hombre que había dado lugar á su elaboración é iniciativa, lo habría mandado ejecutar en muchas de sus partes y habría ahogado el desarrollo de una rebelión sangrienta que ya estaba engendrada, y que al calor de la revolución de 1868 tomó su ser.

Pero si la revolución de España impulsó la de Cuba,

sus principales agentes habían venido siendo en esta isla los mandantes que desde 1837 á 1868 no cesaron de conculcar en Cuba el sistema de sus antiguas leyes y reglamentos, que tanto comprendían al imperante como á los gobernados, tratando de suplirlas con una gobernación personal y una lujosa burocracia más especialmente desde 1850; y metidos á reformadores, trataron de regenerar sus Ayuntamientos, no con la altura de los antiguos principios españoles, sino constituyéndolos y reglamentándolos, según cuadraba á las personales miras de una pretensión vanidosa. Tan personal abuso ha tenido que escribirse después con sangre, y como la sangre en que se escribe es un líquido corrosivo que todo lo corrompe y todo lo esteriliza, la cruenta guerra de Cuba no sólo cambió por completo la antigua comunidad de sentimientos y aquella inteligencia afectuosa de sus distinguidas y enriquecidas clases con las de España; sino que, habiendo ya desaparecido con las últimas generaciones de aquel pasado dichoso, cuyos posteriores restos yo alcancé, todo se ha cambiado allí moral y materialmente, todo allí es nuevo, porque su civilización ha entrado en una nueva faz, cuyo desconocido porvenir no le será tan fácil adivinar al que esto escribe: pero teme mucho que, filtrándose cada día más un venenoso y social antagonismo entre peninsulares é insulares; (cuando, por el contrario, más necesitaban de su antigua fraternidad, como provenientes de un mismo tronco, para hacer frente á los menos inteligentes, pero más numerosos de otra raza que ha de ir aumentando su baja población) y que ofendiendo los unos la nacionalidad de los que hasta aquí han venido alimentando y nutriendo con su emigración reglada y secular el aumento de su producción, y el movimiento de sus establecimientos comerciales; y que pagando éstos como ofendidos á sus ofensores con iguales provocaciones de amor propio; la división llegue á ser completa en la isla, y entre esta lucha de parcialidad y prevención, se haga allí insufrible la vida, el capital emigre, y la guerra civil aparezca, entregando la victoria al factor tercero que hoy es dirigido, pero que en ese temible día aparecería él dirigiendo, para concluir hasta con el último rastro

de una heredada y progresiva civilización, tercer tomo de Jamaica y Santo Domingo.

Tal es en rápida síntesis el variado cuadro que me he propuesto desarrollar en la parte segunda, después de la primera que ya ha visto la luz pública, teniendo por objeto aquélla, la «Naturaleza de Cuba,» y ésta su «Civilización.» En la primera, he tratado de fotografiar el gran cuadro físico del país cubano, desplegando ante los ojos del lector (no sé si lo habré conseguido), la pompa y la variedad de su intertropical naturaleza. En la segunda, quiero absorber ahora toda su atención sobre el estado social que han venido alcanzando los habitantes de esta isla, desde su española cuna, hasta tocar en el día aciago de la insurrección de Yara, ante cuyo dintel he retrocedido aterrado, para no ofrecer mi humilde pluma á tan deplorables escenas. Si tratara de juzgarlas, unos y otros desecharían mis razonamientos, porque la pasión nunca los ha conocido. Unos y otros se negarían á confesarse culpables, cuando mis sentimientos no podrían tal vez fallar sino en contra de ambos. Esto, en cuanto á mis convicciones. En cuanto á mis propósitos y al fondo de las doctrinas que en estas páginas expongo, la verdad me lleva siempre á expresarme con igual imparcialidad, siguiendo aquella máxima de Polivio que dice: *Si no sabéis censurar al amigo ni al adversario cuando lo merezca, no escribáis.*

Bien me hago cargo que los adeptos de ese positivismo progresivo que hoy llena de goces nuestros sentidos, desdeñarán quizás estas páginas, al defenderse en ellas las creencias más afines al espíritu y que han entrado en tan gran parte en nuestra nacional historia y en la particular de la isla. Pero ¿cómo prescindir de esa moral fisonomía en la constitución social de una tierra que se ha venido vaciando por siglos en el molde más conforme á nuestra raza y personalidad? Nuestra propensión al sentimiento de lo maravilloso, de lo indefinido, de lo religioso, cuadra tanto á la parte imaginativa de nuestro organismo, que forma nuestro tipo nacional, como Inglaterra particulariza el suyo con otro más práctico y utilitario, y cual la Alemania se singulariza por la concepción nebulosa de sus ideas, la Francia por su es-

cepticismo, y la Italia por la sensibilidad y el refinamiento del arte. Y ¿cómo saltar sobre los tiempos en que una atmósfera católica lo impregnaba todo, hombres, cosas, instituciones y cuanto pertenecía á la vida civil? ¿No sería un anacronismo juzgar aquella época y aquellos hombres por el criterio mismo de nuestra vida actual? ¿Existían ni se leían entonces, por ventura, los libros de esa filosofía de los Schopenhauer, de los Vacherot, de los Kraus y de los Proudhón, que arrojan al mismo Dios de nuestro mundo actual?...

Así es, que en vano escriben los cubanos, con uno de sus anónimos autores, que la Isla de Cuba no tiene historia ni en su pasado ni en su presente (1). En este libro se encontrará la comentada crónica de su pasado, desde que se desplegó en sus playas el estandarte de la cruz en nombre de unos Reyes inmortales, por el brazo de un Colón, en 1492. A aquellos días sucedieron el valor, los bienes y los males, el atraso y el progreso, la ilustración y las virtudes sembradas ó recogidas á una por insulares y peninsulares, sin distinción de procedencia. Esas luces, esos beneficios, los sembraron en el suelo cubano lo mismo el hacendado D. Francisco Carballo, que el peninsular Gobernador D. Luis Las Casas: lo mismo los Jáuregui que los Caballeros y O'Gabán; lo mismo los Arango que los Espadas, lo mismo los Valientes que los Ramírez. Entre los hombres de letras, lo mismo los Varelas que los Lasagra, los Poey, que los Bachilleres, los Betancourts (el lugareño) y Caballeros, que los Pezuelas y Reinosos; y entre los hombres importantes, lo mismo el Superintendente Pinillos que el Gobernador Escario, el gran publicista insular Saco, que el misionero peninsular Fray José de la Cruz Esprit (2). Sí; esta comunidad de religión, de ciencia, de beneficencia y de honra; esta comunidad de noble ambición, de amor y de patriotismo, han dado á Cuba

(1) Este autor se engaña como creo que se ilusionaba el mismo Montesquieu cuando decía *¡dichosos los pueblos que no tienen historia!* Hace ya tres siglos que principió para la Isla de Cuba.

(2) Ya se hablará de este religioso y de sus obras cuando en esta historia se llegue al movimiento regenerador de Puerto Príncipe.

sus adelantos y su actual civilización. Porque confundida siempre la historia, la gloria y la civilización de la madre, con la gloria, la historia y la civilización de la hija, de esta unión han salido los nobles patricios que en Cuba y en España han sostenido una misma nacionalidad como un Arrate (1), un Gómez de Guanabacoa (3), un General Zayas (3); en nuestros propios días un General Quesada, víctima de su deber; y entre nuestras tristes luchas políticas el nunca bien recordado joven D. Fernando Malibrán, víctima también sobre el campo de batalla (4).

Por otra parte, todo en esta isla ha pertenecido desde su origen á los españoles. Descubrimiento y conquista, población, instrucción y trabajo, abandono y fomento, cultivo y progreso, cultura y civilización, sólo á esta raza ha pertenecido. No han pesado sobre otra nacionalidad los sacrificios de hombres, buques y millones de pesos (5) con que España ha tenido que alimentar y sostener á esta isla durante siglos, mientras que ya bien entrado el presente pudo comenzar á vivir por sí propia y ser á su Metrópoli tanto más reproductiva, cuanto más ha sido el trabajo porfiado que los peninsulares han llevado allí á sus campos, y al fabuloso vuelo de

(1) D. José Arrate, primer historiador de Cuba, se alistó en 1762 contra los ingleses en el sitio que pusieron á la Habana, y apesar de su edad sexagenaria no se acostó en los sesenta y cinco días que duró el sitio.

Sus hermanos todos pelearon por la causa de Felipe V en la Península.

(2) Partidario del país, que hizo proezas contra ingleses capitaneando los voluntarios que le seguían á favor de España, en el sitio que aquéllos pusieron á la Habana en 1762.

(3) El Teniente general D. José Pascual Zayas, defensor de nuestra nacionalidad contra la invasión francesa, y después de nuestras libertades, contra la segunda de dicha nación en 1823.

(4) D. Fernando Malibrán, capitán y ayudante de campo del General don Luis de Córdova, murió en la batalla de Arlabán en la primera guerra civil. Este joven habanero hacía la guerra por puro patriotismo y á su costa. Murió al dar una carga por aquel accidentado suelo, en donde hoy tengo una propiedad.

(5) Desde 1690 hasta 1807, se han enviado á las cajas de Cuba, como situados sólo para su conservación y defensa, ciento cincuenta y un millones e pesos.—*Pezueta*.

su comercio. «Sin la refacción constante de nuestra raza
»(dice un escritor elegante), sin la nutrición no interrumpida
»de españoles que las fecundan (Cuba y Puerto Rico), que las
»levantan, que las engrandecen, Cuba y Puerto Rico serían
»lo que la Jamaica en poder de los ingleses, lo que Guada-
»lupe y la Martinica en poder de los franceses, lo que es la
»Guyana en poder de la Holanda, ó lo que es Santo Domin-
»go con su irrisoria independendencia» (1). Por esto, sin duda,
el propio escritor parte de tan irrefutable lógica cuando
agrega: «ninguna nación, ninguna raza en el mundo puede
»presentar los ilustres, los nobles, los legítimos, los augus-
»tos y santos derechos que los españoles á la posesión de
»aquella tierra de bendición» (2).

Mas como pudiera acaecer en los contingentes de lo por-
venir, que esta isla estuviera destinada á sufrir algún retro-
ceso en sus adelantos, ó alguna penumbra en su civilización
por razón de su última evolución social, y que la raza blanca
y dominadora, tan enemiga hasta aquí de confundir su san-
gre con la negra, comenzase á ser menos escrupulosa y pu-
diera predominar allí ese elemento mestizo que tan perturba-
dor se muestra en aquel continente, para fundar nada estable
y fecundo; para ese triste día en que Cuba no tuviera otra al-
ternativa que, ó ser absorbida por los Estados Unidos, ó re-
troceder en su civilización cual la isla de Santo Domingo;
para este infausto tiempo podrán quedar como memorias las
hojas de este libro, recordando todo lo que la raza pura espa-
ñola llegó á hacer á favor de esta tierra, sin auxilio de ningun-
a otra; y esto, evidenciado con un orden histórico, ajustado
á una ilación cronológica, que va marcando por épocas y pe-
ríodos los principales sucesos ocurridos en la isla desde su
descubrimiento hasta nuestros días, bajo las dinastías y Re-
yes que en la Metrópoli se han venido sucediendo, y en
donde quedan consignados el progreso y la civilización que
esta isla alcanzó, cuando ya las pasiones de sus nuevos
hombres la hubieren hecho desaparecer.

(1) *Las Antillas*, por D. Carlos Navarro y Rodrigo.

(2) *Idem*, id.

De este modo, y con método tan riguroso, aparecerá á un golpe de vista primero, y con más pronunciado relieve después, la escala progresiva de este pueblo, desde los primeros y más penosos pasos de su vida, hasta los últimos de su desarrollo social. Que colonizado en su cuna por una raza más exuberante de vida que de forzado ostracismo, cual otras que han dado el sér á determinadas colonias, el pueblo de Cuba debió el soplo de su existencia á la pura raza española, sin que sus primeros padres hubieran sido hombres criminales ó sentenciados, como en otras tierras é islas. Los que acompañaban á D. Diego Velázquez, su conquistador y poblador, pertenecían, como ya lo dejo indicado, los más, á la nobleza de Castilla, cuando ésta, no encontrando ya para sus espadas suficiente empleo en la guerra de siete siglos que concluía, se dirigieron á la conquista de Cuba, á fin de no dar reposo á los brazos que las manejaban. Cortés, Narváez, Grijalva, Fernández de Córdova, Olid, Porcayo, Montejo y otros no menos nombrados después en las conquistas posteriores de aquel continente, fueron los jefes y pobladores que acompañaron á Velázquez en los primeros días de la colonización cubana. Por desgracia ó por fortuna para esta isla, al principiar su colonización, sucedió la del próximo continente, y claro es que estas personalidades, ebrias de ambición, de proezas y de gloria, habían de trocar su limitada área como isla, por los horizontes más indefinidos de reinos y provincias que á su sed de aventuras se ofrecían. La conquista de Méjico presentó ella sola á sus admirados ojos montones de plata y oro (1), y Cuba tuvo que languidecer, quedando sólo como punto de arribada, y entregado á la ganadería, por el dilatado imperio que á sus mismas puertas se ofrecía. Este imperio, ya en nuestros propios tiempos ha desaparecido; pero dejando entre sus recuerdos 16 naciones independientes que hablan la propia lengua, aplican su legislación y siguen su culto y sus principales costumbres. Pues bien;

(1) Sólo por el rescate de Atahualpa, llegó á repartir el pequeño ejército de Pizarro en un solo día 15 millones y medio de duros, y 51.610 marcos de plata.—*Conquista del Perú*, por Prescott, cap. 7.º

cuando esta isla con Puerto Rico quedaron á España como restos de aquella gran ruina, entonces fué cuando principi6 á desarrollar Cuba, cual lo expongo en estas páginas, su mayor prosperidad, su rápida ilustración y su gran movimiento comercial.

Tal es, repito, el campo y las sucesivas etapas que me he propuesto recorrer en el presente libro sobre la isla de Cuba, con relación á su curso social, político y administrativo, cuyo conjunto ha compuesto su civilización. He tratado de reflejar, en la primera parte ya publicada, las leyes y las principales condiciones de la naturaleza cubana, con intento de desenvolver en ésta cuantos hechos históricos han podido constituir su bien ó su mal. Así, en el conjunto de estas dos partes, «Naturaleza y Civilización,» hallarán los insulares y peninsulares en algunos volúmenes solos, lo que al presente se encuentra diseminado en muchos, para poder apreciar por medio de una gran ojeada cuanto haga relación á su suelo, á su Gobierno y á su adelanto social, que ha sido el de su civilización.

¡Ojalá que unos y otros sean benévolos con sus defectos para hacer justicia siquiera al criterio de imparcialidad con que he tratado de emborronar estas páginas y sus correspondientes capítulos! Que no porque yo haya tratado de hacer presentes los méritos de la madre, he dejado de lamentar los males de la hija, y de censurar (tal vez con calor) á los que, representando en Cuba á la primera en estos últimos tiempos, han podido olvidar lo que su misma posición les exigía.

Por lo demás, repetidos viajes, mirada atenta, observación continua, no poco estudio y largos años de apuntes, han sido los materiales que han ido formando la redacción de este libro, aunque á cada paso interrumpida por mis aficiones agrícolas, por mis ocupaciones oficiales, y más recientemente, por grandes y repetidas desgracias, que han robado á mi espíritu la conveniente calma.

MIGUEL RODRÍGUEZ FERRER.



LA POLITICA DE FELIPE II

MEMORIA

leída en el Ateneo de Madrid por D. Daniel López, Secretario Primero de
la Sección de Ciencias Históricas

Conclusión (1)

CRANDE era la reputación de hombre de guerra que gozaba el Duque de Alba al ser enviado á los Países Bajos. Sus empresas militares, en todo el tiempo que duró su gobierno, demostraron cumplidamente la justicia de su fama. Era, sin disputa, el primer General que tenía entonces España y Europa. Desde el tiempo de Demetrio Poliórcetes, dice el historiador de la independencia de la República holandesa, ningún General había sitiado tan gran número de ciudades. Desde el tiempo de Fabio Cunctator, ninguno había sabido evitar tantas batallas, ni se podía citar caudillo alguno, por magnánimo y esforzado, que hubiera llegado á poseer tan altanera indiferencia á la crítica y á las calumnias con que á veces sus enemigos trataron de mancillar su nombre. Carlos V había

(1) Véase el tomo LXII, pág. 561.

conocido muy pronto los talentos militares del de Alba, y había sabido apreciarlos en todo lo que valían, distinguiéndole con los mandos de mayor importancia. No hay, tal vez, en todo el reinado del Emperador campañas más arduas ni más afortunadas que las del Danubio y el Elba, en la guerra contra la liga de Smalkalda. En una y otra tuvo el mando en jefe del ejército imperial D. Fernando Alvarez de Toledo. La gloria del paso del Elba y la victoria de Mühlberg, que se consideraban vulgarmente como hechos milagrosos, le corresponde toda entera. «Llegué, ví y Dios venció,» decía el Emperador, parodiando piadosamente las palabras de César. En su larga carrera militar, desde que á los diez y seis años había hecho las primeras armas bajo los muros de Fuenterrabía, hasta la edad de sesenta que tenía ahora al ser enviado á Flandes, la fortuna había seguido constantemente sus banderas. De los grandes desastres del Imperio, sólo presenció el de Metz, y en aquella ocasión desplegó todas las cualidades de un caudillo experimentado, para reparar en lo posible una falta que no era suya.

El ejército puesto á las órdenes del Duque de Alba, era en un todo digno de tan gran General. Formábanlo próximamente 10.000 hombres, de Infantería en su mayor parte, pues sólo había 1.200 caballos. Podrá parecer la cifra demasiado pequeña, pero en cambio, eran 10.000 veteranos acostumbrados á vencer en toda Europa. Causó general admiración la disciplina incomparable, el orden, que honraría á un ejército de nuestro tiempo, con que llevó á cabo el Duque la difícilísima operación de trasladar esta lucida hueste, desde Alejandría de Palla, por el Mont-Cenis, la Saboya, Borgoña y Lorena, á los Estados Bajos. La gente de guerra de todos los países acudía á ver desfilar los veteranos españoles. Brantôme, que fué expresamente á Lorena con este objeto, se deshace en elogios al describir *cette gentille et gaillarde armée*, cuyos soldados, por el brillo y lujo de las armas, y por su bizarra apostura, tenían apariencias de Príncipes. Lleno de patriótico orgullo el autor de los *Hechos de Sancho de Avila*, condensa en dos líneas el unánime elogio de nacionales y extranjeros. «Los soldados, dice, podían ser capitanes; los

capitanes, maestros de campo; los maestros de campo, Generales» (1).

Pero aquí termina el elogio. Un ejército invencible, una serie de victorias entre las cuales hay triunfos tan completos y decisivos como el de Jemmingen, dieron por resultado que al fin el Duque de Alba se viera obligado á abandonar los Países Bajos, más como vencido que como vencedor. Sus crueldades no dieron otro resultado que enconar los ánimos, hasta hacer toda avenencia imposible. De todas partes llegaban á Felipe II voces clamando perdón para aquellos desdichados pueblos. Hasta sus mismos Embajadores y secretarios no vacilaban en interceder por los flamencos. Sólo la clemencia podría dar algún resultado. «Señor, escribía al Rey desde Bruselas el secretario Esteban de Prast, convendría que se alzase ya la mano del rigor habiendo seido hasta agora grande, por haberse justiciado en cinco años y tres meses pasadas de tres mil personas y desterradas por sentencia otras nueve ó diez mil.» Y al final de la carta, como postdata, añade: «Va aquí junto un librillo nuevamente impreso en Amberes con licencia, por el cual se ve un singular ejemplo de clemencia del Emperador Thodosio, que me ha parecido digno que V. M. le mande visar para el caso presente.» Es, en realidad, conmovedor este rasgo del secretario, que con el temor que el Monarca inspiraba, sólo de este modo indirecto se atreve á insistir en hacerle cambiar de política. Mas cuando Felipe consintió en hacer concesiones y adoptar medidas conciliadoras, era demasiado tarde. Precisamente esa es la historia de las revoluciones. La política está en conceder á tiempo, en conceder cuando las peticiones son todavía razonables, y con apariencia de magnanimidad pueden hacerse. Mas cuando el gobernante se resiste á prestar oídos á peticiones justas, cuando además extrema el rigor con la negativa, las pasiones se exaltan, las peticiones, antes razonables, se convierten en exigencias que van contra el

(1) *Hechos de Sancho Dávila*, Valladolid, 1713, pág. 26.—Prescott, *Philip. II*, lib. III, cap. I.—Arrue, *Campañas del Duque de Alba*.—Motley, *Rise of the Dutch Republic*.—Brantôme, *Œuvres*, tom. I.

Estado, la lucha se hace inevitable, y la revolución sobreviene.

Los límites en que necesariamente ha de encerrarse esta Memoria, no permiten analizar ni aun someramente las principales empresas de este reinado. La historia de Felipe II es la historia de Europa en la segunda mitad del siglo XVI; de ahí que hayamos de fijarnos solo en aquellos sucesos de importancia excepcional que, por otra parte, son los que manifiestan con mayor claridad la política del Soberano. La guerra contra el turco, la rivalidad con Francia, le fueron transmitidas por su padre con la corona. En las guerras de Flandes, en la política de engrandecimiento que comienza con la conquista de Portugal, se ve manifiestamente la iniciativa personal del Soberano.

La ocupación de Portugal y su reunión á la corona de España, fué, podríamos decir, la única empresa que terminó felizmente Felipe II. Esta fué también la única vez que se decidió á obrar con rapidez y anticipándose á la ayuda que sus enemigos pudieran prestar al prior de Crato, que era el candidato popular, agregó este nuevo reino á los muchos que ya poseía.

La victoria del puente de Alcántara y la dispersión de la escuadra portuguesa por el Marqués de Santa Cruz, derribaron, en menos de tres semanas, el inseguro trono del prior de Crato. La Duquesa de Braganza, mediante ciertas concesiones, renunció en favor del Rey católico sus derechos al trono lusitano, y de este modo se encontró Felipe II, en breve tiempo, dueño del vecino reino.

Bien podía compensar la nueva conquista la pérdida de las siete provincias de Holanda que se habían emancipado formando la Federación Báltava. Todas las colonias portuguesas pasaron igualmente á aumentar los Estados del Rey de España. Eran éstas: el Brasil, en América; Guinea, Angola y Bengala, en la costa Occidental de Africa, y en la costa Oriental, Zanguebar, Quiloa y Mozambique; la isla Socotora á la entrada del golfo Arábigo; la isla de Ormuz, que dominaba la entrada del golfo Pérsico; Goa, capital de los establecimientos portugueses en la India; los reinos de Cambaya y

Diu; toda la costa de Malabar; la isla de Ceilán; el Quersoneso de Oro con la ciudad de Malaca; las Molucas y la isla de Macao, donde se establecieron las primeras comunicaciones entre los europeos y el Imperio chino (1).

Pero esta adición de territorios tan extensos, diseminados en todo el globo, constituía un aumento de poderío más aparente que real. Lo importante aquí era que, por primera vez, desde la invasión agarena, se veía reunida toda la Península Ibérica bajo la autoridad del mismo Soberano. Felipe II, no quiso ó no pudo dar á esta unión carácter permanente, procurando, con régimen templado, captarse la buena voluntad de los naturales, y hacerles olvidar la humillación y los rigores de la conquista. Hase pretendido por algunos escritores sostener que la conducta de España en esta importantísima cuestión, es digna de elogio por la clemencia en que inspiró sus actos. Bien diferente será la idea que formarán cuantos lean la correspondencia del Duque de Alba, Capitán general del ejército de ocupación, y de su segundo Sancho de Avila. Según textual declaración de ambos caudillos, en ninguna de sus muchas campañas habían visto desenfreno igual en la soldadesca, ni habían tenido que desplegar tanto rigor para refrenarla. «Los desórdenes que hoy pasan—escribía el Duque de Alba al Rey—son de manera que yo no pensé verlos jamás, ni que en gente de guerra pudiesen caber. He hecho todas las diligencias que humanamente he podido para atajarlos, y no ha sido posible, porque la inobediencia y desacato es muy grande, y procede todo de los oficiales, y yo aseguro á V. M. que no hay coronel, maese de campo, capitán y oficial ninguno que haga su oficio como le ha de hacer, y que á todos ellos se les podría muy bien suspender los cargos.»

«Hanse ahorcado algunos soldados, y pienso hacer ahorcar á algunos de los que están presos, y echar en galera más de cincuenta. A ocho capitanes he quitado las compañías, y á todos se les pudiera muy bien quitar, pero no se puede hacer

(1) Ch. Weis.—*L'Espagne depuis le règne de Philippe II jusqu'à l'avènement des Bourbons*, tomo I, pág. 70.

justicia de todos. No sé si con esto se remediarán los desórdenes, que á mí me duele más que á ellos me den ocasión para que venga á hacer esto» (1). Por otra parte, Sancho de Avila escribía al Duque desde Oporto, á donde había ido en seguimiento del prior de Creto: «Los soldados son insolentísimos, y digo á V. E. que he ahorcado y descalabrado muchos, que no he hecho otro tanto en mi vida» (2). El pueblo vencido compara su antigua grandeza con la presente humillación, y el sentimiento nacional, tan imprudentemente lastimado por el invasor, se mantiene y se fortalece aguardando el día de la liberación. Las calamidades que habían caído sobre Portugal en el breve espacio de tres años, eran tantas y tan grandes, que en mucho tiempo hicieron imposible todo esfuerzo vigoroso en favor de la independencia. Las últimas tentativas se hacen en las posesiones de allende el mar. En la madre patria, el clero es el principal depositario del sentimiento nacional. Cosa que parecerá extraordinaria, en la leve resistencia hecha á las tropas del Rey católico, los frailes fueron los que mostraron más energía y valor, los más implacables enemigos del campeón de la Iglesia, del martillo de herejes y de infieles. Y el clero es también el propagador de las leyendas del Rey D. Sebastián. El Rey no había muerto, el cielo le había impuesto una penitencia de siete años, trascurrido cuyo tiempo, debía reaparecer purificado y triunfante. Los lazos que unían el nuevo reino á la gigantesca monarquía española, eran tan débiles é inseguros, que el más pequeño esfuerzo, la más leve sacudida bastaría á quebrantarlos.

La facilidad con que se hizo esta conquista fué, tal vez, la causa principal de las desastrosas tentativas de Felipe para colocar á la Infanta Isabel Clara Eugenia, su hija predilecta, en el trono de Francia.

Muchas y muy graves ofensas había recibido Felipe de Isabel de Inglaterra; los piratas ingleses, con el beneplácito

(1) Carta del Duque de Alba al Rey, de Cascaes á 6 de Agosto de 1580 en la *Colección de documentos inéditos*, tomo XXXII, pág. 368-9.

(2) *Colección de documentos inéditos*, tomo XXXI, pág. 296.

de su Soberana, saqueaban nuestras colonias, robaban nuestros galeones. Los rebeldes de Holanda habían encontrado en Isabel el más decidido apoyo. Felipe había devorado todas estas afrentas preparando lentamente su venganza. Batir en la mar á los ingleses, no era suficiente. El Rey ordenó un formidable armamento para hacer la conquista de Inglaterra. D. Alvaro de Bazán, su Capitán general del mar Océano, á quien principalmente se debía el triunfo de Lepanto, y últimamente victorioso en el combate de las Terceras, dirigía la expedición naval. Alejandro Farnesio, Gobernador de los Países Bajos, gran General y no menor político, tendría el mando de las tropas de tierra. Asusta el montón de documentos, despachos, instrucciones, informes, órdenes de todas clases, que por su mano escribió el Rey para el apresto de este armamento. En medio de los preparativos, la marina de los conquistadores del Nuevo Mundo, de los vencedores de Lepanto, recibió un nuevo ultraje de los corsarios ingleses, que puso de relieve uno de los defectos capitales de nuestra administración. A las seis de la tarde del 29 de Abril de 1587, frente á la rada de Cádiz, cuajada de galeras, de buques de vela, de soldados y cañones, aparecen veintiocho buques sin bandera. Es la escuadra de Francisco Drake, el osado pirata enriquecido con los despojos de nuestras colonias y nuestros bajeles. Entra á velas desplegadas y fondea en el Puntal. Las mujeres huyen del teatro donde se representaba una comedia. Bajo el fuego de los cañones de las galeras y de los fuertes, queman los ingleses ó echan á pique, treinta navíos, desfondan los toneles de vino acumulados en el muelle, incendian los haces de forraje, el trigo, la galleta. En dos noches destruye Drake más de diez mil toneladas de mercancías, abastece su flota, carga sus prisioneros y desaparece. No contento aún, quema cien naves en el Tajo, se desembaraza de los prisioneros hechos en Cádiz, entregándolos á los marroquíes, hace rumbo á las Azores, y «cosa rara—dice Cabrera,—apresa el galeón San Felipe, que venía de Indias con grande y rico cargamento, y lo remolca á Inglaterra.» Según dice al Rey D. Bernardino de Mendoza en carta de Noviembre de este año 1587: «La venta del navio de es-

pezeria de la India, que tomó Drake, se avia concluydo en 50 M. para la Reyna y 6 M. para el almirante» (1).

No se puede perseguir al inglés sin autorización del Rey. Mientras se discute, se redacta y se despacha, tiene el pirata sobrado tiempo de estar de vuelta en su tierra. Hasta el 16 de Julio, quince días después de haber regresado Drake á Londres, no puede hacerse á la vela Santa Cruz para darle caza. Si tal sucedía, pendientes aún los aprestos de la mayor escuadra que se había visto nunca reunida, imagínese cuál sería la seguridad de nuestras costas, de nuestras mercancías en el Océano, después que el tremendo fracaso de la *Invencible* nos quitó definitivamente la preponderancia en el mar.

Pocas empresas han sido más largamente meditadas, proveídas con mayor minuciosidad, atendidas con más vastos recursos que la ocupación de Inglaterra que intentó Felipe II. Ninguna tampoco podría citarse que tuviera término más desdichado. A nadie más que al Rey cabe culpar de tan gran desastre. A la inaudita imprudencia del Rey á quien por un extraño sarcasmo llaman prudente, como llamaron grande á su nieto Felipe IV, se ha de atribuir un suceso que dejó abiertas irremisiblemente nuestras costas á los piratas, y con la ruina de nuestra marina, terminó la ruina de nuestro comercio. Si alguna duda podía quedar aun en esta parte, la publicación de todos los documentos relativos á la *Invencible* que han visto la luz pública en este año de 1885 ha venido á hacerla desaparecer. El mando supremo de la armada, de una armada de más de 200 buques en que iba un ejército de 30.000 hombres, fué confiada, por fallecimiento del Marqués de Santa Cruz, á D. Alonso Pérez de Guzmán, el Bueno, sétimo Duque de Medinasidonia. Cumple decir, en descargo del nuevo Almirante, que su primer impulso fué rechazar cargo tan pesado y tan superior á sus fuerzas, y en tal sentido escribió al Rey suplicando que por su incompetencia le relevara de tan alto cargo. El Rey, con aquella prudencia que ya le había costado las siete ricas provincias de Holanda, reiteró su mandato, y el Duque, en hora menguada para su

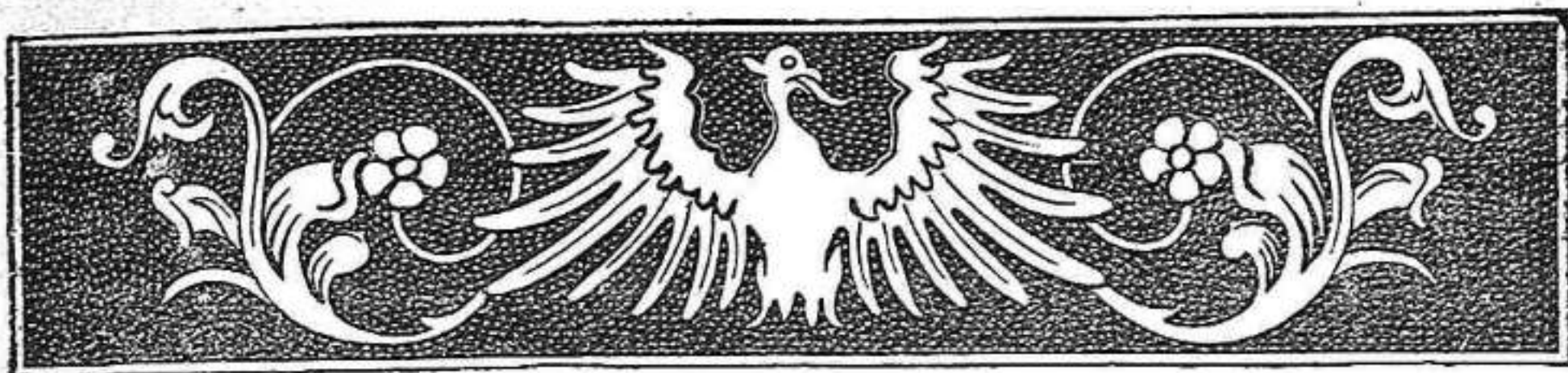
(1) Cabrera-Forneron.

fama, aceptó. Es cosa, en realidad, que afrenta y humilla ver escuadra tan poderosa, ver marinos curtidos en largos años de navegaciones y de combates, ver tantos guerreros esforzados que de todas partes acudían á ilustrar su fama en tan gran empresa entregados á perecer miserablemente víctimas de la ineptitud y aturdimiento de un caudillo inexperto. Lo único que del mar sabía el Duque de Medinasidonia, era que se mareaba. De aquí los desaciertos, las incomprensibles torpezas, el desgraciadísimo y vergonzoso fin de tan formidable armada.

Alejandro Farnesio, cuyas dotes de político no eran inferiores á sus prendas de gran caudillo, había logrado formar en las provincias walonas un partido católico adicto al Rey, y enemigo, por consiguiente, de los holandeses. En una serie de brillantes campañas que le acreditaron del primer General de su tiempo, había puesto en términos de desesperación la causa de los rebeldes. Cuando se creía en condiciones de poder terminar de una vez la rebelión con la conquista de las provincias septentrionales, recibió orden del Rey de entrar en Francia á la cabeza de su ejército. Pareció á Felipe ser este el momento de coger el fruto de tantos miles de escudos como había dado al partido católico. No puede decirse que fuera su ambición exagerada. De una manera parecida se había hecho dueño pocos años antes de Portugal. Si la importancia de este reino era menor, en cambio el partido que defendía su causa no era tan fuerte ni tan entusiasta como el que en Francia le tenía por jefe. Pero, ó no había recursos suficientes ó se engañó grandemente en el cálculo de la resistencia que sus tropas habían de encontrar. En vez de una acción enérgica y decisiva, distribuyó sus fuerzas en muchos puntos, así que, muerto Alejandro Farnesio, único capaz de contener á Enrique IV, este hábil político y bizarro caudillo vino á hacer de todo punto imposibles los planes de Felipe. Enrique IV, que, por misa más ó menos, no estaba dispuesto á perder un reino, abrazó las creencias de la mayoría de la nación. Las tropas españolas que daban guarnición á París, abandonaron la capital con banderas desplegadas y tambor batiente. Este desengaño fué el último, y tal vez el que

costó más dinero. A los triunfos brillantes que habían inaugurado su reinado, veía ahora sucederse una serie de desastres irreparables. La Hacienda, que nunca había estado bien, se encontraba entonces en situación desesperada. El Rey se había negado á pagar á sus acreedores, y esta nueva vergüenza puso de manifiesto su pobreza. Los ingleses, más envalentonados que nunca, desembarcaban en la costa, saqueaban atrevidamente puertos como el de Cádiz, penetraban tierra adentro y marchaban tranquilamente cargados de botín y arrastrando gran número de cautivos.

Y en tal situación, en medio de tales aflicciones, veía llegar su última hora, el momento de entregar el cetro de tantos reinos á un sucesor incapaz de conservarlos, menos todavía de promover su prosperidad y levantarlos de la ruina. Es muy frecuente disculpar sus errores con su propósito de conseguir la entera unificación de la monarquía, á que se oponían los fueros y costumbres locales. Pues ni aun eso puede concederse. En los cincuenta años que siguen á su muerte, el Rosellón se incorpora á la corona francesa; Cataluña vive veinte años en república protegida por Francia; Portugal se hace independiente; Aragón se dispone á proclamar rey al Duque de Híjar, y Andalucía prepara un levantamiento con el Marqués de Ayamonte. Cien años después de su muerte, las potencias europeas dividían los dominios de la corona de España en un Congreso donde España no era admitida. Tal fué el resultado de aquella funesta política, que no podemos llamar cristiana ni católica, so pena de que estos nombres vengan á significar torpe disimulo, artera doblez, crueldad implacable. En el mismo año de su muerte he aquí cómo resumía uno de los nuevos Ministros de Felipe III el estado de la monarquía. «De los de Flandes los rebeldes son enemigos públicos, y los demás sin duda lo son secretos; los de Aragón se tienen por ofendidos; y así los amigos solos desta corona son las Indias y los reynos de Castilla.»



ROLF EL ANDARIN

LEYENDA HISTÓRICA ORIGINAL DEL SIGLO IX ⁽¹⁾

I

Era en aquellos tiempos memorables
en que los bravos hijos de Noruega,
con poseer su tierra no contentos,
colonias famosísimas fundaron,
extendiendo su fama en todo el Norte.
La helada Islandia (2), las de Orkney, las Hébridas,
las de Shetland, Feroe y otras muchas
islas poblaron. Pero más famoso
fué su establecimiento en Normandía,
del que ahora voy á hablar. Había entonces
en la Noruega, tierra de piratas,
uno como muy pocos atrevido,

(1). Esta leyenda es la 3.^a de las que componen la obra inédita titulada *Leyendas del Norte*.

(2) Este nombre equivale á *tierra del hielo*.

Rolf (1), hijo de Röguald (2), aquel valiente que al Rey Harald cortó barba y cabello (3). Rolf era alto, muy alto y muy membrudo; por eso en las frecuentes excursiones que tierra adentro hacía, los caballos de Noruega, aunque fuertes pequeñísimos, no podían llevarle, y á pie siempre tenía que viajar. Y era tan grande su agilidad, tan largas las trancadas que daba el bravo Rolf, que en todo el reino *el andarín* llamábanle. En Noruega su renombre subsiste todavía.

Algunas veces en extrañas tierras halló caballos que su peso enorme podían soportar; mas la estatura del corsario era tal, que por muy alto que su caballo fuese, siempre al suelo llegaba con los pies. Por eso siempre andaba Rolf á pie, y los que veíanle de su asombrosa agilidad pasmábanse. El bravo Rolf las tres islas de Vigten poseía, que aún hoy así se nombran, algo al Norte situadas del llamado golfo de Folden. En aquellas ínsulas el bravo Rolf sus barcos reparaba; de ellas salía á recorrer los mares para volver cargado de despojos. El noble Rolf, como un hermano, cuentan que amaba el bravo Ulf, hijo de Liffey, incansable pirata, que robando en los mares juntó tesoro inmenso (4).

(1) Los historiadores meridionales, que siempre desfiguran los nombres del Norte, llaman á este héroe *Radholf*, *Rodolfo*, y más frecuentemente *Rollon*; del mismo modo que á su contemporáneo Rey *Harald* llaman indebidamente *Harold*.

(2) Reinaldo.

(3) Como se refiere en la primera leyenda de la colección.

(4) En aquel tiempo y en aquel país considerábase muy honroso el ejer-

Ulf Liffeysón (1) tenía una hija hermosa,
de rostro sonrosado, y de cabello
castaño, sin igual en todo el Norte.
Amóla Rolf y la pidió á su padre;
mas Ulf el opulento, que sin duda
criaba á Minna para ser Princesa,
se la negó, aunque en términos corteses.
Ulf Liffeysón decía que su hija
era muy niña aún, y al matrimonio
adversa siempre fué. Quedó muy triste,
triste en extremo Rolf, que la adoraba;
mas trató de calmar su sentimiento,
con más ardor que nunca consagrándose
á sembrar en los mares el espanto
y amontonar innúmeras riquezas.

II

Mas tuvo un contratiempo. Cierta noche,
sin víveres hallándose sus buques,
de Noruega en la costa saltó el bravo
Rolf, con una partida de los suyos;
y de muchos ganados, por la fuerza
se apoderó, á sus buques conduciéndolos.
Esto irritó al Rey Harald, que quería
que sus súbditos sólo en tierra extraña
tales actos piráticos hiciesen.
El Rey tenía sin igual afecto
á los piratas que extranjeras costas

cicio de la piratería, que era la única carrera abierta á los jóvenes de familias nobles. Los poetas del Norte celebran las hazañas de los piratas, les llaman *Reyes del mar*, y los consideran como héroes y no como bandidos.

(1) *Liffeysón* equivale á *hijo de Liffey*. Así, en muchos casos, se formaban los apellidos en el Norte.

pillaban, y por eso su propio hijo primogénito Eric (1), el que más tarde en Noruega reinó, desde los doce años pirata fué. Pero irritado Harald porque un noruego osado había en Noruega robar, á Rolf el bravo sin tregua persiguió. Y Rolf entonces sus naves aprestó, juntó buen número de marinos sin par y de valientes, y se lanzó á la mar. Odín guiábale, y Thor con su martillo poderoso empujaba las naves hacia donde el sol se oculta al espirar el día.

III

Mientras que Rolf el ancho mar surcaba, tras qué destino ya veremos luego, su anciana madre, que le amaba mucho, á los pies se arrojó del soberano, rogándole que á su hijo perdonase, y volver á Noruega le dejara. Implacable fué el Rey, y de la viuda escuchó los sollozos insensible. Irritada la anciana, en pie poniéndose, así le apostrofó:—¡Oh Rey! Arrojas como enemigo de tu reino á un hombre de esclarecida estirpe; lo que digo escucha, y nunca olvides. Arriesgado es atacar al lobo. Si se irrita, en los rebaños que en la selva pastan desahogará su rabia. Vive alerta.

(1) Eric apellidado *Hacha sangrienta*.

IV (I)

El andarín enderezó las naves á las playas de Francia; con los suyos desembarcó en la costa del Noroeste, y conquistó un extenso territorio llamado desde entonces *Normandía* (2), que equivale á *morada de los hombres del Septentrión*.

Reinaba en aquel tiempo en Francia *el Simple* Carlos, de la raza del *Magno* Emperador del nombre mismo. Pero éste no era *Magno*, sino *Simple*. Si heredó de su abuelo la corona, con ella no heredó las altas prendas de aquel Monarca, orgullo de Occidente. Rolf obligó al Rey Carlos á que en feudo la Normandía entera le donase, que él conquistó, y que ya no soltaría. Como señor feudal, al *Simple* Carlos reconoció el buen Rolf, y aquél á éste, de Normandía cual señor y Duque.

(1) El acontecimiento que aquí se relata lo ponen en 912 Hénault, Munch y otros. *La Crónica Sajona* dice, hablando del año del Señor, 876: «En este año Rolf recorrió la Normandía con su ejército, y reinó en ella cincuenta inviernos.»

(2) No falta quien diga que aquel territorio llevaba ya ese nombre antes de la irrupción de Rolf y sus noruegos.

V

El bravo Rolf con sin igual empeño,
el territorio extenso mejoraba
que conquistado había. Las oscuras
selvas hizo talar, labrar la tierra;
los ríos encauzó. Fuertes castillos
en las marcas alzó y en las orillas
del espumoso mar. Y en pocos años
hizo de Normandía una comarca
florecente cual pocas. Pero hallándose
así ocupado, recibió una nueva
que de amargura el corazón llenóle.
Su amigo Liffeysón había muerto
en un combate, en la orfandad dejando
á Minna la sin par. Los enemigos
del pirata, á la joven de sus bienes
cuantiosos despojaron, y la niña
en ciudades y aldeas mendigaba
en compañía de su anciana madre.
No es decible el dolor que á Rolf el noble
estas nuevas causaron. Sin demora
disfrázase y se vuelve á la Noruega
para buscar á Minna, y sus trabajos
cariñoso aliviar. ¡Odín le guíe!

VI

Vaga Rolf por las calles de Nidaros (1)
alfombradas de nieve. El cielo oscuro,

(1) Hoy Dron-theim ó Tron-dhjem.

más nieve envía aún; los duros copos
y el viento frigidísimo, el semblante
azotan del mancebo. Por fortuna
avezado está al frío y á la nieve.
Rolf vió un grupo de gente y acercóse
pensando hallar á Minna. La esperanza
no le engañó, que allí estaba la niña,
á su infelice madre sosteniendo,
porque la pobre anciana, á duras penas
podía en pie tenerse. ¡Oh Dios, qué cuadro!
La niña estaba pálida; las rosas
desparecieron ya de sus mejillas;
sólo azucenas hay en el semblante,
otros días tan fresco, ahora ajado
por duras privaciones y congojas.
Sus lindísimos pies, que en otros días
se hundían en riquísimos tapices,
desnudos pisan el desnudo suelo.
Las ateridas manos, antes suaves
más que la seda, rojas y agrietadas
se hallan como las de una labradora.
¡Oh mudable fortuna! ¿Tus rigores
por qué en seres tan débiles ejerces?
¿No te avergüenzas ¡oh fortuna impía!
de atormentar á una doncella tierna
y á una anciana decrepita?

La joven
quiso cantar para implorar limosna.
Su dulce voz temblaba con el frío.
Entonces Rolf se adelantó, acercóse
á la niña, que no soñó quién fuera,
gracias á su disfraz. ¡Ah! Los presentes
con asombro miraban al gigante,
el cual, con su postiza barba blanca,
alta estatura y majestuoso aspecto,
más parecía un Dios que un infelice
descendiente de Adán. Rolf á la joven
dijo:—¡Pobre muchacha! Tienes frío

y no puedes cantar. Cantar yo quiero mientras descansas tú. Cúbrete, hermosa, con esta piel—Rolf añadió entregándole la piel que á él le abrigada, una piel de oso que no admiraron poco los presentes. Tomó la piel la joven, y á su madre cuidadosa abrigó, diciendo:—¡Anciano! ¡Prolongue Odín tus días! Eres bueno. Por siempre morarás en la Valála (1), bebiendo el hidromiel que las valkyrias escancian en brillantes copas de oro. Permíteme que abrigue á la ancianita, que se muere de frío. Yo bien puedo el frío resistir, pues soy muchacha.

VII

Rolf el bravo guerrero, el admirable arte de los *escaldas* (2) conocía, y así cantó en la lengua de Noruega:

LA CANCIÓN DEL PIRATA

Ulf Liffeysón fué siempre el más valiente corsario de Noruega;
no sólo era famoso en todo el Norte,
sino en toda la tierra.

A Noruega un marino tan valiente
los pueblos envidiaban;
y á sus gallardas naves, las extrañas
nunca esperar osaran.

(1) O mejor *Walhalla*. Nombre del paraíso escandinavo.

(2) Poetas escandinavos.

¡Qué ricas presas hizo! Las naciones
todas, al gran noruego
tributo valiosísimo pagaban
en joyas y en dinero.

Así fué rico Liffeysón el bravo,
más rico que diez reyes;
y en su casa abundaban las monedas
más que en el mar los peces.

Mas ¡oh desgracia! feneció batiéndose
el heroico noruego;
y con cantos su muerte celebraron
todos los extranjeros.

La hija de Ulf y su esposa así quedaron
sin amparo en la tierra;
de envidiosos rodeadas, que anhelaban
robarles sus riquezas.

Lo lograron por fin; las infelices
viéronse sin abrigo,
pues expulsadas fueron de la casa
que alzó Liffeysón mismo.

Mendigas son ahora; nuestros pueblos
recorren implorando
la compasión, y hay días que á los labios
no llevan ni un bocado.

Las que vivieron siempre en la abundancia,
tienen hambre á menudo;
y ya no duermen en mullidos lechos,
sino en el suelo duro.

Los delicados pies que antes calzaban
zapatitos de lazos,
ya zapatos no tienen; por la nieve
los pobres van descalzos.

Aunque tiemblan de frío, aunque con ganas
de llorar están siempre,
por fuerza han de cantar, si es que las tristes
de hambre morir no quieren.

Compadeced á la hija y á la esposa
del héroe de Noruega;
en sus manos vaciad vuestros bolsillos.
¡Así Thor os proteja!

Tal fué el canto de Rolf, Rolf el intrépido,
llamado *el andarín*; los circunstantes
no desoyeron su ferviente súplica,
y en las manos de Minna y de la anciana
los bolsillos vaciaron.

Aquel día,
la joven y su madre, buen albergue
tuvieron, y buen fuego, buena cena,
y bien mullido lecho; todo gracias
al Duque Rolf, *el andarín* llamado.

VIII

El Duque meditaba descubrirse
á las pobres mendigas, y su mano
á la niña pedir, y si accedía,
darle ducal corona, y manto rico
de brocado de plata, perlas y oro,
y hacer que hasta las reinas envidiasen
de Normandía á la sin par Duquesa.
Mas su proyecto realizar no pudo.
Apesar del disfraz, supo el Rey Harald
dónde estaba el pirata y lo que hacía.
Mandó que le prendieran y que fuese
al punto á su presencia conducido,

cargado de cadenas. Pero el Duque supo lo que pasaba; de Nidaros se escapó, y de Noruega. Mas de Minna no pudiendo olvidarse, con un nuevo disfraz volvió á Nidaros, y buscóla. Pero estupendas nuevas aguardábanle. Habíase sabido que la joven no era hija de Ulf, el gran marino, sino de estirpe altísima. El corsario, en una de sus grandes incursiones en la Francia, robóla siendo niña. Aclaradas las cosas, para Francia Minna marchóse, á ser allí Princesa, ó cosa así. Y como amaba mucho á la viuda de Ulf, que cariñosa sirviérale de madre tanto tiempo, consigo la llevó. Tales noticias pena y placer causaron al buen Duque; placer sabiendo á Minna en puesto altísimo, digno de su virtud y su hermosura; pena al mirarse de ella separado, sin duda para siempre. ¡Amarga pena! A más, era la cosa tan extraña, que sólo á medias la creyó. Muy triste volvióse á Normandía. Allí sigámosle, que de su historia lo mejor aun resta.

IX

Pocos días habían trascurrido desde que Rolf *el andarín* volviera á Normandía hermosa, cuando envióle su feudal soberano *el simple* Carlos mensaje cariñoso. El Rey de Francia darle quería testimonio público

de su real favor; solemnemente darle la investidura de su feudo. Expresaba además deseo grande de casarle con su hija, su Gisela, de Francia orgullo y de su padre encanto. A su señor feudal contestó el Duque que sus bondades mucho agradecía; que con venir á verle, y la solemne investidura darle, grande gozo daría á él y á todos los normandos, pero que no podía á la Princesa la mano dar, porque á la hermosa Minna el corazón entero había dado. La joven fuése lejos de él, á Francia, mas á qué parte de ella, nunca, nunca averiguar él pudo; no esperaba hallarla ya. Con todo, á su memoria siempre le será fiel.

El mensajero del Monarca volvió diciendo al Duque que el Rey iba á llegar, y que consigo traía á la Princesa. De seguro no le parecería menos bella que su adorada Minna. Aún esperaba hijo poder llamar á Rolf el bravo.

X

A la orilla del Epte, en Santa Clara (1), se vieron Rolf y el Rey de Francia Carlos,

(1) En francés *Sainte Claire*. Creo que los nombres geográficos se deben escribir como los escriben los naturales del país á que pertenecen, y así se puede hacer siempre cuando se escribe en prosa; pero las personas algo familiarizadas con el arte de versificar comprenderán que ese nombre francés hubiera hecho muy triste figura en un endecasílabo castellano.

aquél rodeado de sus más valientes soldados de Noruega y Normandía, y Carlos de los nobles de su corte. De manos del Monarca tomó el Duque una brillante espada, saludándole como á señor feudal; el Rey entonces declaró que la Neustria y la Bretaña le daba en feudo para sí y sus hijos y sus nietos por siempre. El Duque puso sus manos en las manos del Monarca, y le dijo:—«Señor, desde este instante soy vuestro servidor, vuestro vasallo; y con hacienda y vida, vuestra vida juro he de defender, y vuestros miembros, y vuestro real honor.» Mas como luego le dijeron que al Rey el pie besara en señal de homenaje, dijo el Duque:—«No; no lo haré jamás. Su feudatario soy; pero no su esclavo. Ni á Odín mismo besara yo los pies.» Pero los grandes de la corte de Carlos insistían; Rolf viéndolo hizo un signo á un hombre suyo; tomó éste un pie del Rey para llevarlo del gigante á la boca; mas tan alto lo levantó, que el Rey cayó de espaldas. ¡Lindo homenaje al nieto del más grande Monarca de Occidente! El Rey alzóse, su cólera ocultando. En aquel punto se oyó una voz en una estancia próxima, una voz de mujer, ¡oh Dios! ¡cuán dulce! cantando, ¡cosa extraña! en el lenguaje de la helada Noruega. La sorpresa de Rolf ¿quién pintará? Aquellos acentos eran de Minna, Minna su adorada, á quien creía ya no encontrar nunca. Encantóle la voz, y las palabras encantáronle aún más. Aquí las pongo en la sonora lengua de Castilla.

LA CANCIÓN DE MINNA

Bella es la Francia, nobles los francos,
doquiera encuentro respeto, amor;
mas si los valles de la Noruega
pronto no veo, moriré yo.

Aquí está el cielo siempre azulado,
y allá en Noruega muy negro está;
mas ¿qué dirían los nobles francos
si brillar viesan la luz boreal?

Aquí están lindos los altos árboles
con su precioso manto estival;
mas quien ver quiera gigantes pinos,
por fuerza al Norte se ha de marchar.

Lindos caballos hay en las Galias;
pero los renos me gustan más,
cuando corriendo sobre la nieve
van más veloces que el huracán.

Aquí en las Galias, todos los días
muy ricos vinos suelo beber;
mas yo suspiro por aquel día
en que en Noruega beba hidromiel.

Bella es la Galia, nobles los galos,
muy esplendente brilla aquí el sol;
mas por las brumas, hielos y nieves
de la Noruega, suspiro yo.

Así cantó la joven, y el Monarca,
viendo tan conmovido al Duque, díjole:

—«¿Os agrada la voz?» —«Señor, de todas, es para mí la voz más agradable. Mas, ¿cómo aquí se encuentra esa doncella?»

—«¿Pues dónde queréis se halle mi hija amada, mi preciosa Gisela, á quien perdida largo tiempo lloré, pues la robaron los piratas del Norte? Es la Princesa cuya mano aceptar no habéis querido. En buscarle marido ahora me ocupo.»

—«¡No hagáis tal, señor Rey! Bretaña y Neustria, y de mi vida la mitad, daría por obtener la mano de esa joven á quien siempre adoré y á quien adoro. ¡Dádmela, señor Rey! ¡Y Odín os pague!»

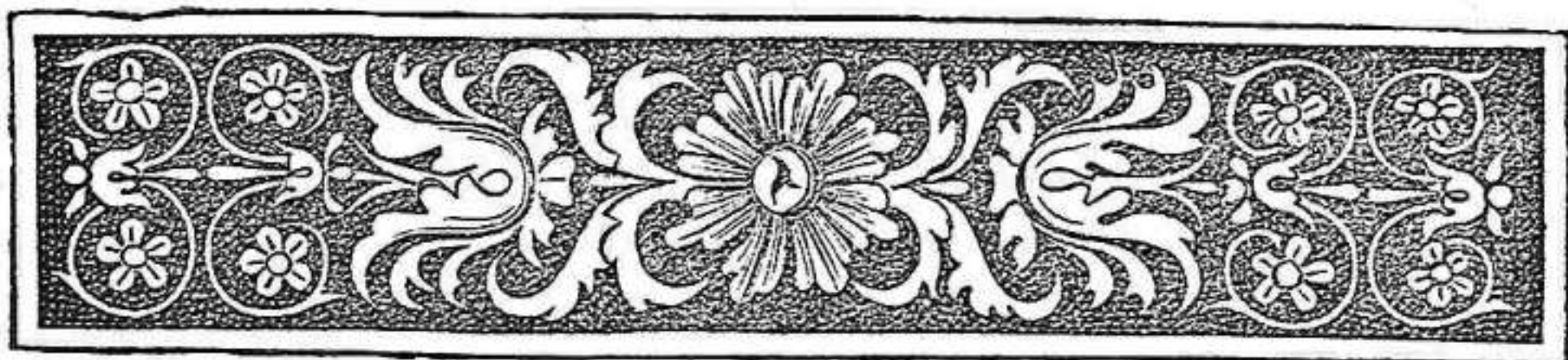
—«¡Odín! ¡Odín! ¿Quién es ese sujeto? Nada quiero con él. Yo mi Gisela he de darte gozoso, si consientes en adorar á Cristo, y de tus ídolos olvidarte por siempre.» —«¿Adora á Cristo tu bella hija, oh Rey?» —«Sin duda alguna.»

—«Acepto entonces; pues el Dios de Minna es de todos los Dioses el más grande.»

—«Ven, hijo mío, á ver tu bella novia y estrecharla en tus brazos con ternura. Odín te hizo infeliz, Cristo dichoso te hace. Ven á ver á tu Duquesa.»

VICENTE DE ARANA.





HISTORIA DE LA LENGUA ESPAÑOLA

CONTINUACIÓN (I)



¿QUÉ se desprende al considerar y ver de un modo clarísimo el resultado que nos dan las monedas emporitanas?

Continuemos el proceso de inquisición epigráfica, y de todas las monedas que llevan caracteres de su puesto ignoto origen manará agua purísima.

Las que corresponden á Obulco serán las componentes del cuadro que ocupará ahora la atención del lector inteligente, curioso y amante conocedor de los más diminutos pliegues del manto riquísimo con que se atavía, llena de majestad, nuestra lengua.

OBULCO, que estuvo donde hoy la moderna población llamada *Porcuna*, fué ciudad turdetana. Sus monedas tienen inscripciones de caracteres romanos y griegos. La antigüedad de tan preciosos restos no supera la indicada por los de forma romana.

Noventa y tres son los ejemplares dados á conocer por el Sr. Delgado en su obra citada.

(1) Véase la pág. 338 del tomo LXII.

I.º

Anverso: Cabeza de mujer. Leyenda OBULCO. Reverso: En la parte superior, un arado; en la posterior, una espiga, y entre los dos objetos, contenidas por líneas paralelas, dos leyendas que dicen; la primera y superior:

HENDIDURA EN EL CAMPO FRUMENTARIO

y la segunda é interior:

CAMPO PELADO Y PEDREGOSO

ó sea:

HENDIDURA (*con el arado*) EN EL CAMPO FRUMENTARIO, BIAL Y PEDREGOSO

Los caracteres del primer epígrafe, leyendo de izquierda á derecha, son:

S—TH—DR—E

y dicen

STH—DRE

STH—*Siton* (*ager frumentarius*)

DRE—*Diarrecsis* (*finio-diruptio*)

En la segunda leyenda tenemos:

M—DR—L—TH—E (1)

MDR—MADOROS (*metafóricamente—campo raso y pelado*).

LTHE—LITHODES *lapidosus-saxosus* (*pedregoso*).

La lectura explicada corresponde á las siete primeras monedas.

Los caracteres varían, aunque no mucho. El cuarto signo presenta un trazo al lado izquierdo en los números 2.º y 4.º La A aparece clarísima en el núm. 7.º y el final es S. El sig-

(1) O sus equivalentes, según las reglas eufónicas.

no tercero (doble) es de una forma que no debe tenerse en cuenta en el núm. 4.º, siendo constante es su ser gráfico el primer signo, aunque se ofrezca algo curvilíneo en el número 4.º

En el primer signo de la inscripción primera, sea ó pueda ser igual á *g* y *s* se prueba, porque la *s*' silbante proviene de una *k* antigua, y por esta razón se echará de ver, porque la *s*' sanskrita tiene por signo gráfico á veces en las lenguas europeas una *k*, como sucede en *dans'* (sansk) y *dakno* (griego) *dasan* (sansk) y *deka* (griego).

8.º 9.º 10.º

Anversos y reversos como los anteriores. Las leyendas, si bien diferentes de las anteriores, son iguales para los números indicados, aunque varían en la colocación.

En el núm. 9.º se da: Leyenda superior: Primera letra, PS por S.—Segunda, N unida á la anterior.—Tercera, TH.—Cuarta, A por (E).—Quinta, R.—Sexta, K.—Séptima, formada por las tres líneas y la inferior TI, y la última A ó AI ó E.

Léase.

PSTHE—SYGKATHIEMI *abscondo, submitto me.*

RKTIAI—RĒKTIKOS *vim vupendi habens.*

El que tiene fuerza para romper la tierra y se guarda, se esconde (la reja del arado).

La otra leyenda es como sigue:

Letras: La primera es I. La segunda, A. La tercera, L. La cuarta, doble PR. La quinta, K. La sexta, I. La séptima, K.

Esta última es la misma que la de los números anteriores, aunque la falte un trazo, pues el comprendido por el ángulo es signo de vocal, y la *k* frecuentemente es sustituida por *gamma*.

Por lo tanto será:

IAL—AILAKIDSON (de ailakidso), aro.

DR—DIARREGNYMI (romper por el medio).

KIK—GEORGEIN (cultivar la tierra).

El que ara rompiendo la tierra para cultivarla.

II.

Entre los caracteres que figuran en las inscripciones que pertenecen al ejemplar presente, ninguna es desconocida y sí convienen con los de los números anteriores.

En la leyenda superior se lee:

RAPSN—RACSIGSTHON *rumpens terram*

(rompiendo, ó el que rompe la tierra).

SPSM—SYCSEOUMENEN (que se desmenuza).

Será, pues:

Al que rompe la tierra desmenuzándola.

Y la segunda inscripción de la misma moneda viene en corroboración de lo arriba dicho, pues se tiene

De caracteres ya conocidos:

DR—DRASSO *prehendere manu.*

LIASE—ELESIBOLON *glebas conterentem.*

El cambio que se da entre vocales ocurre frecuentísimamente.

12.º—13.º

Los signos todos han sido explicados:

Leyenda superior:

PSNTHRDRIKIK

que se divide en

PSNTH AR DR KIK

equivaliendo á

SYSKATHIEMI ARGO DIARREGSEOS (*eneca*)
KYKAON (*gen*).

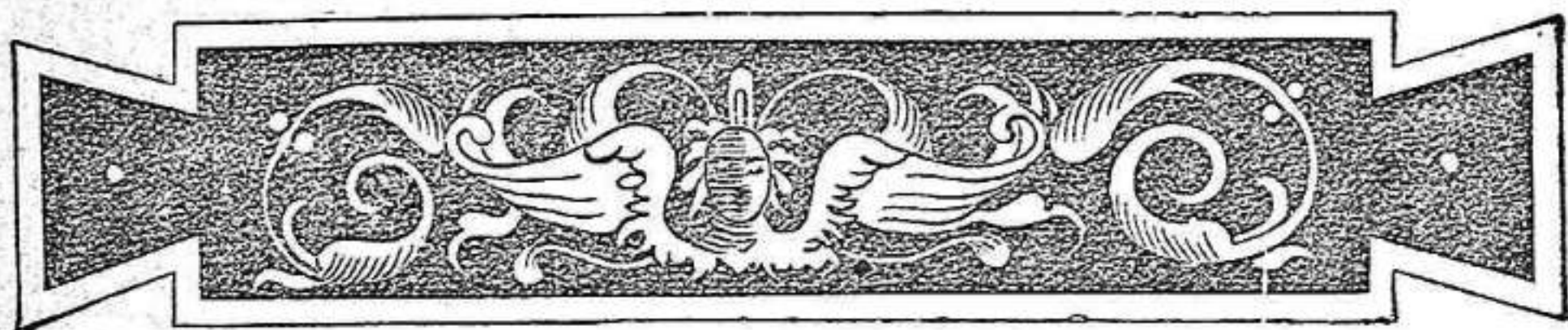
Me oculto en el no cultivado (á causa de la ruptura haciendo fecunda (á la tierra).

El número 13.º no tiene todos los caracteres; más fácilmente échase de ver que deben suponerse como existentes.

BERNARDINO MARTÍN MÍNGUEZ.

(*Se continuará.*)





EL MOSÉN⁽¹⁾

CONTINUACIÓN

HALLÁBASE el capitán en el sopor natural del que acaba de despertarse, con más la modorra de la mucha fiebre que á causa de sus heridas le devoraba. Sedini procedió con sumo orden en el examen del enfermo; así le miró detenidamente á la cara por ver si entre las líneas de sus facciones descubría algún síntoma de alteración moral; tomóle luego el pulso en ambas muñecas, confrontando los latidos de las arterias con los «tric» «tric» del segundero de su reloj; aplicó la palma de su mano á la frente de Augusto, calculando los grados de calor que pudiera tener la calentura, y luego de todo esto cogió la ropa que le cubría, y destapándola empezó á desliar vendajes y á poner de manifiesto los rasguños, cardenales é infinitas contusiones que formaban en aquel entonces el pellejo de su cuerpo todo.

Ninguno de los dos había hablado una sola palabra durante el curso exploratorio del doctor, dejándose Augusto zaran-

(1) Véase la pág 183 de este tomo.

dear y volver de un lado á otro «con la paciencia de un santo» según frase auténtica de Sadini.

Pero cuando vió el amoratado color de sus muslos y de sus espaldas, no pudo por menos de tomar la palabra y decir:

—¿Sabe V., señor capitán, que tiene V. el cuerpo muy propicio para servir de modelo á un escultor que fuera á tallar un Jesús Nazareno ó un Cristo atado á la columna?...

Augusto, siguiendo impasible ante las tentativas del doctor, le contestó indiferentemente y sin pestañear:

—Ya no se hacen santos; por consiguiente, esté como esté, no sirvo de modelo para nadie.

La abstracción científico-médica en que Sadini se encontraba fué causa de que no comprendiera bien el sentido de la frase de Augusto. Tal vez por esto continuó muy naturalmente:

—Tiene V. razón. Por desgracia, nuestro siglo se muestra poco ávido por proteger las artes religiosas, y paga mucho mejor esas figuritas desnudas con que los escultores representan el pudor que una imagen de cualquier santo.

—Y hace bien—repuso el herido.

—¿Que hace bien?... No lo creo yo así, y dispéñeme usted un momento, que este diantre de herida no me consiente hablar y refutar victoriosamente su aserto... Paz, Paz —dijo llamando,—tráete un manojito de hilas...

Al oír el nombre de Paz alteróse el rostro del capitán; abrió los ojos desmesuradamente, y cuando la hermana del Mosén entró con las hilas en la alcoba, clavó la vista en ella y no dejó de mirarla sino cuando cumplido su encargo traspuso la puerta desapareciendo por completo.

—¿Se llama Paz esta muchacha?—dijo Augusto.

—Sí señor—contestó Sadini.

Y uno y otro quedaron mirándose un buen rato; el uno como si quisiera adivinar el por qué de la pregunta, y el otro cual si estuviera arrepentido de ella...

La cura terminó entonces: Sadini juntó las hilas y los paños ya gastados y los dejó en una mesilla que al lado de la cama había; lavóse las manos, y cuando las tuvo secas, sacó

su petaca y ofreció un cigarro al herido, que este tuvo á bien no aceptar.

Sentóse el médico junto al lecho, y encendiendo su tabaco, y envolviéndose en sus primeras humaredas, trabó conversación del modo siguiente.

—¿Y V. es de Madrid?...

—Sí señor—le contestó Augusto.

—¿Entonces es V. paisano mío?...

—Si V. es de Madrid también, sí señor.

—¡Claro!—dijo Sedini.—¿Y su gracia de V. cuál es?...

—Augusto Monpavón.

—Ah, ya... ¿De suerte que es V. el heredero del Marqués de Monpavón?...

—Casi...

—¿Cómo casi? ¿Pues no dice V que es su hijo?...

—Es que yo no seré nunca Marqués.

—No quiere V. pagar los derechos... ¿No esto?...

—No señor: no es eso: es que me parece una solemne necedad el llamarse Duque ó Conde ó Marqués además del señor y del don, y el nombre y los trescientos apellidos con que parece que vamos cargados todos los ciudadanos...

Desde el instante que oyó Sedini esta protesta del capitán, y le escuchó pronunciar la palabra *ciudadanos*, conoció perfectamente el pie de que cojeaba su grave paciente. Sabedor ya, pues, del terreno que pisaba, verificó una prolongada succión en su tabaco y dijo con sonrisa indefinible:

—Es V. entonces partidario de que los hombres no debieran llamarse nada, teniendo cada cual, para diferenciarse de los demás, un número fijo. Así, por ejemplo, cuando alguien preguntara quién había dentro de esta alcoba, sería respondido: *el ciudadano 12.599.713, que está catando las heridas al ciudadano número 14.711...*

Ni una palabra respondió el capitán; señal segura, dado el tono de sus ideas y su endemoniado carácter; de que pensaba algo grave: y este silencio que la perspicacia de Sedini no logró descifrar, le hizo acordarse de la misión difícilísima que para ante Augusto llevaba.

La curiosidad impaciente de éste favoreció sus propósi-

tos; pues después de una breve pausa, le dijo en tono diametralmente opuesto al en que había pronunciado la protesta anti-nobiliaria:

—¿En qué pueblo me dijo V. antes que estábamos?

—En Cristierna—contestó Sedini.

—Y esta muchacha que V. ha llamado Paz... ¿es de aquí?...

—No señor.

—Sabe V. si hace como dos años estuvo en...

Y ni el capitán siguió, ni Sedini pudo contener un grito interior de satisfacción, al ver que el mismo herido llevaba la cuestión al campo que él deseaba; la fiera que iba á buscar se había presentado sin ningún género de circunloquios ó rodeos.

—¿Si estuvo en...?—preguntó el médico aparentando la más completa indiferencia.

Conocíase, sin embargo, que el capitán titubeaba: que no se atrevía á provocar una contestación que tal vez temía. Y como el tiempo avanzase y Sedini viera muy claro que no había que desperdiciarlo en digresiones, máxime cuando todos los indicios eran casi seguridades de que Augusto y Paz eran los padres del niño que tenía recogido en su casa, decidió jugar el todo por el todo, y tirando el cigarro al suelo, tosiedo, limpiándose la boca con el pañuelo, y acercando más su silla al lecho del herido, dijo:

—Por casualidad, ciudadano Augusto Monpavón, ¿necesita V. pedirme un favor?... ¿Sí?... Lo sé: no es necesario que me lo diga. Mas antes de contestar á V. á su pregunta, voy yo, á mi vez, á hacer á V. otra. Y como lo que V. me responda es cosa urgente, me permito suplicarle consienta sea yo el primero que hable.

Los ojos del capitán habíanse abierto desmesuradamente: pudiera decirse que todos sus sentidos, sus facultades y sus potencias, estaban pendientes del médico de cabecera. Le miró con curiosidad, midiendo con la vista todo su cuerpo; observóle las canas que plateaban su calva; fijóse muy especialmente en la expresión de bondad que reverberaban todas sus facciones, y dijo al fin:

—Diga V.

Con esta licencia comenzó el doctor:

—Amigo mío, antes he oído á V. burlarse del nombre y los apellidos que llevaba, señal clara y evidente de que los mira á uno y otros con indiferencia absoluta, y desearía saber si en caso de precisión (que yo determinaría) tuviera V. algún inconveniente en cambiarlos por un espacio de tiempo dado; pongo por caso, mientras V. tuviera que permanecer en esta casa...

—¿Pues qué pasa en esta casa con mi nombre?...—interrumpió Augusto con energía.

—Nada por ahora: me limito á preguntar á V. si pidiéndole yo que cambiara su nombre por unos días, accedería á mi ruego. Y para que no vacile en tener una absoluta confianza en mí, voy á preguntarle una cosa. ¿Acaso iba V. á decirme antes si... Paz estuvo hace dos años en Murguía?...

Estremecióse Augusto: mudósele el color del rostro, y quedó, contra su voluntad, vendido á la observación del médico.

Sedini comprendió que el golpe había sido dado sobre seguro, y valiéndose de su situación, prosiguió:

—Sí... en Murguía, hacia el mes de Enero; la noche antes de que Dorregaray entrara en el pueblo; es decir, la noche en que entraron VV. los liberales...

—Sí... eso iba á preguntar—dijo á media voz Augusto. Y bajándola aún más, hasta el punto de hacerla casi ininteligible, pasóse la mano por la frente y murmuró: *ella es.*

—¿Acaso estuvo V. también allí?—dijo el médico.

—Sí—respondió con serenidad Monpavón.

Y el diálogo de ambos fué cortado por unos toques de corneta que muy lejanos se dejaron escuchar: levantóse Sedini con presteza, y abriendo la ventana de la alcoba, dejó que entraran por ella los últimos rayos del sol que tras del Gorbea iba á recostar su melena de oro. Allí aguzó aún más sus oídos, y creyó percibir el ruido precursor de la vuelta de las tropas.

Volvióse rápidamente al lecho, y con la angustia del que tiene que decir mucho en breve tiempo, tomando la postura de acusador, exclamó:

—¿Le remuerde á V. algo la conciencia por lo que aquella

noche en Murguía pudo V. hacer?... Pues ese remordimiento está justificado: aquella noche añadió V. un crimen más á los que su familia lleva cometidos con la del dueño de esta casa; arrojó V. del cielo de la inocencia al lodo de la deshonra á este ángel que ha visto V. hace poco... á Paz, sellando, repito, una vez más los rencores de la familia Parolla...

—¿Parolla ha dicho V.?...—interrumpió Monpavón.—¿Y qué rencores tiene esa familia con la mía?...

—¿Qué rencores?... Su padre de V. fué el General que mandó asesinar al padre de María de la Paz, haciéndole arrastrar por las calles, lo mismo que en los tiempos bárbaros de que tantas veces habrá V. maldecido... El General Marqués de Monpavón fué el que mandó arrasar brutalmente la casa solariega de esta familia... y V. mismo, si no me engaño, fué el que mandaba la columna que en Murguía cosió á bayonetazos á la madre de Paz, y dejó medio cadáver á su hermano Jaime; y V. mismo fué el que la deshonró... Pero el tiempo vuela: el Mosén puede volver de un instante á otro: he oído las cornetas de la tropa que torna al pueblo... La sed de venganza de Jaime puede hacer peligrar su vida de V., en la que estamos interesados yo, y...

—¿Y quién más?...

—Y ella: Paz: la que debiendo odiarle, ha ido á pedirme anegada en lágrimas que le salve á V.... Ese es el favor que tenía que pedirle á V.... Que viviera: para lo cual es preciso que V. diga que se llama... cualquier nombre... Fernando, Julio... Julio Alvarez... ¿No quiere V.?...

El capitán, fruncido el ceño, inquieto por lo que acababa de escuchar, anonadado ante Sedini, dijo:

—Me parece cobarde el ocultar el nombre mío... Pero...

—¿Pero que?...—preguntó el doctor lleno de impaciencia.

—Que si ella... quiere, me llamaré Julio Alvarez.

—Lo quiere: sí.

—Pues sea.

Entonces Sedini buscó en sus bolsillos un pequeño papel que llevaba envuelto, y desenrollándolo, sacó el pañuelo que la noche antes había también enseñado á Paz.

—¿Conoce V. este pañuelo?—le dijo.

Augusto, á quien un involuntario temblor tenía agitado como presa de una convulsión nerviosa, lo cogió en sus pálidas manos, miró su marca, y contestó:

—Mío fué.

—Es entonces seguro que V. fué el que en Murguía...

—Sí—dijo Monpavón.—Yo fuí; lo recuerdo perfectamente: como si hubiera sido ayer.

—Su vida, pues, no le pertenece á V.; es de la justicia divina, que la necesita para que lave V. una mancha.

—Será de quien V. quiera—murmuró Augusto, y repitiendo para sí varias veces la palabra *jella!* quedó como desmayado.

Oyóse en aquel instante ruido de caballería que pasase por delante de la casa.

Sedini salió á la puerta, y haciendo detener á un soldado le preguntó:

—¿Qué tal hoy?...

—Magnífico—repuso el interrogado.—Ese Mosén vale un tesoro; es una fiera, ¡qué modo de batirse! ¡en primera fila! ¡delante de todos! Lo único que nadie se explica es por qué llevando la ventaja inmensa que llevábamos, hemos dejado de avanzar y se nos ha dado orden de volver á Cristierna. Algunos han murmurado de esta orden.

—¿Y quién la dió?

—El Mosén mismo.

—¿Y por qué?

—Ya he dicho que todo el mundo lo ignora; lo único que se sabe es que un prisionero que se acercó á hablarle, le dijo unas palabras, que inmediatamente volvió riendas á su caballo y dió la orden de alto... Y adiós, que voy á que mi madre me vea.

El soldado desapareció entrándose por las calles del pueblo. Y Sedini quedó sumido en un mar de confusiones, temiendo algo grave.

María de la Paz salió entonces también y preguntó con tristeza al doctor:

—¿Qué hay?

—Hija mía, que tu hermano ha conseguido un triunfo.

—¿Y Augusto?—preguntó con más insistencia á Sedini.

—¡Ah!... mira, el padre de Jesús... Augusto Monpavón, no se llama así mientras esté en tu casa; se llama Julio Alvarez.

Un vocerío atronador que se fué haciendo más fuerte conforme se iba acercando á Cristierna, llamó la atención de Sedini y de la hermana de Jaime Parolla.

—¡Viva el Mosén!—se escuchaba gritar.

Y al fin, en medio de altos remolinos de polvo entre los que brillaban los aceros de los sables, vióse al Mosén rodeado de un numeroso Estado Mayor. Conociáse que el Mosén se había conquistado en aquel día ese sitio de ídolo que otorga la opinión pública, ciega muchas veces, pero algunas otras acertada; y venía aclamado por mucha tropa y bastante populacho, de ese que errante siempre de fortuna, sigue á los ejércitos como las lapas que se pegan al casco de los buques. Pronto el grupo llegó cerca de la casa de Jaime. Aumentó el estruendo, el relincho y piafar de los caballos, el metálico son de las campanas de la iglesia lanzadas al vuelo, y los alegres acordes de la charanga municipal, que salía á las afueras para recibir al valiente cabecilla.

Jaime Parolla detuvo al fin las riendas de su cabalgadura, alzóse sobre los estribos, enredó su pulgar izquierdo en las crines del bruto, y haciendo chocar su sable contra las piedras del camino, desmontó y quedó en tierra. La oficialidad del séquito imitó su acción, y sólo quedaron montados los ordenanzas que comenzaron á juntar los caballos sin jinete.

Sedini, que desde que vió el rostro alterado que el Mosén traía; llegó á temer algo extraordinario, se adelantó á abrazarle con efusión y darle la bienvenida. Pero Jaime se evadió como pudo, y únicamente volviéndose á su gente, pronunció estas palabras:

—Lleno de agradecimiento, señores, les suplico me dejen reponer de la fatiga unos instantes, prometiéndoles ir á la plaza dentro de una hora, para tener el gusto de estrechar la mano á mis amigos.

Y haciendo una leve inclinación de cabeza, entró en su casa cojeando; siguiéronle el doctor y su hermana, y no era ne-

cesario ser muy perspicaz para adivinar que en el cerebro del Mosén rugía imponente una espantosa tempestad. Sus ojos relampagueaban con la misma deslumbradora claridad que los relámpagos del cielo, sin más diferencia que los de los ojos de Jaime, en vez de ser de fuego, eran de sangre. Llevaba las cejas arqueadas y tirantes como el negro acero de una ballesta antes de disparar la flecha. Temblábanle las manos convulsivamente, y una vez que las hubo descalzado de los guantes, volvióse inquieto y nervioso á Sedini y le dijo:

—¡Llegó, doctor, mi hora! Acabo de saber que uno de los cadáveres de oficiales que ayer recogimos, es el del hijo de mi verdugo... de Monpavón. ¡El alma me dice que es éste que descansa en mi propio lecho!... ¡No puedo quejarme! Dios mismo me pone delante á mi enemigo.

Y sin acabar de decir, precipitóse como un loco en la alcoba del capitán. Levantó las mantas que casi le cubrían por completo, y amarrándole con fuerza un brazo y agitándole para que despertara de su modorra, acercó la boca á los oídos de Augusto, y le gritó como una fiera:

—¡Augusto Monpavón!...

El doctor, detrás del Mosén, hacía señas al herido que éste no veía.

—¡Augusto Monpavón!...—volvió á exclamar, aún más fuerte, el cabecilla.

—Qué...—iba á responder el capitán...

Hasta que Sedini, conociendo el inmenso peligro que corría su desmemoriado paciente, voló en su auxilio, poniendo la mano en el hombro de Jaime y diciéndole:

—Pero si este señor no se llama así.

—¿No?—preguntó el Mosén.—¿Pues cómo entonces?

Y Augusto, entreabriendo los ojos y fijándolos en Paz, que como una estatua de mármol presenciaba aquella escena, dijo con débil voz:

—Julio Alvarez.

Y toda la cólera del Mosén, toda la rabia que llevaba en su corazón acumulada como la electricidad en la botella de Leiden, pronta á saltar como el rayo sobre la cabeza de Augusto; toda la sed de venganza que le secaba las fauces, se

convirtió en una tranquilidad absoluta, como la del que muere para un pensamiento; en una quietud tan grande como en la que queda la naturaleza cuando se aplaca la tormenta y el viento se lleva las nubes, no dejando de sus horrores más rastros que alguna llovizna ligera é intermitente... muy semejante á la que en forma de gotas de sudor frío caía entonces sobre la arrugada frente del Mosén.

CAPÍTULO IX

DELIRIO: CONFESIÓN: PROYECTO

A las diez de aquella noche, el Mosén hacía su entrada triunfal en la Plaza de Cristierna. Todos los oficiales corrían apresurados á estrecharle la mano, y los que sin conocerle personalmente tenían ansia de saludarle, se revolvían por los intrincados grupos de gente que seguía con respeto á Jaime, para oír al menos el metal de voz del que por la tarde consiguió tan gran victoria.

Ruido y algazara, pues, llenaban en inarmónico conjunto los ámbitos espaciosos de la plaza. A la puerta de un tabernuco, muy semejante al que Bartolo tenía implantado en el campamento liberal, el pito y el tamboril, prototipo del arte musical vascongado, lanzaba á los vientos los alegres acordes de una canción del país, á cuyo son las «nescachas» aficionadas á los hijos de Marte dados á Terpsícore, bailaban la danza regional. Y en otro rincón de la misma plaza, como para demostrar una vez más que no hay en el mundo alegría que no lleve entremezclada mucha amargura, las puertas del Hospital carlista franqueaban sus cancelas á varias camillas que sucesivamente iban llegando del campo de batalla, siendo recibidas por ancianos y mujeres que, esclavos del do-

lor, lloraban por alguien á quien no habiendo visto en las filas de los vivos, esperaban contemplar en el número, aquel día muy crecido, de los heridos ó muertos.

Y dejando á unos y otros por personas que nos interesan algo más, diremos que cuando el reloj de torre de la iglesia mayor daba las once, María de la Paz sintió un gran ruido en el cuarto en que yacía enfermo Augusto Monpavón; y entrando á ver qué es lo que lo producía, se encontró con que el capitán, sentado en el lecho, el rostro demudado y pálido, las ropas de la cama en desorden y casi la totalidad de su vendaje suelto, decía agitando los brazos y con la vista perdida:

—¿Y qué?..... ¡Que sea su hermana! No importa; lo que importa es que me ame. ¿No es posible?... Pues yo lo haré que sea: ¿acaso he sentido yo por nadie lo que siento por ella?... ¡Ah!... ¡ella!...

Y luego cambiando el timbre de su voz, como un órgano al que hubiesen variado los registros, exclamó:

—Sí, Berrugas; dame la ropa: ya me encuentro fuerte y bueno para ponerme en camino. Anda, chico, prepara mi maleta... Vamos á Madrid... á que mi madre conozca á Paz... Y es seguro que tendrá deseos de verla... Lo que no consiguieron ni ella con sus sermones de beata ni mi padre con sus feroces castigos lo ha podido Paz... ¡Y se llama Paz!... Sí... si no podía llamarse de otro modo... Paz significa que ella es la que ha de terminar con esta guerra en que de continuo vive mi espíritu... ¡la Paz!... ¿Pero qué es eso?... ¿No vienes?—añadía tornando á adquirir el tono desabrido y áspero con que había comenzado su delirio.—¿Qué inconvenientes hay para nuestra partida?... ¿Que el hermano no quiere?... ¡Imbécil!... ¿Si exigirá tal vez de mí que antes me case con ella?... Primero mil veces un tiro en mitad de mis sienes. ¿Conque es decir que yo que amo á Paz, y ella que... me ama á mí, no podemos ser el uno del otro mientras á un presbítero no le dé la gana de hacer con la mano una cruz en el aire?... ¡Bah!... ¡cosas de ellos!... son soldados de la misma partida... ¿Pero qué veo?—gritó clavando sus ojos en la puerta por donde asomaba el hermoso busto

de María de la Paz.—¿Tú ahí?... Ven, escucha, atiéndeme... espera, oye... detente... ¡ven, mujer, ven!... ¿Me has escuchado?... ¿Has oído lo que he dicho de ti?... ¡Que te amo!... ¡Te vas!... ¡Aguarda, Paz de mi sangre!...

Y quedó mudo, al ver que en el quicio de la puerta fué sustituida la encantadora silueta de María de la Paz por el conjunto simpático del doctor Sedini.

—¿Qué es esto?—preguntó el médico entrando, y maravillándose del estado de Augusto.

—¡Ah!... es V... ¡Ja, ja!... ¡qué loco soy!—rió con fuerza Monpavón.—¿Pues no había creído que era Paz?

—¿Pero qué es lo que le ha pasado á V.?—preguntaba Sedini.—¿Por qué se ha sentado?... ¿Por qué ha tirado las ropas?... Si algo le hubiese ocurrido, yo habría venido inmediatamente... Vamos, vamos, á sosegarle; á volverse á acostar... ¡Santo Cristo de la Ermita!—exclamó asustado el maravillado doctor, al ver sueltos todos los vendajes.

—¡Eh!... ¿Qué es eso?—dijo á su vez Augusto, haciendo una mueca.—No llame V. á ningún Cristo... Son unos caballeros que jamás me han hecho ningún favor.

—¡Vamos!—exclamó Sedini ya con el semblante un tanto serio.—No diga V. necedades, porque con solo que yo no quisiera ahora ponerle las vendas que V. se ha quitado, iba usted á dormir la siesta de mañana á la eternidad. Conque échese V... vuélvase V. de este lado, y déjeme hacer...

Y acompañando sus palabras de acciones sinónimas á ellas, comenzó á rehacer lo que el capitán en su delirio había deshecho.

—¿Qué demonio de avispa—decía mientras tanto—le ha venido á picar ahora, que ha hecho tanto disparate?... Nada; será preciso tratarle á V. como á un niño. Veo que es V. un loco de los muchos que andan sueltos por el mundo, paseando sus maldades, á las que presta un cierto carácter de impunidad su misma locura. Yo aseguro á V. que á no ser por «*lo que es*»... ya le habría abandonado á sus heridas para que hubieran hecho de V. lo que es de presumir... Y á propósito. Me ha parecido oír entre los muchos exabruptos que le he escuchado algunos disparates que revisten ya el carác-

ter de heregías y... heregías de las gordas. ¿Es que no cree usted en Dios?

—Dios, Dios—murmuró Augusto—Paz... ese es mi Dios.

Y quedó somnoliento y mareado; pulsóle Sedini, y conociendo que lo que Augusto tenía era una fuerte recaída en la fiebre por efecto de la agitación moral en que se encontraba, fué á salir, tal vez con el objeto de recetar alguna nueva medicina, sin hablar una palabra más, pero el capitán se lo impidió llamándole y diciéndole:

—Doctor... ¡psch!... Doctor...

Sedini se volvió y dijo con la afabilidad con que se conquistaba en un segundo la confianza del que hablaba con él:

—¿Qué hay?

—¿Quiere V. darme un poco de agua?... Me estoy abrasando.

—¿Por qué no? A ver; Paz, tráete un vaso de agua—dijo llamando, y volviéndose junto al lecho añadió:—Lo que le abrasa á V. dentro del cuerpo es el infierno de ideas que posee. Creí que íbamos á ser muy amigos la primera vez que ví á V., y veo ahora que me he equivocado de medio á medio. Está V. educado á la moderna; está V. materialmente empapado en las ideas disolventes que predicó la enciclopedia francesa, y que, como el mal olor, se han difundido por el mundo entero. Ciertas cosas pueden pasarse cuando se dicen como una broma, ó en el número de dislates de un delirio como este por que acaba V. de pasar; pero nunca con el aire de convicción con que V. las dice; si sigue V. así, le retiro desde luego mi amistad; que no es razón de que porque V. no tenga creencias ningunas, ofenda é insulte de tal modo las mías.

—De todas cuantas cosas ha dicho V.—exclamó con serenidad Augusto,—sólo niego una.

—¿El qué?

—Que V. y yo no vayamos á ser muy amigos.

—Celebro—dijo el doctor—que niegue V. una cosa que de llegar á ser, sentiría mucho. Yo, Sr. D. Augusto Monpavón, ó mejor, D. Julio Alvarez (porque supongo que no habrá olvidado que mientras esté en esta casa, es D. Julio

Alvarez), nunca he tenido la humorada de dar limosna á un rico, ni curar á un sano, ni levantar á uno que esté más alto que yo; pero he cifrado siempre en socorrer al pobre, sanar á un enfermo y levantar á un caído, una de mis más indefinibles venturas. Y V., Sr. de Monpavón, en el terreno de las ideas, me parece un pobre desgraciado que necesita el socorro de la verdad y de la fe; un enfermo que necesita también *razón*, y un caído á quien hace mucha falta una mano caritativa que lo levante desde la materialidad de este siglo, á la idealidad verdadera y eterna de nuestra religión. ¿No es así?

María de la Paz, entrando con el vaso de agua que había pedido el doctor, cortó el diálogo.

—Ea, aquí está el agua—dijo en otro tono Sedini.—Tome usted.

Y cogiendo el vaso de manos de la hermana del Mosén, lo acercó á los labios de Augusto.

Éste, desde que Paz entró en la alcoba, había clavado en ella su vista y no le era posible separársela un instante, mientras Paz, con los ojos mirando hacia el suelo, vertía una lágrima que para todos pasó desapercibida.

Sedini comprendió lo que á aquellos dos seres, obligados á amarse, sucedía, y apresuró la bebida del capitán. Minutos después, el doctor y Augusto estaban de nuevo solos.

Y no pudo trabarse inmediatamente el interrumpido diálogo, antes por el contrario, sin que médico ni enfermo hablasen una sola palabra, trascurrió un buen período de tiempo.

Al fin del cual, Augusto Monpavón comenzó á entornar sus ojos hasta cerrarlos por completo y dormirse, dejando al doctor que pronunciara en silencio, y para sí, el siguiente soliloquio:

—He aquí á todo un aristócrata demócrata, que debiendo tener un fondo de ángel, está envenenado por el virus liberal, demagogo y clerófobo que actualmente trae con los ojos vendados á tanto y tanto infeliz... Y he aquí también un muchacho que ha reproducido, la noche del asalto de Murguía, aquellas hazañas de los tiempos bárbaros, en que rodaban á los pies del enemigo vencedor, no sólo las haciendas y las

vidas del vencido, sino las honras de sus mujeres y sus hijas. El problema no puede estar planteado en peores términos: de un lado resulta que si Jaime, con el odio que tiene á todo lo que sea Monpavón, se enterara de que este liberalillo racionalista es, en lugar de Julio Alvarez, D. Augusto Monpavón, ni yo ni nadie pudiera responder de su vida, en inminente peligro (como se ha visto aún no hace horas), por los arrebatos vengativos del Mosén; de otro nos encontramos con que Jaime, si bien no ignora la deshonra de su hermana, está completamente á oscuras en lo que respecta á las results del crimen; es decir, á que María de la Paz tuvo á Jesús... de otro, vemos que Jaime no sabe que el autor de tal desdicha es este herido, por añadidura hijo del que asesinó bárbaramente á su padre... ¡Válgame el cielo, qué cúmulo de contradicciones y enredos! Realmente, aquí lo que convendría sería que este caballere quisiera casarse con Paz, y... ¡que el Mosén dejara casarse á su hermana con un individuo de historia tan sangrienta para los Parollas! Lo primero no me parece difícil, dado que, según he podido observar, Augusto no mira con malos ojos á la muchacha; que en el delirio la llamaba (prueba segura de que no le es indiferente), y sobre todo que cuando una mujer se empeña, es capaz de... no digo de eso, sino de cosas mucho más graves. Lo segundo es lo malo. El Mosén no olvida así como así los agravios que á su familia han hecho los Monpavón. Pero ante la perspectiva de que lo de su hermana pudiera arreglarse santa y calladamente... Nada; aquí lo necesario es tacto en mi persona (tercero ó cuarto en discordia de este problema), y que ellos, cada uno de por sí, cedan un poquito de su parte; que con esto, y con la ayuda de Dios, que no creo ha de faltarme en esta circunstancia, todo terminará felizmente.

Con estos pensamientos saboreaba el bondadosísimo doctor todo el inefable néctar de una reconciliación que había de empezar por el casamiento de Paz y de Augusto.

Augusto despertó; pero más como quien sale de una meditación, que de un sueño. Indudablemente hervía en su cerebro un revuelto torbellino de dudas, ideas y confusiones.

—Amigo—dijo débilmente al doctor,—veo que la fatalidad me ha traído donde yo á elegir, menos hubiese deseado, porque si bien es verdad que hace más de año y medio que por sólo ver á Paz hubiera dado mi vida, lo es también que nunca creí que Paz habitase en el antro á que el destino me ha hecho venir.

—¿Antro?—repitió Sedini.—¿Tan mal le tratamos en esta casa, que la apellida *antro*?

—No he querido decir lo que V. supone, sino que para mí toda casa de carlista...

—Comprendo—interrumpió el médico.—V. es de los que encuentran á carlista sinónimo de salteador de caminos ó cosa por el estilo, de los que, como aún no hace muchos días me contó un sargento de VV., dicen gráficamente que *no todos los tontos son carlistas, pero sí todos los carlistas tontos*. Dicho á que yo encuentre compañero digno en aquel otro de que *no todos los republicanos son pillos, pero sí todos los pillos republicanos*.

—Dicharacho más ó menos—dijo Augusto.—Ambos son á cual más insulsos y necios.

—¿Y V.—interrumpió el médico,—según he podido ver por el uniforme, pertenece al arma de artillería?

—Sí.

—¿Y lleva V. muchos años en el servicio?

—Seis y unos meses.

—Pues para ser hijo de quien V. es, no ha volado gran cosa en el escalafón.

—Es que lo que yo tengo, á nadie más que á mí mismo lo debo; ningún favor me ha hecho mi padre, en lo cual ha estado acertado, porque jamás hubiera querido yo nada suyo; creyó que me castigaba con desheredarme, y me quitó una carga...

—¿Está V. desheredado?

—Sí, señor. Y expulsado de mi casa... desde muy joven. Otro favor que me hicieron; me hartaban ya las mojigaterías de mi madre y los consejos de mi padre... ¡era insufrible! Mentira parece que un hombre como el autor de mis días, que ha derrochado tanta saliva en predicar la igualdad democrática,

gustara tanto de erigirse en su casa en tirano feroz que no cesaba de mortificar á sus hijos trocándolos en esclavos. En fin... detesto al mundo entero, empezando por mi padre y acabando por...

—Por mí—le dijo Sedini sonriendo de un modo extraño.

—Quizás—contestó Monpavón—V. y una persona que usted conoce mucho, sean las dos únicas excepciones en este odio general que á la humanidad profeso... No sé qué he visto en V. que me inspira confianza y respeto á un tiempo mismo.

Sedini inclinó la cabeza con agradecimiento.

—Es V.—continuó el herido—un magnífico solar en que puede edificarse ese raro edificio, que con ser tan grande el mundo, tanto escasea, y que se llama *un amigo*. Y si el terreno que tiene buena orientación, vale mucho más en la apreciación general, V. que la tiene excelente, junto al único ser que como el sol del cielo, ilumina mi pensamiento... junto á Paz...

—¡Hola!—dijo el doctor;—¿por lo visto á V. le gusta mucho Paz?

—¿Gustarme?... ¡No es esa la palabra!... Ya, amigo don... ¿cómo se llama V.?

—Salvador Sedini.

—Ya, amigo D. Salvador, que V. posee la mayor parte del secreto único de mi corazón...

Y Augusto contuvo su voz y paseó los ojos por el cuarto como investigando si alguien más que los dos escuchaba lo que decía.

—Estamos solos—expresó el doctor, comprendiendo la pausa de Augusto.—Puede V. hablar sin reparo de ningún género.

—Pues bien—continuó Monpavón.—Ya que sabe el momento en que conocí á Paz... ya que sabe lo que ciego hice con ella... es menester no ignore que yo, siéndome indiferente el mundo entero, yo que maldigo de mis padres, entre otras cosas, por haberme traído al mundo; que no reconozco más poder que el mío propio, que detesto á la sociedad como un condenado á muerte detesta á su verdugo; que ni creo en

Dios, ni en nada de lo que se explica teniendo por fundamento la tradición de aquel gran filósofo que se llamó Jesucristo, yo... respeto, adoro, temo y reconozco como un sér superior al mío, á María de la Paz.

Tantas palabras como dijo Augusto, otros tantos estremecimientos se notaron en Sedini; revolviéndose en la silla clavóse las uñas en la palma de la mano, sudó, tuvo frío, y al fin, conteniendo su pensamiento y su lengua, pudo conseguir el continuar en silencio.

Augusto quedó como quien suelta un grave peso, y desahogado, prosiguió aunque mucho más en calma:

—Le extrañará á V., Sedini, que en un instante, haciendo tan pocos que nos conocemos, haya sido tan comunicativo con V.; pero fijamente es esto porque veo en V., no un *conocido*, sino un *amigo*, y quiero que me ayude en mis proyectos.

El plan de Sedini no podía comenzar bajo mejores auspicios; tal vez por esto, y como en señal de estar muy satisfecho, se frotaba las manos muy deprisa, y luego como si alguna sombra viniera á oscurecer sus esperanzas, cerraba los puños, y acercándolos á la boca, inoculaba vaho, y con los ojos bajos meditaba.

—Así, pues—dijo Augusto,—¿tendría V. algún inconveniente en llamar á Paz?

Levantó Sedini la cabeza como quien mide una súplica, y luego de pensar un rato exclamó:

—¿Cuál objeto es el que le lleva á V. á pedirme eso? ¿Es acaso el exponer á la hermana del Mosén, con la misma franqueza que á mí, que la ama V. y que desea que ella le corresponda?... Si es eso, le aconsejo que no lo haga. Paz... por una especie de esperanza de remedio á su desdicha, me rogó antes que salvara su vida de V... Pero Paz no puede amarle, porque si V. ve en ella un sér superior á Dios, ella verá en V. un sér inferior á hombre, y le despreciará. Usted niega á Dios, es decir, profesa la peor de las religiones... la religión negativa, y puede V. creer que para mí y para cuantos se llamen católicos, no hay blasfemia, creencia más degradante ni más repulsiva que la que reniega de Dios,

creyendo que sublima al hombre, cuando en realidad lo arrastra hasta el nivel del bruto, que vive porque sí, sin reconocer más sentimientos que el salvaje instinto de conservación... ¿Cómo quiere V. que Paz, es decir, un semejante á V. entregue su corazón á quien maldice de sus padres, odia á la sociedad, detesta al mundo y niega á Dios?... Por un instante llegué á acariciar esperanzas de arreglo para santificar lo que hoy es un crimen; pero ahora veo que he soñado en vano... El que yo quería para esposo de Paz, no es un hombre, es un monstruo. La caridad me ordena que aunque V. no reconozca á Dios, yo vea en V. siempre un hermano; le aconsejo que lo que acaba de proferir, no lo diga á nadie más. Cuídese y procure curar sus heridas, cuyas cicatrices anunciarán la hora en que deba abandonar esta casa.

Y airado y con los ojos bastante encendidos se levantó; hizo una reverencia á Augusto, y volviéndole las espaldas, salió de la alcoba.

En un comedorcillo que cerca de la entrada había, se encontraba, recién llegado, el Mosén hablando con su hermana Paz.

Cuando entró Sedini, Jaime se puso en pie y le preguntó:—¿Cómo está el herido?

—Bien... Antes tuvo un ligero acceso de delirio que pude calmar con sólo volver á vendarle sus heridas, y ahora se dispone á dormir. Antes de ocho días me prometo ponerle en disposición de que se marche.

María de la Paz tembló como asustada; Sedini la tranquilizó haciéndola un gesto, que la huérfana tradujo por una contradicción de lo que acababa de oír.

—Estaba diciendo á Paz—dijo el Mosén—que desde mañana se irá á vivir con V.

—¿Conmigo?... Pues qué, ¿hay novedad?...

—Sí—prosiguió Jaime.—¡Dios sabe si volveré mañana á Cristierna! Tengo orden de avanzar hasta donde me sea posible; por consiguiente, los días que yo falte de aquí, estará mejor en su casa asistida de Brites. La Caspia se quedará con el Sr. D. Julio Alvarez; V. vendrá á visitarle... y nada más.

—Como V. quiera—respondió Sediní.

Y estrechando la mano de Jaime, se despidió diciendo:

—Vaya, buenas noches: adiós muchacha: hasta mañana si Dios quiere.

Cuando el doctor hubo salido, el Mosén se asomó al cuarto en que yacía medio dormido el capitán.

—Caspia—dijo llamando.—Enciende la lamparilla de la Virgen de Guadalupe... que veo está apagada, y sabes no quiero deje de arder ni un minuto.

La vieja obedeció á Jaime: éste se retiró á descansar.

María de la Paz, antes de acostarse, pudo ver que Augusto se levantó del lecho, ahogando los quejidos del dolor de sus heridas, y que dirigiéndose á la cómoda sobre la que la luz ardía ante la Virgen, la apagó de nuevo y murmuró al volverse á la cama:

—¡Como si no me acordara yo bastante!

Sin duda alguna la luz, iluminando á la Virgen que fué testigo de su crimen con María, era un remordimiento constante que pesaba como una losa de plomo en la conciencia de Augusto.

Y fué lo peor que no consiguió su objeto: pues en medio de la oscuridad de la estancia seguía viendo la imagen: y aunque se volvió del lado opuesto al de la cómoda, y cerró los párpados, no pudo hacer más que dormirse. Y después de dormido, en sueños seguía viéndola.

Que una luz puede apagarse, pero un pensamiento que arda en el alma, es un fuego fatuo como el de los cementerios, que más persigue cuanto más se le huye.

CAPÍTULO X

LA BATALLA

Terminó su reinado la noche, dejando aclarara sus sombras una madrugada, de esas que en Vizcaya son tan co-

munes y frecuentes. El cielo negro se azuló, haciendo que las estrellas se borrarán una á una después de parpadear tristemente como pálidos ojos de enfermos que al fin se cerraran, concluyendo la noche de la vida, para ir al día de la eternidad... Un ligero vapor blanco subió desde el fondo del valle donde culebreaba el río, hasta la cima de las dentadas montañas que á lo lejos separaban la tierra del cielo: sumóse con algunas ligeras nubecillas que de risco en risco iban deshilachando sus entrañas en flecos de agua, y una llovizna de plata barnizó las peñas y las casas. Y como si la Naturaleza fuera aprendiendo de los hombres, hubo un ligero combate entre el sol que iba incendiando las tintas claras del cielo, y las nieblas que brotando de entre los charcos y rastreando por los pedruscos, se deshicieron al fin, borrándose en el aire al impulso de un viento perfumoso y húmedo..... Salió el sol: hojas, tierras, tapiales y edificios, todo hormigueó con la agitación de mil pajillas de oro, brillando de tal manera que Cristierna y su campo parecían un inmenso nacimiento de porcelana.

Oyéronse como de costumbre los ruidos preparatorios de la marcha del ejército: aquel día mucho mayores, porque la jornada iba á ser mucho más larga.

Todo se alistó en breve tiempo; y aun no eran las nueve, cuando las charangas de los batallones rompieron los vientos con los acordes de su música, ahogando con los gritos del metal, los de las madres que despedían á sus hijos.

La serpiente de brillantes colores que semejaba la facción en marcha, se alejó del pueblo, haciendo relucir por escamas las chapas de las boínas y las agudas puntas de las bayonetas. Bajó la cuesta que bordeaba la montaña: vadeó el riachuelo: cruzó el áspero arenal del barranco: serpenteó por entre los pedruscos de la cantera: dividióse en mil pedazos para atravesar por entre aquellas inmensas moles de granito que parecían dólmenes drúidas: anduvo luego costeano las laderas de la carretera de Tolosa: buscó los raros senderos del bosque de castaños; y cuando ya el horizonte se denunció por entre los leñosos troncos, y el suelo ostentaba entre sus piedras algunos pedazos de deshecha granada ó los restos de

una acémila abandonada, ó bien fragmentos de fusiles y hasta alguno que otro blanqueado hueso, las cornetas entonaron la voz de «alto» y todos los ojos se fijaron en el grandioso valle que se desarrollaba ante sus pies, al fin del cual las blancas tiendas del ejército liberal aparecían recostadas en una cima junto al pueblo de Zadorra como una bandada de palomas que descansara en su viaje de emigración.

Atravesó las filas de soldados, hendiendo batallones, el Mosén, seguido del cortejo que pudiéramos llamar su Estado Mayor.

Iba montado en un caballo negro de regular alzada, desde el cual, y á guisa de Observatorio, lanzaba las visuales de su excelente catalejo: y cuando hubo examinado á todo su sabor la posición y descuido en que el enemigo se encontraba, llamó á uno de los ayudantes, y le dijo:

—Por lo visto, esos señores creen que se ha firmado ya la paz.

—¿No se mueven?—preguntó el interpelado.

—No: aún se conoce que están curándose las heridas de la batida de ayer—dijo un tercero con indefinible sonrisa de satisfacción.

Jaime Parolla meditó lo que más convendría hacer.

—Esta es una gran ocasión—dijo el ayudante—para proporcionarles una sorpresa.

—Y de las buenas—dijo otro.—Si la vista no me engaña, nadie más que los centinelas tienen allí abiertos los ojos; primero, pues, que se arman, tenemos tiempo para bajar y quitarles el campamento entero.

—Y aun pudiéramos fingir—insinuó el ayudante—que nos retirábamos, y bajar por la ermita resguardados por aquella lomilla.

—En mi opinión—propuso otro—debemos dejar aquí un par de cañones que les entretenga haciéndoles creer que el nublado viene por esta parte, mientras que nuestro grueso vá á buscarles las espaldas volviendo por la carretera de Tolosa.

Todos estos juicios ó pareceres escuchaba en silencio el Mosén, sin aprobar ni desaprobar ninguno, como hombre que está muy convencido de las ventajas del propio.

Los jefes de guerrilla aumentaron el grupo que rodeaba á Jaime, ávidos de saber por sí mismos cuál era el plan de batalla.

Y Jaime callaba como un muerto, dejando á cada cual que explanara su respectiva opinión.

Cuando nadie hablaba ya, el Mosén tomó la palabra y dijo: —Báivérg.

Un capitán de los que más de cerca rodeaban al cabecilla, se aproximó haciendo un saludo militar.

—Báivérg—repitió Jaime,—puede V. decir que salgan al descubierto el *Blanca* de infantería y dos escuadrones de *Loyola*. Además, diga V. á Márquez que ponga frente al campamento dos piezas de las pequeñas.

Báivérg desapareció con las órdenes, al mismo tiempo que los jefes que rodeaban á Jaime dejaron escapar un gesto de disgusto por el plan que las palabras del Mosén dejaban traslucir.

Era evidente que el combate no se iniciaría por sorpresa, como todos hubieran querido, sino á cielo raso y cara á cara, plan que estaba muy en consonancia con el modo de ser del cabecilla, en cuya noble alma no tenía acogida el sentimiento de la traición.

Al poco rato, el batallón *Blanca* se escalonaba fuera del bosque; á su derecha, y apoyando la misma línea, formaban cuatro filas de jinetes con las tercerolas montadas sobre los arzones de las sillas, y á la izquierda, asomando sus negras bocas de bronce por las aberturas de una improvisada trinchera, dos cañones tenían las entrañas rebosando pólvora ansiosa de romper su cárcel.

El resto de la partida recibió órdenes de aguardar preparada el aviso de salir inmediatamente. No era la que mandaba el Mosén, como pudiera creerse, de las que al principio de la guerra merodeaban los caminos con variedad de uniformes y armamentos, llevando chuzos, fusiles de chispas y hasta palos, sino un pequeño cuerpo de ejército perfectamente vestido, con la oficialidad completa, provisto de carabinas francesas y admirablemente reglamentado.

En esta situación de espera, y cuando materialmente llovía

fuego del cielo, pues vendría á ser el medio día justo y preciso, trascurrieron bastantes minutos sin que el Mosén diese ninguna orden terminante.

El calor era insoportable; la atmósfera conducía corrientes de ascuas, una pesantez de plomo derretido y disuelto en el aire abrumaba; abrasaba el suelo, abrasaban los cañones de los fusiles, los botones de los uniformes... Los caballos con la cabeza baja la arrimaban á un seto de espinosos adobes buscando en vano una sombra, y los soldados maldecían de continuo al inventor de las boínas, por haber omitido en su construcción la adición de una benéfica visera.

El Mosén galopaba en su caballo, reconociendo el terreno y tratando de llamar la atención del enemigo, que más ansioso de dormir siesta que de pelear, parecía hacerse el ciego ante la fuerza de carlistas que poco á poco se le iba acercando al campamento.

Jaime sintió que le ardía la cabeza, y trató de cobijarse bajo algo que hiciera un poco de sombra. Guió su caballo hacia un árbol que en la falda del monte se dejaba ver... Era un árbol solo, agostado, seco, que dibujaba una irrisoria silueta de cinco ramas sin verdura, semejante á un varillaje de paraguas sin tela. Los insectos vogaban en aquel mar de aire inflamado, como borrachos de tanta vida, y zumbando con estruendo de flor en flor, aumentaban el mareo de aquel horrible día, y algunas ranas que en un sorbo de agua caliente veían evaporarse su vivienda, cuarreaban con desesperación pidiendo á toda prisa regara el cielo sus agrietadas sepulturas.

El Mosén volvió á incorporarse con su gente y dió orden de apuntar una de las piezas de artillería contra el descuidado campamento.

Giró la aguja del cañón haciendo puntería: oyóse la voz del oficial que reclamaba atención, y después la de *¡fuego!*... Y una espantosa detonación hizo vibrar las caldeadas capas de aire por medio de las que, y envuelta en un pelotón de gases que parecían algodones, cruzó silbando la primera bala. Y aún rodaba por el eco el son del tiro, cuando una tienda de lona voló hecha añicos, notándose en seguida desusado movimiento en el campamento liberal. Oyéronse tocar corne-

tas que debieron cauterizar los labios de los que soplaran sus boquillas; y á los pocos minutos se vió claramente á las compañías formar con apresuramiento.

Entonces ya nadie recordó lo espantosamente abrasador de la temperatura; y aun se pudiera afirmar, sin temor de decir mentira, que muchos de los que antes sentían correr incesante el sudor por sus quemadas frentes, sintieron al ver reverberar los fusiles y los sables, un frío extraño que les congelaba hasta la médula de sus mismos huesos.

No habría trascurrido un cuarto de hora desde el primer disparo, cuando sonó otro en el campamento enemigo; y rodando como una pelota una bala fría y sin fuerza, introdujo alguna alarma en los escuadrones del *Loyola*, cuyos caballos se asustaron y revolviéron al ver buscando á sus cascos el mal dirigido proyectil. Enredáronse algunos sables en la primera confusión; latieron todos los corazones; no hubo inteligencia que no rezase mentalmente una oración corta pero sentida; y en medio de los murmullos de la espectación general, se oyó la fuerte voz del Mosén, que gallardeándose en su bruto, dijo:

—¡Siga el fuego!

Y otra segunda bala fué á sembrar la muerte al otro ejército... La respuesta no se hizo esperar: el corneta del *Loyola* cayó deshecho de su caballo, mientras éste rodaba agonizante.

—¡Adelante, muchachos!—gritó el Mosén, impasible.

Y la infantería comenzó á descender de la cuesta. Del bosque comenzaron á salir las retaguardias: chocáronse las voces de mando, con los toques de corneta y las detonaciones del cañón. Las culatas de los fusiles carlistas besaron las mejillas de sus dueños al hacer la puntería... Hincaron la rodilla en tierra las filas de delante y dispararon cien fusiles á un mismo tiempo, siendo el rumor que se produjo parecido al que causaría una montaña de piedras al verterse sobre una plancha de metal.

El instante se acercaba: sucedíanse los disparos sin interrupción: eran ya una masa compacta de estruendos sin nombre. Revoloteaban por el aire culebrinas de humo que

luego estallaban en mil aristas de fuego. El combate iba á ser muy pronto cuerpo á cuerpo... La metralla hacía de las suyas barriendo vidas, y ahogando gritos de dolor. Y no había remedio: el que caía herido remataba su existencia pisoteado por los caballos ó aplastado por las ruedas de la artillería...

—¡Muchachos!—bramó el Mosén con algún coraje, yendo en primera fila y blandiendo su sable corvo.—¡A ellos!... ¡Viva Dios!... ¡Viva el Rey!...

Y entre los ayes, los vivas y los gritos, chocaron bestial y horriblemente carlistas y republicanos: enredáronse filas con filas; mezcláronse escuadrones: todo fué una masa que luchaba á golpes de carabina, revolviéndose airados unos contra otros, cayendo, levantándose y volviendo á caer con la cabeza hendida de un tajo, ó el corazón partido en dos.

—¡Viva Dios!... ¡Viva la Virgen!—clamaba sin cesar Jaime Parolla, batiéndose el primero y mellando el filo de su sable en fuerza de dar golpes.

Y la embriaguez del asesinato, la borrachera de sangre, envolvió en su vértigo desolador á unos y á otros; el miedo había huído; todos eran valientes; caían jinetes, que resguardados por algún montón de escombros ó el cadáver de su propio caballo, vendían su vida á cambio de muchas lágrimas y muchas heridas; sonaba el reventar de las granadas y las bombas, aturdiendo con su espantoso morir para matar; el fragor, la confusión, la gritería, el ruido, todo se sostuvo durante más de dos largas horas.

Tendióse sobre los combatientes un parduzco toldo de asfixiante humo; nublóse el sol; perdiéronse los horizontes para los ánimos, sólo dispuestos á herir y huir el bulto cuando alguna aún humeante boca les apuntaba al rostro ó al pecho... y cuando la tarde fué de vencida y la victoria era tan indecisa que se pudiera decir que ambos ejércitos habían perdido, el Mosén, radiante de gozo, vió que la caballería enemiga huía cobardemente.

Entonces se levantó sobre los estribos queriendo que todos le vieran, esforzando sus pulmones para que todos le escucharan, y amasando sus palabras con espuma de coraje, que

ya no era saliva lo que llevaba dentro de la boca, gritó, accionando como una fiera:

—¡A ellos!... ¡Viva el Rey!... ¡A ellos! ¡Que huyen!...

Y su gente, electrizada al verle agitar ondeando la bandera del *Loyola* empapada en sangre que goteaba por sus flecos, se rehizo, luchó, dobló sus esfuerzos, fortificó sus energías; nuevas corrientes de entusiasmo corrieron por las filas como sangre nueva que circulara por las vacías venas de un moribundo, y atacó, corrió, persiguió, destrozó y mató sin piedad, arrasando cuanto á su paso se oponía.

La retirada del enemigo se inició cuando las primeras tintas rojas del crepúsculo se pintaron brillantes en el cielo; parecía también un lago de sangre; el mismo sol, al enrojecer su inmensa cara, daba que pensar si la teñiría la vergüenza... Al fin se hundió tras de las montañas. Y las huestes del Mosén persiguieron sin descanso á los fugitivos, hasta penetrar en su mismo campamento.

Todo sufrió las consecuencias del asalto: algunos caseríos con las puertas derrengadas, convertidas en astillas, con los corrales de desmanteladas paredes, su tejado falto de tejas y lleno de combas, sus guirnaldas de seca parra colgando partidas por proyectiles perdidos, la fachada desconchada y con grietas, la chimenea arrojando un humo negro que se quedaba suspendido en el aire como sin fuerza para volar, y los aleros con sus nidos llenos de golondrinas y pájaros adormecidos, asustados, casi asfixiados por el olor de la pólvora, tenían el aspecto de seres que se estremecen en la agonía de la muerte.

Poco á poco las tiendas de campaña y las casas se fueron viendo rodeadas de las sombras de la noche y de unos fantasmas negros como culebras, vagos, sin forma, que trepaban por las paredes, se adherían á los aleros y engrosaban lentamente. Luego se multiplicaron saliendo de puertas y ventanas, empujándose para salir primero unas que otras, soplando con furia y sacando de sus calientes entrañas largas lenguas de fuego... El viento de la noche agitó esta horrenda legión de espectros, los hizo estremecer, los columpió é hizo brotar de sus cuerpos una explosión de llamas. Los pajares

de los caseríos estallaban como polvorines, y los endebles tejados se levantaban como tapas dejando salir torrentes de inflamadas aristas.

A la luz de los relámpagos de aquel incendio, al reflejo de aquel volcán de piedras preciosas, al reverberar de aquel arroyo aéreo de polvo solar, vióse la derrota del ejército liberal... vióse huir á todos presos del pánico; el incendio de su campamento los había desconcertado. Llamas violadas, azules, rojas; brasas que eran semilleros de chispas; un humo pesado y repleto de ácido carbónico interpuso su infranqueable barrera entre perseguidores y fugitivos, quedando estos últimos detenidos ante el horrible espectáculo que Zadorra ofrecía; los barriles de pólvora que guardados en las casas había, reventaban uno á uno como enormes petardos; y tanta explosión trajo el inmediato desplome... Fué rápido, incesante, desolador... Los maderos se estremecían como si huir quisieran; los pies derechos se retorcían, y ennegrecidos venían abajo, arrastrando en su caída pisos enteros...

Continuaba apesar de esto el tiroteo; las balas cruzaban por entre las llamas con la franquicia de su velocidad...

De pronto, una noticia aterradora cundió por todos lados. El Mosén había desaparecido entre las llamas.

Como por ensalmo se detuvieron sus secuaces, y cuando, después de muy buscado, adquirieron la certidumbre de que muerto ó prisionero estaría en poder del enemigo, empezaron á retirarse con la misma precipitación que antes éste.

Las tropas del Gobierno notaron á su vez la huída de los facciosos, y quisieron tomar la revancha. Pero era inútil; la noche, el cansancio, el sinnúmero de heridos y muertos... todo conspiraba por que la batalla no siguiera...

Y las sombras lo inundaron todo, tendiendo su manto negro, cual de luto por los muertos sobre los campos de Zadorra.

Eran las once de la noche cuando un grupo como de cuatro jinetes atravesaba por las ruinas del destrozado pueblo, conversando del siguiente modo:

—¿Sabes, Quintana, quién me ha dado noticias de Augusto Monpavón?

—¿Quién?

—Pues Berrugas.

—¿Su asistente?...

—Sí: sabrás que ayer cayó prisionero...

—Sí.

—Pues hoy ha logrado escaparse, y ha dicho que Monpavón está curándose en casa del mismo que ha mandado hoy esta acción; de Jaime Parolla, á quien tú conocerás por *El Mosén*.

—¿Es cierto?...

Y las voces se perdieron con la distancia...

Un hombre que tendido en tierra las había escuchado, se estremeció convulsivamente pugnando por levantarse, luchando con los escombros entre los que materialmente estaba enterrado. Allí arañó el suelo, trabajó por poder salir á flor de tierra, y rugiendo como una fiera trató de proferir estas palabras:

—¡En mi casa!... ¡Augusto Monpavón!... ¡Ha mentido al decirme el nombre!... ¡Canalla! ¡cobarde!...

Y luego de sudar en vano procurando salir de su prisión de ladrillos carbonizados y aún humeantes, después que hubo ensayado cuantos expedientes le surgió su inventiva para desenterrarse, cuando sus brazos cansados de manotear se rindieron á la fatiga, exhaló un prolongado gemido, y saltándole del párpado á las mejillas una lágrima, gritó con desesperación, ahogando su voz el peso que sobre el pecho tenía:

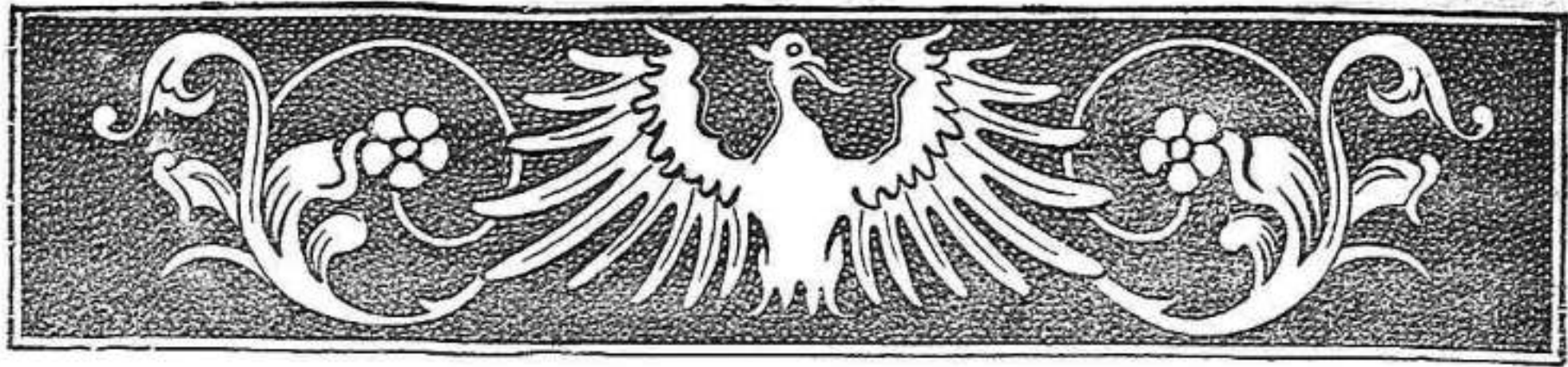
—¡Señor!... ¡Cristo!... ¡Dios mío!...

Y ó nadie le escuchó, ó el que le escuchó no le hizo ningún caso.

El mundo entero parecía sumergido en un inmenso océano de sombras y silencio.

ANTONIO VASCÁNO.

(*Se continuará.*)



CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR

MANIFESTAR extrañeza por la crisis que ha ocupado y aún viene ocupando á los periódicos amigos y adversarios del Gabinete Sagasta, es lo menos que cabe en un cronista imparcial, ante un acto realmente impolítico y extemporáneo.

Cerrado el Parlamento, aparecía una larga tregua, durante la que era posible suspender las consecuencias de rozamientos y terquedades, tregua que aún pudo esconder ó disimular por algún tiempo ciertas disensiones intestinas é inevitables en el partido político que rige los destinos de la patria, y que se compone de elementos radicalmente inconciliables, en períodos difíciles y de lucha. No ha sucedido así; las primeras nubes han tomado un carácter desagradable en el horizonte de la situación presente, y tenemos ya modificado, cuando menos convenía, el primer Ministerio de la Regencia. La modificación no es grande; pero hay que confesar que es significativa. Es el principio del fin.

La crisis no ha sido en apariencia política, puesto que el Sr. Camacho no se presenta en esta ocasión como sostenedor de otras tendencias, ni de otros principios que los que informan los rasgos generales de su partido. La crisis no ha podido tampoco tener un carácter administrativo, puesto que se nos dijo y repitió oficialmente que los planes del ex-ministro de Hacienda habían sido aceptados por todos sus compañeros los Ministros, y que el Gobierno entero hasta había hecho cuestión de Gabinete las divergencias de apreciación que existían entre el Sr. Camacho y los diputados castellanos.

¿A qué obedeció, pues, la última, misteriosa é intempestiva crisis?

* * *

Manifiestan los amigos del Gabinete que no hubo en el fondo de la crisis más que una cuestión de exagerado amor propio. Pero no deja de extrañar la obstinación del antiguo ex-ministro, sin que valieran á disuadirle ni las razones de amistad, ni las consideraciones políticas que pudieran presentarse ante los obstáculos provocados por una evolución innecesaria, vistas las tendencias conciliadoras de los moderados, progresistas por tradición, demócratas y hasta radicales revolucionarios que se amalgaman en la fusión imperante.

Nada ha impedido, nada ha aplazado la dimisión del señor Camacho, fundada por fórmula de cortesía en su avanzada edad y en sus achaques.

Lo anormal en este asunto es que aquellas mismas entidades, aquellos mismos periódicos que elevaron al Sr. Camacho á la altura de una institución irremplazable, hayan cesado de repente sus entusiastas elogios y crean hoy que pueda prescindirse de su concurso en la gestión financiera, sustituyéndole con cualquiera de los candidatos á la cartera vacante.

Por otra parte, la solución de la crisis, que da mayor importancia al elemento democrático del Gabinete, no nos parece sea de naturaleza á halagar mucho á una mayoría dentro de la cual no faltaban amigos antiguos y dispuestos á sacrificarse por la cartera... ¿Tendrán ó no cuerpo las previsiones de aquellos fusionistas que se supuso acariciaban ya la idea de formar un nuevo partido liberal dirigido por el señor Martínez Campos, y del cual fueran núcleo principal los centralistas en contraposición al elemento de la democracia que proclama por credo fundamental la insustanciabilidad de las formas gubernamentales?

*
* *

El más terrible é implacable enemigo del Sr. Camacho, resulta ser ahora su compañero de Gabinete el Sr. Montero Ríos. La crítica del actual Ministro de Fomento es acerba, y nos presenta al antiguo ídolo del fusionismo, al hacendista de indisputable mérito, como un hombre voluntarioso, falto de todo plan económico, llena la cabeza de fantásticas perspectivas y dado á soñar en organizaciones inverosímiles que no encajan en el molde de las realidades.

Jamás ningún consejero responsable adoptó los singulares procedimientos del Sr. Montero Ríos. En una conferencia política habida en un vagón, en su viaje desde Avila á Orense, y posteriormente en una carta de Lourizán, sitio donde se levanta la pintoresca y fastuosa morada del rico político que allí distrae los sinsabores de su democrática vida, nos ha hecho revelaciones singulares. No sólo es el Sr. Montero Ríos el prototipo de los Ministros necesarios, sino que parece abrigar el decidido propósito de llenar con su nombre, y diariamente, las columnas de la prensa periodística y de po-

lémica. No duerme además tranquilamente la noche en que no haya refrendado un nuevo decreto para la *Gaceta*.

La cuestión de los montes está por él resuelta, pudiendo esos grandes recursos dividirse por el momento, según él, en tres categorías:

Primera categoría. Montes desamortizables y desamortizados, y por lo mismo en estado de venta inmediata. Existen muchos en esta situación.

Segunda categoría. Montes que pueden venderse tan pronto como el Ministerio de Fomento participe al de Hacienda que no están comprendidos en la zona forestal. Y de esta clase existen unas 900.000 hectáreas de terreno declaradas vendibles, y puesta esta declaración en conocimiento del Ministerio de Hacienda.

Tercera categoría. Montes de aprovechamiento común y dehesas boyales que disfrutaban los pueblos, ó con exceso en la cabida que la ley les concede, ó sin títulos bastantes para ello. Bajo este concepto se encuentran por algunos millares los expedientes que están ultimados y que penden solamente de la resolución de la Hacienda.

Por lo visto no faltan montes que vender antes de que se presente la necesidad de otras leyes ni de reñir batalla alguna con nadie. No es esto todo. El Ministro de Fomento tiene además en estudio, en medio de su actividad febril, el proyecto de reforma de las facultades de medicina y farmacia; el reglamento del personal facultativo subalterno; el de las Escuelas de artes y oficios; el de la Escuela especial de pintura, escultura y grabado; la reforma del Consejo de Instrucción pública; la organización de la inspección de la enseñanza en sus diversos grados; la reforma de las Escuelas normales de maestros y las de párbulos; la ley general de Obras públicas; explotación é inspección de ferrocarriles, y no sabemos cuántas cosas más que han de hacer su nombre para siempre memorable en los fastos de la administración española, cambiando de faz la dichosa patria nuestra.

Una duda tenemos. Hemos visto que el Sr. Montero Ríos, desde las olímpicas alturas en que de continuo se mece, como el águila de Júpiter Tonante, confiando en el aura popular y en las pruebas ya dadas de sus liberalísimos instintos, no reparó en abandonar á sus compañeros en lo más rudo de los combates parlamentarios, para ir á beber tranquilamente las frescas y restauradoras aguas de Panticosa. No impidió aquella expedición que el ausente aparentase luego enojarse por que las Cortes no se prestaban á autorizar, sin previo examen, sus inmejorables proyectos. Pero aquel enojo hubo de cambiarse pronto; no tenemos por ahora división de Ministerios, y bien podemos contentarnos con el de Fomento, en la seguridad de que nada absolutamente quedará por hacer á sus sucesores. ¿Necesitará también ulterior acuerdo su cálculo de los montes?

Ha creído ahora que su regia posesión de Lourizán es el punto más aceptable para pasar los calurosos meses de verano, y aunque parecería lógico, y hubiera estado muy conforme con las prácticas constantemente observadas en casos análogos, dejando á uno de los individuos del Gabinete el encargo de despachar la cartera durante la ausencia del propietario, el Sr. Montero Ríos se aparta igualmente en esto de los comunes y triviales procederes, y despachará personalmente, á ciento cuarenta leguas de distancia de la capital de la monarquía, los asuntos del Ministerio de su cargo.

Estamos convencidos de ello. El Ministro que se impone, el Ministro de la situación eminentemente necesario, el que da carácter al Gabinete, es el Sr. Montero Ríos. Tanto plan y tanto expediente, nos dice que eran broma aquellos propósitos que se le suponían de retirarse á la vida privada antes de ver realizados los principios de la famosa fórmula redactada de acuerdo con el Sr. Alonso Martínez. *Ad calendas græcas.*

*
* *

Da en estos momentos que hablar la actitud del General Salamanca, y se comentan sus confidencias al corresponsal de un periódico extranjero.

Cree el General cesante del cargo de Director de Administración militar, que la organización del ejército no responde á las necesidades de las escalas, las económicas, ni á las de la patria; que el afán de mejorar su situación por medios empíricos, copiando lo que en países de moda tiene base, y aquí no arraiga y se opone á nuestras condiciones, costumbres, carácter y situación, va matando el espíritu militar y la interior satisfacción, necesaria á toda fuerza armada, sin embargo de lo cual, y de no haber logrado el ejército sus legítimas aspiraciones, es el más sufrido y de disciplina más sólida.

Cree que los trabajos republicanos son de más interés para el porvenir de lo que generalmente se dice, y que los carlistas están predestinados á consumir su vida entre descalabros y esperanzas. Juzga que una política ingenuamente constitucional que haga posible la lucha en los comicios y en las Cámaras, matando el caciquismo sostenido por los Gobiernos como clave electoral, es la única posible para contener los movimientos militares.

Habla de asuntos financieros, emite opiniones económicas, trata como diplomático de política extranjera, y asegura que la continuación del actual Ministerio no es posible ni probable, habiéndose de imponer al cabo un político-soldado de gran prestigio en el ejército y en el país por su espíritu reformista. ¿Se llama este acto media vuelta á la izquierda?

En una palabra, la conferencia del General Salamanca es todo un programa de aspirante á Ministro. Procura halagar, olvidando toda clase de explicaciones técnicas; pretende conciliarse con los descontentos, y resuelve las crisis del porvenir con los tristes ideales del triunfo de una espada, olvidando que los elementos políticos y militares están destinados á completarse, á armonizarse y nunca á imponerse.

*
* *
*

Algunos de los menos confiados en la diligencia gubernamental, dieron oído al rumor de maquinaciones revolucionarias del Sr. Ruiz Zorrilla, próximas á producir trastorno. El rumor sigue, tal vez con el propósito de preparar alguna jugada de Bolsa, hablándose en voz baja de idas y venidas, y también de inteligencias entre ciertos grupos. Las noticias no se desmienten de una manera formal y categórica, y los más suspicaces no ocultan el recelo de alguna próxima intentona.

El Gobierno se limita, sin embargo, á afirmar que está preparado á todo evento, y sigue muy tranquilo.

La verdadera, la principal y más fundada confianza nuestra ha estado y estará en el buen sentido y en la noble actitud del pueblo de España.

A.





REVISTA EXTRANJERA



ADA vez que, en esta época de excursiones veraniegas, se habla del encuentro de los Emperadores de Alemania, Austria y Rusia en algún punto de Baviera ó de los Estados austriacos, se reproducen contradictorios juicios y aventuradas hipótesis acerca de la guerra ó de la paz en Europa.

La curiosidad crece é inventa; las imaginaciones divagan, y los cálculos se multiplican, cuando es muy posible que los Soberanos de los tres formidables Imperios se limiten en sus reuniones más ó menos premeditadas á mantener su buena amistad, ó á cambiar sus impresiones acerca de lo que á todos interesa, como es, por ejemplo, la propaganda revolucionaria y socialista.

El año pasado, dos meses después de las entrevistas de Skernievicz y Kremsier, los imprevistos acontecimientos de Filipópolis descubrieron que, apesar de todo, existía cierto antagonismo latente entre Austria y Rusia. ¿Pueden las grandes potencias renunciar fácilmente á su tradición y á sus grandes ideales?

Las circunstancias se prestan, sin embargo, á dar hoy un

carácter excepcional á las entrevistas de este año. Se nos ha dicho que el Canciller ruso, Sr. Giers, había renunciado á su viaje á Kissingen, donde debía encontrarse con el Canciller alemán, atribuyéndose cierta importancia á esta suspensión del anunciado viaje cuando acababa de celebrarse una entrevista entre el Conde de Kalnoky y el Príncipe de Bismarck. Buscóse la razón de esta diferencia de conducta en las resoluciones del Gobierno ruso referentes al puerto de Batum y á la navegación del Mar Negro, que parecen ser como una contestación ó un desquite de Rusia á la actitud de las potencias centrales enfrente de la unión realizada y consentida por éstas de Rumelia y Bulgaria, y se supuso que acaso Alemania y Austria, habiendo sentido el golpe dado por Rusia al tratado de Berlín, se hayan puesto de acuerdo para entenderse, y en previsión de sucesos futuros marchar de acuerdo con la Gran Bretaña para contener las ambiciones moscovitas. Pero, en oposición á estas noticias y á estos cálculos, algunos telegramas conceden también grande importancia al viaje del Archiduque Carlos Luis y de la Archiduquesa María Teresa á Peterhoff, residencia actual del Czar de Rusia.

Se nos ha anunciado además la llegada del Emperador de Austria á los baños de Gastein, donde actualmente reside el Emperador de Alemania, y lo que pudiera ser una coincidencia, aumenta los comentarios de los pesimistas, contribuyendo á que se conceda á esta entrevista importancia extraordinaria, no sólo la situación política é internacional de las dos potencias centralistas de Europa con respecto á las demás, sino el haber acudido á Gastein los personajes más caracterizados de la política en ambos Imperios.

Es muy cierto que no deja de ser significativo el lenguaje de una parte de la prensa rusa, que considera rota la alianza de los tres Imperios del Norte de Europa. Uno de los órganos del Gabinete de San Petersburgo entiende que es ocasión de poner en claro la clase de relaciones que existen entre Austria y Alemania con Rusia. Ambos Imperios, dice, tra-

tan de oponerse á Rusia en los Balkanes y en algún otro lado, y explotan en su provecho el prestigio de la triple alianza, como lo prueba el hecho de que Austria, amparada bajo la capa de la triple alianza, se haya aplicado á aumentar su influencia en Bulgaria, donde ha tomado posiciones iguales á las que tiene en Servia.

Los periódicos franceses baten palmas en la previsión de que llegue á imponerse una alianza franco-rusa. Los ingleses celebran igualmente un hecho que pondría al Gabinete de Londres en aptitud de imitar la conducta de Italia y de buscar la amistad de Alemania y Austria. Pero ya se añade con desencanto que, aun cuando las relaciones de Rusia y Alemania lleguen á ser muy tirantes, no hay temor á que estalle una guerra entre ambos Imperios mientras viva el Emperador Guillermo, y que, por lo que hace al Austria, tampoco procederá á la anexión definitiva de la Bosnia y la Herzegovina en tanto que viva el Emperador Guillermo. Se atribuye también al Príncipe de Bismark la frase de que «después de su conferencia con el Barón de Motvrenheim, abrigaba el íntimo convencimiento de que nunca sería menos posible que ahora una alianza entre Rusia y Francia.»

Se afirma al propio tiempo que la situación de la provincia de Macedonia inspira nuevamente recelos, por los incidentes que puede hacer surgir en la cuestión de Oriente.

Sea todo ello lo que fuere, no cabe aventurar grandes cálculos fundados en hechos que no es posible conocer íntimamente. Lo que parece más evidente y menos expuesto á errores es el pronóstico de que antes de estallar una guerra en Europa, habrán de llegar á las manos en el Asia Rusia é Inglaterra. Del resultado de ese choque terrible, de ese duelo de gigantes que se anuncia entre el llamado elefante y la llamada ballena, puede depender y dependerá sin duda el giro que tomen los sucesos, según se modifique en uno ó en otro sentido el equilibrio europeo.

Desde la gran expedición de Khiva, Rusia no ha dejado

nunca de aproximarse á las Indias. Ha adelantado tanto en su camino en los veinte últimos años que puede caer simultáneamente sobre Herat, Cabul y el Indostán, burlando con la rapidez de sus movimientos estratégicos y con la importancia de sus tropas movilizadas todas las precauciones de la defensiva británica. Los caminos de hierro en construcción pueden facilitar la empresa, cuando Samarkanda esté en comunicación con el mar Caspio, y el mar negro con San Petersburgo. Pocos años pueden trascurrir sin que las dos grandes potencias, Rusia é Inglaterra, se encuentren en contacto directo en la línea del Indo. Aunque los intereses de la civilización hacen desear que ese contacto resulte pacífico y facilite los cambios mercantiles, la naturaleza y los rencores de los que en aquel suelo asiático han de verse cara á cara, autoriza á sospechar que ambos confiarán preferentemente su suerte futura á la potencia de sus cañones.

*
* *

La suerte del nuevo Gabinete inglés, la longevidad del Ministerio Salisbury, es todavía muy problemática y dudosa. El jefe de los conservadores ofreció una cartera al Marqués de Hartington, jefe de los liberales llamados *unionistas*; pero éste no admitió el cargo, prefiriendo su libertad de acción en el Parlamento.

Los conservadores son, pues, en la Cámara 316, y con los *unionistas* representan un grupo de 593, lo que les da, naturalmente, una mayoría de 116 votos contra los gladstonianos y los parnelistas. Pero ¿podrán los *toríes* contar á todo evento con la coalición que tienen formada con los *unionistas*? Los 77 *unionistas* se han sentado en los bancos de la oposición liberal, cuyos tres grupos reunirían en conjunto 353 votos contra Lord Salisbury. Este caso es, sin embargo,

muy eventual, porque el programa de los unionistas se limita ahora á apoyar todo proyecto que tienda á impedir la disgregación del imperio británico, siendo ante todo adversario del *Home rule* que preparaba Gladstone y de las reivindicaciones de los parnelistas. Fuera de esta cuestión concreta, la situación de Lord Salisbury pudiera verse en realidad comprometida, siendo un inconveniente gravísimo para la larga vida del Ministerio el que la Cámara se presente desde el primer día tan dividida y heterogénea.

Las nuevas corrientes políticas son, sin embargo, más favorables á la situación actual de Inglaterra. Es difícil desconocer un hecho que salta á la vista. No son posibles las aventuras á que con indisputable genio, pero á costa de riesgos continuos é inmensos, se lanzaba Gladstone. El partido conservador inglés ha asumido el poder en los momentos precisos en que se discute por los Gabinetes de Berlín, Viena y Roma la conveniencia de una liga pacífica en Europa. ¿Por qué no ha de aliarse Inglaterra al mismo pensamiento? Esta alianza no podría menos de ofrecer á las potencias promovedoras del convenio toda suerte de garantías; pues apesar de las circunstancias forzadas bajo que Lord Salisbury ha recogido la herencia del poder, el prestigio de su nombre, la corriente de las opiniones y la defensa de los intereses generales le aseguran el concurso de las fuerzas nacionales, con el que sólo es firme y estable todo Gobierno.

Pero no desconozcamos que su éxito futuro depende también en gran parte de la actitud y de la consecuencia del grupo de los unionistas capitaneados por Lord Hartington.

*
* *

Correspondencias fidedignas nos aseguran que nunca ha sido tan satisfactorio como ahora el estado de relaciones en-

tre España y las naciones de la América española, siendo de esperar que por todos los medios se procure hacer cada vez más estrecha una amistad fundada en causas tan íntimas como la identidad de origen, de religión y hasta de costumbres.

Es indudable que la aproximación va siendo mayor cada día, y nada podrá acelerarla tanto como el fomento de las relaciones comerciales á favor de recíprocas ventajas convenidas entre España y las demás naciones donde se habla nuestra lengua.

Un periódico de Caracas publica las cartas de S. M. la Reina Regente de España y del Dr. Díez, consejero encargado de la Presidencia de la República de los Estados Unidos de Venezuela, con ocasión del matrimonio de la Infanta D.^a Eulalia con el Infante D. Antonio de Orleans y Borbón.

En la carta del Presidente accidental de Venezuela se lee un párrafo muy expresivo en que dice:

«La participación de V. M. en ese fausto suceso ha producido en el Gobierno de Venezuela los sentimientos naturales de júbilo por todo lo que es grato á la madre patria, y al manifestároslo así, me aprovecho de esta ocasión para reiterar á V. M. las particulares simpatías de esta República hacia la nación española, con quien está unida por tantos vínculos comunes.»

También la entrada en Quito, capital de la República del Ecuador, de su Presidente, D. José María Plácido Caamaño, de vuelta de haber dominado la revolución, en cuya empresa estuvo á punto de ser asesinado por los demagogos, ha sido una manifestación de inmenso entusiasmo, cual no se había conocido en mucho tiempo. Hubo con este motivo entusiastas discursos, entre los que figura uno del Ministro representante de España, Sr. D. Manuel Llorente. Leemos en él los párrafos siguientes:

«Yo quiero decir algo al amigo afectuoso y cortés que vuelve á la capital y al seno de sus amigos, después de haber sa-

lido con fortuna de uno de los trances más trágicos que puede contar la existencia de un hombre.

Yo no hablo como diplomático, ni tengo la misión de contestar en nombre del cuerpo aquí presente, á las atenciones de que ha sido objeto por parte de los señores que me han precedido en el uso de la palabra, puesto que soy uno de los últimos y más modestos individuos del mismo.

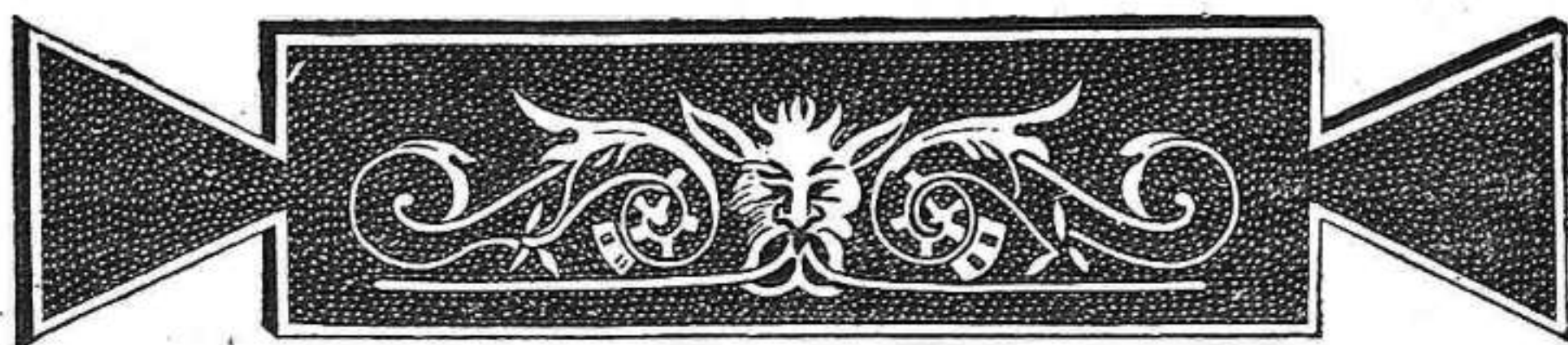
Tampoco puedo tomar la menor participación en las pasiones políticas por efecto de mi cargo.

Pero tengo corazón y puedo dar pruebas de ello, saludando muy cariñosamente, como he dicho, al amigo que vuelve al seno de sus amigos.»

El progresivo incremento de las cordialísimas relaciones con la América del Sur es uno de los puntos de la política internacional que debe acariciar siempre con mayor empeño nuestro Ministro de Estado.

S.





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

Abrégé de Géologie, par ALBERT DE LAPPARENT.—*Un tomo en 8.º de 347 páginas, 126 grabados y un mapa geológico de Francia. París, librairie F. Savy, 1886.*

Una de las ciencias más importantes es la geología, porque nos da á conocer el orden en que han ido formándose y la disposición que presentan los diferentes materiales que constituyen la corteza de nuestro globo. ¡Qué deseo más natural que procurar inquirir la historia del planeta que habitamos, sus trasformaciones sucesivas, sus grandes cataclismos desde que empezó á condensarse en la nebulosa al pronunciar Dios su solemne *fiat* en la inmensidad de los espacios hasta la época presente! Cada uno de los terrenos que por su reunión dan origen á la costra terrestre es como un libro, con abundantes caracteres que acierta á entender la

persona versada en la ciencia. El solo hallazgo de una especie fósil en lo alto de la montaña, ha servido para conocer que allí, en otras edades, las aguas del mar cubrían la superficie.

Y la geología es una de las ciencias que ponen más de manifiesto la sabiduría incomparable del Creador, porque de toda la tierra surgen las ideas de orden y finalidad.

El ilustre sabio Mr. Alberto de Lapparent, profesor de geología en la Universidad Católica de París, publicó hace tres años un gran tratado de esta asignatura, del cual daba á luz en 1885 la segunda edición, ampliada y corregida. No satisfecho con esto, acaba de imprimir un Compendio de geología (*Abrégé de Géologie*), que es como la condensación de su notable obra. «Este *Compendio*—dice A. de Lapparent—es una exposición muy sucinta, que se ha procurado ha-

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

cer tan sustancial como ha sido posible, y de la cual cada párrafo resume un capítulo de la ciencia. Pero al mismo tiempo ha cuidado el autor de evitar, en la forma, la aridez que podría resultar de dicha condensación.

»Confía que apreciarán sus esfuerzos no solamente la juventud estudiosa, sino también los geólogos, á los que el encadenamiento de hechos y doctrinas podrá parecer tanto más notable cuanto que no se debilita la impresión general por el lujo de los detalles.»

En el hermoso libro que examinamos estudia primeramente el autor las circunstancias astronómicas, el relieve terrestre y la distribución de la temperatura y de la vida en nuestro globo. En la *dinámica terrestre externa* describe la acción de la atmósfera, del mar, de las aguas corrientes y del hielo, las acciones químicas y la acción de los seres vivos. En la *dinámica terrestre interna* trata de los fenómenos volcánicos y termales, teoría de los fenómenos eruptivos y movimientos de la corteza terrestre.

Ya en la geología propiamente dicha se ocupa en la composición general de la corteza terrestre, terreno primitivo, rocas eruptivas y sedimentarias y principios de la cronología geológica. En la *Era primaria* expone los sistemas cambriano, siluriano, devónico y permo-carbonífero, indicando el modo de formarse la hulla y las erupciones de la era primaria. En la *Era secundaria* reseña los sistemas triásico, liásico, oolítico, infracretáceo y cretáceo con las erupciones acaecidas. En la *Era terciaria* habla de los sistemas coceno, oligoceno, mioceno, plioceno y las erupciones de la misma. Y por último, en la *Era*

moderna ó cuaternaria, describe los depósitos cuaternarios y las erupciones. Estudia los filones metalíferos y los orogénicos y las causas de las variaciones del calor externo, y hace un resumen cosmogónico. Termina con una reseña geológica de la región francesa.

Como se ve, por esta sencilla enumeración de materias, el *Compendio* de Mr. A. de Lapparent es sumamente interesante. Todas las cuestiones aparecen tratadas con tino singular, dándose cabal idea de las teorías más modernas y que de mayor crédito disfrutan. Y hay al mismo tiempo tanta claridad en la exposición, que, sin que resulte menoscabado en nada el conveniente rigor científico, pueden comprender cuanto en el *Compendio* se dice, aun las personas extrañas á esta clase de estudios. Unense á la importancia del libro y al interés que despierta, los encantos de un estilo elegante, lleno de fluidez y por extremo correcto.

Cumplidamente ha conseguido monsieur A. de Lapparent su deseo de «satisfacer la legítima curiosidad de los que sólo ambicionan conocer á grandes rasgos la historia terrestre y de despertar en muchos jóvenes la afición á la geología. Puede decirse de esta ciencia—añade el autor—que su objeto es tan agradable como sana es la práctica de ella. Comprender la estructura del suelo que pisamos; averiguar la razón de sus diversas formas y variadas producciones; hacer que revivan las épocas que pasaron: no mediante ensueños de la imaginación, sino mediante una serie de inducciones fundadas en la experiencia; ¡qué perspectiva tan hermosa para un entendimiento cultivado! ¡Cómo aumenta el interés de los viajes cuando

se agrega á ellos el atractivo de buscar minerales ó de recoger fósiles! ¡Y qué mejor empleo del tiempo desocupado que esas excursiones al aire libre que mantienen la actividad del cuerpo, obligando al entendimiento á la constante é inteligente contemplación de las bellezas de la creación!»

Nuestra afectuosísima enhorabuena al sabio eminente que con sus obras notabilísimas es honra de la nación francesa en la que hay tantos hombres ilustres.

R. A. SEREIX.

* * *

Piedras preciosas, por LUIS DIEULAFAIT, versión española por CECILIO NAVARRO.—*Ilustración de Bonnafoux, Sellier, Marie, etc.*—Un tomo en 8.^o de 219 páginas.—Barcelona, 1886.

Pertenece este libro á la *Biblioteca de Maravillas*, de que son editores D. Daniel Cortezo y compañía y es sumamente curioso. En él se describen el origen de las piedras preciosas, naturaleza geológica de los terrenos donde se encuentran, caracteres físicos y propiedades ópticas y eléctricas y la acción del calor y de la luz en las piedras preciosas. Se hace una reseña histórica de éstas desde la antigüedad hasta la creación de la química moderna, exponiéndose además las ideas admitidas entre los antiguos.

Después se estudia el diamante, recordando todos los más notables, los cuales están representados por medio de artísticos dibujos, indicándose la manera de tallarlos; tratándose asimismo, entre otras piedras, del zafiro, rubí, topacio, esmeralda, be-

rilo, turquesa, amatista, jacinto, venturina, ágata, jaspe, granate, etc., etc. El capítulo VI se dedica á la perla, el coral, el ámbar y el azabache; el VII, á la producción artificial del diamante según los procedimientos más acreditados; el VIII, á la producción artificial de las piedras preciosas verdaderas, y resultados obtenidos; el IX, á las piedras preciosas falsas, y el X, al corte, engaste y grabado.

Como se infiere de esta sumarisima nota, el libro *Piedras preciosas* es de lectura tan amena como provechosa, y obtendrá seguramente general aceptación, de la que es digno por sus constantes esfuerzos el señor D. Daniel Cortezo.

A.

* * *

Derecho parlamentario español. — *Colección de Constituciones, disposiciones de carácter constitucional, leyes y decretos electorales para diputados y senadores, y reglamentos de las Cortes que han regido en España en el presente siglo, ordenada en virtud de acuerdo de la comisión de gobierno interior del Congreso de los Diputados, fecha 11 de Febrero de 1881, bajo la inspección y dirección de su presidente, por D. MANUEL FERNÁNDEZ MARTÍN, oficial de la secretaría de dicho Cuerpo Colegislador.*—Tomo II, primera época. (Desde 22 de Mayo de 1809 hasta 11 de Mayo de 1814.)—Un tomo en 4.^o mayor de cerca de 900 páginas, en buen papel y excelente impresión, hecha en las oficinas de los hijos de J. A. García.

Cuando salió á luz el primer tomo se comprendió desde luego la impor-

tancia de los sucesivos: á su debido tiempo le analizamos en este concepto; mas aunque esperado el interés creciente de la publicación, con respecto al derecho parlamentario en España, sería falta pasar de largo, ante lo bien coordinado del segundo volumen, los concienzudos comentarios y notas que le ilustran y los preciosos documentos que le constituyen, base, fundamento y origen de la representación nacional en nuestro país; pues aunque de antiguo se venía ejerciendo, es lo cierto que hasta el presente siglo carecía de leyes constitutivas en que apoyarse, ya contra las arbitrariedades del poder, ó bien marcando límites á las atribuciones de la representación popular, y lo que era tal vez peor, garantizándola contra el desdén ú olvido de los Monarcas.

Desde 1809 hasta la infausta noche del 11 de Mayo de 1814, fué época bien azarosa para las Cortes. En un principio, desconfiando de sí propias, siempre sus acuerdos y discusiones revelan la incertidumbre; firmes después en sus convicciones, seguras del objeto que se proponían, redactan al cabo y sancionan el famoso y respetable Código de 1812, anulado por voluntad autoritaria del Monarca, y lo que parecía de peor remedio, con aplauso de la muchedumbre.

En este punto termina el libro que nos toca analizar; indispensable, sin excusa, para los representantes del país; copia abundante de documentos para la historia contemporánea, y enseñanza provechosa que un pueblo grande y noble ofrece á los demás al constituirse en circunstancias extremas bajo el fuego de la artillería enemiga, sin temor ni apresuramiento, conservando el juicio suficiente para no abandonarse á excesos demagógi-

cos cuando de restablecer sus derechos trataba; cosa harto rara en iguales condiciones en vecinos y remotos países.

*
* *

Centro del Ejército y de la Armada.—*Sesión inaugural, celebrada el día 2 de Mayo de 1886.*—*Discurso del coronel comandante de ejército, capitán de Estado Mayor, D. J. I. CHACÓN Y LERDO DE TEJADA, vocal de la Junta directiva.*

Con aplauso general se oyó al disertante explicar el tema que se propuso, tan bien pensado como á propósito en la ocasión que se escuchó. Dar á conocer lo que ha sido el ejército español, lo que es y lo que aspira á ser, fué el objeto del discurso. Difícil en sumo grado por las consideraciones, hasta llegar á deducir consecuencias lógicas en favor del pensamiento, cuando la organización de los ejércitos ha variado tanto en los últimos tiempos, y hasta el arte de la guerra parece variar del rumbo que los españoles iniciaron en los gloriosos días en que los tercios de Italia y Flandes tal reputación tuvieron, que aun las desgracias de Ravena y Rocroy se citaban cual testimonio de su heroísmo.

El Sr. Lerdo de Tejada, con su erudición y claro talento, venció las dificultades, pudiendo, de una en otra demostración, terminar asegurando que cuando las pasiones rugen en los palpitantes senos; las miserias arrojan el manto hipócrita con que suelen cubrirse; la envidia, el encono, el ensañamiento, la desesperación rompen los débiles diques morales que los contienen, y aparecen la indecisión, la fiebre, la guerra, la devastación, la sangre derramada á torrentes

y el humo de la pólvora oscureciendo los horizontes de la patria, el ejército, la entidad ejército, ya se le considere combatiendo la *Commune* de París, ya sofocando los delirios federalistas de Andalucía, ya conteniendo los desmanes del absolutismo en Cataluña, luchando contra todos, contra sí propio, contra sus pasiones y delirios, depositario siempre de la esperanza de los débiles, logra al cabo, por violento esfuerzo, conquistar la paz perdida, y la libertad á medio perder, salva la sociedad, extirpa el cáncer, busca á los legisladores, los sienta en lo alto, y cumplida su misión, descansa sobre sus armas y espera justicia.

*
* *

**Biblioteca de la Revista Agustini-
tiniana.**—*Polémica con los espiritistas, por el P. CONRADO MUIÑOS SAENZ.*—*Artículos coleccionados, insertos en aquella publicación católica, que forman un tomo en 8.º, de 400 páginas.*

Como indica su título, la obra se escribió con sujeción á circunstancias determinadas; fué un reto de honor á que el autor salió con la razón por armas y la lógica por juez; el campo quedó por suyo, por ausencia de su antagonista. Tres meses de ausencia del palenque es plazo sobrado para declarar victorioso al campeón de la buena causa.

Más no le alcanzó sin combatir con el retador que pretendía derribar el catolicismo de una plumada. A las primeras de cambio abandonó el campo. Maltrecho fué, según las abolladuras de sus armas, efecto de los certeros golpes de su adversario.

Así es que la relación de la justa,

sin ser un tratado completo contra la doctrina espiritista, como algunos otros, enseña lo fantasmagórico de sus principales sofismas (que argumentos no me atrevo á llamar), la discordancia de sus adeptos entre sí contra la enseñanza de Allán Kardec y otras cosas más que no desagradarán al lector, pues el libro está escrito con chiste.

En prueba de ello y tratando de un *espíritu* tan amable que trajo á una sesión espiritista flores, *confites* y sortijas para regalo de los asistentes, le ocurre al autor citar el párrafo que sigue de *El libro de los Mediums*, segunda parte, cap. V, núm. 99.

«Preguntado el espíritu de dónde había traído los confites y si el confitero *se había apercebido que le faltaban* (así, en la traducción en castellano agabachado), respondió: «Yo los tomo donde quiero (la razón no tiene vuelta de hoja): el confitero no lo ha notado, porque he puesto otros en su lugar.» Al más zopenco se le ocurre que teniendo esos otros, no necesitaba golosinear los tarros al confitero. Se le pregunta si podría traer flores de otro planeta, y contesta: «No, esto no me es posible.» Interrogado á su vez Erasto, espíritu que le acompaña como apuntador ó pedagogo, confirma la respuesta del compañero, dando por razón de esa imposibilidad «la diferencia de los centros ambientes.» No hay que negar que tienen prudencia los espíritus.»

*
* *

Colección de diálogos con numerosos modismos de los más usuales y trozos escogidos de literatura francesa y española para traducir y componer.
—*Segunda parte del Método racional*

de lengua francesa, publicado por D. C. TOMÁS ESCRICHE Y MIEG y D. FRANCISCO FERNÁNDEZ IPARRAGUIRRE.—Un tomo en 4.º

Esta obra forma parte del *Método racional de lengua francesa*, vendiéndose separada y en 4 pesetas solamente para los que compraron por 6 la *Gramática*.

Se hallará en Madrid en casa de D. Fernando Fe, Carrera de San Gerónimo, y en otras librerías.

Parece cosa muy sencilla recopilar trozos escogidos de literatura francesa para modelo de traducción; pero la experiencia acredita que no siempre es así. Puede traducirse ó entenderse perfectamente un libro clásico, y, sin embargo, ser muy poco versado quien tal haga en la índole y construcción del idioma.

En la obra que anunciamos, los diálogos, escogidos con mucho conocimiento, están destinados á enseñar los modismos más usuales é incluidos todos los giros difíciles; así es que la colección de fragmentos que sigue después, entresacados de los distintos autores, es mucho más sencilla para el alumno, que puede y debe tomar los tales diálogos como una preparación precisa para aprender á traducir. Estos diálogos son, en efecto, excelentes modelos de traducciones hechas, con que el discípulo fácilmente puede iniciarse en el secreto de expresar con fidelidad el pensamiento del autor, sin necesidad de atenerse y sujetarse estrictamente á las palabras. Bajo este concepto, sería difícil presentar mejores ejemplos de traducción libre, puesto que están buscadas y condensadas en los diálogos las expresiones en que ambos idiomas se separan más uno de otro.

Por lo que hace á los trozos, bas-

tará decir que se hallan escogidos con esmero de asuntos varios, que evitan la monotonía, que ofrecen modelos de diferentes géneros, y sobre todo muchos significados. A la inversa de los diálogos, que son absolutamente originales, los trozos son tomados de autores franceses, que se citan, por regla general.

*
* *

Las Audiencias de lo criminal.

—*Estudio sobre su planteamiento con diversos datos relativos á los sistemas de organización de tribunales de las leyes de 15 de Setiembre de 1870 y adicional de 14 de Octubre de 1882; á la superficie y población de las Audiencias; número de Juzgados municipales y de primera instancia; Audiencias de lo criminal y territoriales; causas probables en cada Juzgado, en cada Audiencia y en cada provincia; noticia sobre la organización judicial de los principales Estados de Europa, y observaciones sobre un nuevo arreglo de Tribunales, con varios cuadros y estados intercalados en el texto y al final del libro, por D. AGUSTÍN PUEBLA, Oficial de la Secretaría del Ministerio de Gracia y Justicia.—Un tomo en 4.º de más de 600 páginas, impresión clara y compacta. Se vende en Madrid á 7,50 pesetas en las principales librerías, y 8 en provincias. Enviando 8 50 pesetas, se remite certificado.*

Con dificultad podrá encontrarse un libro de consulta tan completo, y desde luego no podría escribirse otro en la materia de que trata con tan numerosos datos reunidos á fuerza de laboriosidad constante y conocimientos especialísimos en las instituciones jurídicas. No serán vanos los des-

velos del aprovechado oficial del Ministerio de Gracia y Justicia, Sr. Puebla. Su libro es, no sólo útil, sino indispensable para todo el que tenga que intervenir en la reforma de tribunales en que se piensa, ó bien á cuantos por pertenecer á la carrera judicial, ó simplemente á la del foro, tengan el deber y deseo de conocer las verdaderas prescripciones de la ciencia, al paso que su aplicación conveniente en nuestro país con arreglo á su estado y circunstancias especiales.

* *

Colección de escritores castellanos.—*Novelistas.*—*Leyendas moriscas sacadas de varios manuscritos existentes en las bibliotecas Nacional, Real y de D. P. de Gayangos, por F. GUILLÉN ROBLES.*—*Tomo II, en 8.º—Precio, 4 pesetas.*

En el tomo I de estas leyendas se publicaron las más notables é interesantes que halló el autor en los códices moriscos, referentes á los patriarcas y profetas anteriores á Mahoma; en este segundo se han dado á la estampa las más bellas y estimables que los mismos manuscritos encierran, sobre la vida de Mahoma; aquellas que relatan su nacimiento y crianza, su predicación y destierro, sus batallas, milagros y muerte.

Encontrará en ellas el lector el concepto que de su profeta tenían los vencidos moros españoles, y las noticias, entre ellos corrientes, sobre su vida; en una palabra: la semblanza que de él se forjaban, bien distinta de la realidad, creada por la fantasía y de todo en todo contraria á los principios fundamentales del islamismo.

Hasta hace poco una de las más

famosas personalidades históricas, el único fundador de una creencia, cuya biografía podía ampliamente reseñarse, cimentándola en documentos plenamente históricos, no había sido realmente conocida, ni apreciada en su verdadera valía; pues ó se presentaba idealizada, más que idealizada, divinizada cuasi por el entusiasta amor de sus sectarios, ó rebajada hasta el menosprecio por el odio de sus encarnados enemigos.

No ceden en mérito ciertamente estas leyendas á las impresas en el anterior volumen, antes bien, entiendo que las aventajan; hay algunas de ellas que parece uno de los más bellos relatos de las *Mil y una noches*. Con su esmero é inteligencia ha logrado el Sr. Robles realizar el difícil problema de instruir deleitando en asunto muy árido, por cierto, para otro compilador menos versado en las letras españolas.

* *

Colección de autores castellanos.—*Líricos.*—*Gómez Manrique.*—*Cancionero.*—*Publícale con algunas notas D. ANTONIO PAZ Y MÉLIA.*—*Tomo II, en 8.º—Precio, 4 pesetas.*

Nueva joya de la literatura patria es el libro que nos toca anunciar. Y decimos nueva, aunque ya conocida, porque hoy aparece con esmerado engaste digno de su valor, realzando su brillo tanto como el bien aderezado estuche indica el mérito y aprecio debido á la presea que su fondo encierra. Las notas añadidas al final, eruditas y explicativas, tanto como pudiera desearse, completan la perfección, pues sin ellas las canciones de Gómez Manrique fueran como música sin letra, ignorantes como nos halla-

ríamos del objeto á la vuelta de tantos años, de la ocasión con que se compusieron, y circunstancias y oportunidad de sus conceptos. En cuanto al mérito literario de la obra, fuera en nosotros atrevimiento juzgarle, cuando en la república de las letras goza renombre ilustre, atendido el tiempo y lugar de su publicación, cada una de sus composiciones. Contentémonos con alabar la planta del edificio, no sea que aventurados en su interior, nos perdamos en su grandeza, ó creyendo caminar con propia iniciativa, resulte al cabo que sólo hemos seguido la huella que muchos dejaron señalada al recorrer su espacio y ponderar su característica estructura.

* * *

Colección de escritores castellanos.—*Líricos.*—*Obras de D. JUAN VALERA.*—*Canciones, romances y poemas con notas de D. M. Menéndez Pelayo.*—*Un tomo en 8.º con un precioso retrato del autor, grabado al agua fuerte por Maura.*—*Precio, 5 pesetas.*

Muchas de las poesías que forman la obra fueron hechas en la primera juventud del ilustre literato, otras se publican por vez primera; entrambas han sufrido importantes correcciones, aconsejadas por el estudio y la experiencia, ganando en ello, según nuestro concepto.

Resulta, pues, un conjunto de carácter original, cosa no muy frecuente en los escritores desde últimos del siglo anterior. Porque D. Juan Valera no es clásico á lo Moratín; ni tampoco al modo que lo fueron Lista y Hermsilla; así como se halla muy lejos, aunque algo se aproxime, al romanticismo de Víctor Hugo; es siempre

D. Juan Valera, y nada más, como en sus escritos en prosa. Si acaso pudiera calificarse su versificación, hallaríase en ella algo de la dulzura de Meléndez Valdés, combinada con la bella dicción de nuestros mejores poetas del siglo XVI; ¡cosa singular! trasluciéndose á veces el corte y estilo de autores famosos en Inglaterra y Alemania. Trozos por cierto en los que esto sucede de los que menos gustarán entre nosotros, apesar de su mérito indisputable. No se trata de las traducciones, excelentes bajo todos conceptos.

Demostrar lo que antecede sería objeto de largas comparaciones que no permite la índole de nuestra publicación; bástanos con decir sencillamente que las *Canciones y romances* coleccionados son de aquellas obras que hay que estudiar con detenimiento como salidas á luz, no tan sólo para ser aplaudidas, sino cual modelo de enseñanza de perdurable fama, bastante á calificar al autor por gran maestro en literatura si de antemano no le tuviera conseguido.

* * *

Sociedad Colombina Onubense.—*Memoria correspondiente al año 1885.*—*Un cuaderno en 4.º*

Conocidas son las fiestas con que aquella sociedad celebra anualmente en los días 2, 3 y 4 de Agosto el glorioso aniversario de la salida del inmortal Colón y de los intrépidos marinos de Palos al descubrimiento del Nuevo Mundo. No fueron en 1885 menos espléndidas y suntuosas que otras veces, aunque el estado del país, alarmado con la aparición del cólera en algunas provincias, fué causa que estuvieran algo menos concurridas.

Pasando de largo ante los dulces acordes de la música, que no es dado á la pluma traducir, y omitiendo con pena las inspiradas poesías que solemnizaron el acto, nos detendremos á considerar las dos obras en prosa premiadas en el certamen, por tratarse en la primera cuestiones, hasta el día, de juicios contradictorios, ofensivos para la reputación docente de la Universidad salmantina, así como es la segunda de interés actual para desvanecer errores y enmendar los pasados, ya que prevenirlos no se supo ó imperiosas circunstancias lo impidieron.

Autor de la premiada por el excelentísimo Ayuntamiento de Huelva con una cantidad en metálico, resultó ser D. Alejandro de la Torre y Vélez, canónigo rectoral de la santa iglesia catedral de Salamanca, el tema de la memoria: «Juicio crítico sobre la presentación de Colón á la Junta ó Consejo de la Universidad de Salamanca y sobre el informe dado por ésta á los planes del sabio marino.»

Discurra el lector discreto, si no conoce la disertación, lo difícil de reducir á buen término uno de los problemas más controvertidos de la historia del descubrimiento. ¿Fué el proyecto de Colón rechazado en las conferencias del convento de San Estéban? Los escritores opinan con vaguedad: la mayor parte, copiándose mutuamente, juzgan desfavorablemente del criterio de la Junta. Los hay que dicen que sólo allí encontró buena acogida. A justificar este parecer consagra su trabajo el Sr. de la Torre y Vélez; los datos que ofrece son incontestables, su discurrir con acierto. De hoy en adelante no será creencia vulgar que la Universidad salmanticense rechazó los planes del

contrariado cuanto célebre nauta.

Un precioso reloj, regalo de la Infanta D.^a Isabel, obtuvo D. Jerónimo Bécquer, autor de la memoria cuyo tema era: «Causas históricas de la separación de España de todas las que fueron posesiones suyas en América, y posibilidad de celebrar con ellas un tratado general político-comercial, sobre la base de la integridad de los territorios y mares respectivos y de la libertad de comercio.»

Respecto al primer punto que abraza la memoria, nos duele que en tan solemne circunstancia se hiciera el autor eco de las inculpaciones contra España que hoy ningún hombre bien informado se atreve á tomar en boca por falta de certidumbre. «Que España quiso desde luego imponer á América su religión, su idioma, sus leyes y hasta sus costumbres. ¿Y qué perdieron con ello los naturales? ¿Sería los sacrificios humanos y la antropofagia, la poligamia y otras cosas nada decentes?»

«Es verdad, confiesa luego, que España dió á sus colonias leyes que son verdaderos monumentos de sabiduría,» entre ellos contará haber prohibido el procedimiento inquisitorial contra los indios.

Que no fueran bienaventurados los primeros conquistadores, nadie lo contradice, mas no sería tan perverso su proceder cuando apesar de tanto crimen é ignorancia como se pondera, conservó España más de trescientos años el inmenso poder colonial cuya duración y grandeza, hasta ahora, ningún pueblo igualó, restándole aún de él joyas tan preciosas como la *desgraciada* isla de Cuba, según la califica el autor.

Desgracia fué para la India los inauditos atentados de la compañía

inglesa en época mucho menos ruda; consúltelos el Sr. Bécquer y encontrará que al par de ellos fueron nada más que *cosas del tiempo* los de los españoles en América, según dice Quintana, y sobre todo que cualesquiera que fuesen, ganaron mucho los indígenas con pasar del vasallaje de sus caciques al de los Reyes de Castilla.

En cuanto á estrechar los vínculos con nuestros hermanos de América, es justo y conveniente para ellos y para nosotros. Somos miembros de una misma familia. El mismo carácter nos distingue. ¡Dichoso el día que nuestros intereses se identifiquen sin confundirse!

*
* *

Escalafón general de los catedráticos de Universidades del reino en 1.º de Enero de 1886, formado con arreglo á las bases establecidas á propuesta del Consejo de Instrucción pública por Real decreto de 20 de Agosto de 1875, publicado de Real orden, fecha 12 de Enero de 1886.

Sigue una lista por orden alfabético de apellidos de los catedráticos comprendidos en el escalafón, sus nombres, facultad y número.

*
* *

Escalafón general de los catedráticos de Institutos de segunda enseñanza en 1.º de Enero de 1886, aprobado por Real orden de 4 de Enero de 1886, en que se dispone su inmediata publicación, con un resumen de las alteraciones ocurridas en el mismo durante el año anterior.

Para mayor claridad, pónese al final una relación de los catedráticos

numerarios existentes en cada Instituto en 1.º de Enero de 1886, con sus nombres, asignaturas y número en la escala del cuerpo.

Como las publicaciones oficiales que anteceden sólo ofrecen interés á las personas dedicadas á la enseñanza, ocioso fuera ponderar su utilidad á quien desde luego la juzga indispensable. Basta sólo anunciarla, por si alguno hubiera á quien le fuese desconocida.

*
* *

Novedad é ilegitimidad del carlismo, por D. MIGUEL SÁNCHEZ, presbítero.—Un tomo en 4.º

Podrá suceder que alguno al oír el título de la obra de que damos cuenta juzgue su publicación excusada, por tratarse en ella de cuestiones resueltas ampliamente por la razón antes de serlo por las armas en largas y porfiadas contiendas

Pero cesará su extrañeza á las primeras páginas del libro, convenciéndose de que circunstancias especiales le hacen no sólo necesario, sino utilísimo en alto grado hoy tanto como lo fué ayer, y quiera Dios llegue mañana á ser inoportuno.

D. Carlos de Borbón y Este publicó una protesta en 20 de Mayo contra el legítimo derecho de S. M. el Rey D. Alfonso XIII, y como las protestas, sean ó no enérgicas, no tienen más valor que el de la razón en que se fundan y la ley que les sirve de apoyo, los legitimistas españoles, en justa é indispensable defensa, para que no se les pueda hablar de usurpación, necesitan hacer ver que don Carlos, al expresarse como se expresa, no tiene ni una razón sólida en qué fundarse, ni una, ni siquiera una

ley española en la cual se puedan apoyar:

Tal es el objeto de la obra. Para conseguirle, hablando el autor como hombre de doctrina, persuadido de que las numerosas pruebas que ofrece son por sí solas demostración suficiente, olvidando por completo las formas ásperas de la polémica, adopta un lenguaje suave y templado para evidenciar punto por punto: 1.º que las tradiciones del carlismo son la negación de nuestras antiguas tradiciones; 2.º, que, como contrario á nuestras leyes, no es sino la negación del derecho legítimo ó la *usurpación*; 3.º, que el carlismo es una gran mentira política, porque se pinta como el reflejo exacto del interés nacional y se inventó y se nos impuso por el Rey francés Luis XIV, cabalmente para que España se debilitase, y ya debilitada no se pudiese robustecer ni engrandecer, y 4.º que es una gran mentira religiosa, porque aunque pondera muchísimo su fe y aun se jacta de ser el único partido católico, su religión admite los dogmas, no la autoridad, como si la autoridad no fuese también un dogma; es más humana que divina ó da al César lo que es de Dios, y si en teoría proclama el *Syllabus*, en la práctica se inclina demasiado al *civilismo* ó coloca el Poder civil sobre la potestad de la Iglesia.

Tratándose de D. Miguel Sánchez, el público no extrañará la inmensa erudición que resplandece en su obra,

ni el docto razonar con que prueba sus afirmaciones; sin embargo, la índole del asunto, su interés nacional, su carácter político y religioso, la hacen igual, por lo menos, á sus mejores publicaciones.

Nada le falta para contarse entre las primeras; ya sea cuando trata de la antigua tradición española; ya de su historia; opiniones de nuestros antiguos jurisconsultos; de los teólogos; del derecho divino; del canónico; observaciones contra el *Auto acordado* de 1713; de las Cortes de 1789; de la Pragmática-sanción, etc. etc., de cuanto, en fin puede alegar el carlismo para justificarse, de todo esto y mucho más, deduce el Sr. Sánchez consecuencias irrefutables, por fundarse en hechos la mayor parte, para convencer de su error á los que pretenden monopolizar para el *carlismo* títulos que no le pertenecen.

*
*
*

Memoria sobre las Obras públicas desde 1.º de Enero á 31 de Diciembre de 1883.—Comprende la parte primera asuntos generales, personal y asuntos varios, y la parte segunda puertos, faros, boyas, valizas, ríos, canales y aprovechamiento de aguas, presentada al Excmo. Sr. Ministro de Fomento por el Director general de Obras públicas, EXCMO. SR. DON MARIANO CATALINA Y COBO.

D. CH.

MADRID, 1886.—IMPRESA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ,

Libertad, 16 duplicado

GIMNÁSTICA CIVIL Y MILITAR

POR
DON FRANCISCO PEDREGAL Y PRIDA

CON UN PRÓLOGO DE
DON JOSÉ NAVARRETE

Obra ilustrada con **185** grabados intercalados en el texto
Declarada de texto en el colegio de Carabineros y premiada con *medalla de mérito*
en la Exposición Literario-Artística de Madrid

Se halla de venta en la calle de la Libertad, 16 duplicado, im-
prenta, al precio de CINCO PESETAS.

EXPOSICION UNIVERSAL

DE

BARCELONA

Setiembre, 1887. — Abril, 1888

ÉTABLISSEMENT DE SAINT-GALMIER (Loire)

CACHET
VERT

SOURCE BADOIT

MÉDAILLE
D'OR

EAU DE TABLE SANS RIVALE

La seule de toutes les Eaux minérales de table qui ait obtenu une Récompense à l'Exposit. univ. de 1878

La seule aussi qui ait obtenu une médaille d'Or à l'Exposition de Francfort-s-le-Mein en 1881

Diplôme d'honneur à l'Exposition de Bordeaux 1882

La consommation de cette Eau a pris des proportions considérables. C'est par millions de bouteilles qu'elle est aujourd'hui expédiée. Aussi quand un docteur distingué écrivait : « Cette Eau fera le tour du monde » il disait vrai. Cette progression est due à sa saveur, soit pure, soit mélangée au vin, à sa limpidité inaltérable, enfin à toutes ses propriétés *hygiéniques, apéritives et digestives*, constatées par les travaux scientifiques des Docteurs O. Henry, Durand-Fardel, Ladeveze, Gensoul, Petraquin, etc.

10 VENTE PAR AN:
millions de bouteilles

Exiger la Signature :



LA EQUITATIVA DE LOS ESTADOS UNIDOS

SOCIEDAD AMERICANA DE SEGUROS DE VIDA

120 BROADWAY.—NEW-YORK

Capital de garantía..... 342.274.948 pesetas.
Sobrante (evaluación al 4 por 100). 71.390.831)

Esta Sociedad es la única que emite pólizas indisputables pagadoras á la presentación.
Los que solicitan seguros en ella no necesitan esperar la resolución de New-York.
Su Comité ejecutivo para España y Portugal está autorizado para emitir pólizas y pagarlas en Madrid.



El sobrante de esta Sociedad, al 4 1/2 por 100, tipo legal del Estado de New-York, asciende á 90.100.946 pesetas, y calculado á cualquier tipo de evaluación, es mayor que el de cualquier Compañía del mundo.

DIRECCIÓN GENERAL PARA ESPAÑA Y PORTUGAL
Y
SUCURSAL DE ESPAÑA
MADRID.—SEVILLA, 16, PRINCIPAL
(Se dan informes y prospectos.)